



POLICARPO. HISTORIA DE UN DEUDOR AMOROSO

Francisco Javier Gómez Cadavid

“El dinero es el excremento del diablo,
pero resulta excelente para abonar
las buenas obras en nombre del Señor”.

PÁRROCO ANÓNIMO

“No podemos decir a los acreedores que nos perdonen, como perdonamos nosotros
a nuestros deudores,
porque un acreedor no es perfecto
como nuestro Padre que está en los cielos”.

MIGUEL DE UNAMUNO

PREFACIO

En el año 171 de publicación continua del pintoresco almanaque de Bristol (2003, para las personas poco interesadas en las fases de la luna o en el Santoral), el martes 10 de septiembre, a las cuatro de la tarde para ser exactos, Policarpo se sirvió la vigésima taza de café negro del día, encendió su trigésimo cigarrillo y se arrellanó en el sillón de su estudio, dispuesto a despachar la poco agradable tarea de elaborar la lista de todos sus acreedores, a quienes esperaba calmar al día siguiente con la distribución, hasta el último centavo, de su mesada pensional: 1.771 dólares exactos. Cantidad que al tipo de cambio de la fecha (2990 pesos colombianos por dólar) representaba 5.295.290 pesos, ingreso que muchos asalariados envidiaban, pero que para Policarpo estaba siendo cada vez más insuficiente. Cuando iba por mitad de la lista, que elaboraba en un cuaderno cuadriculado, le interrumpió Luz Angélica, su esposa, para anunciarle mientras le entregaba el teléfono inalámbrico: *“Polo, te llama Olga del Banco Nacional, dice que es muy urgente...”*

El que la llamada fuese de carácter urgente preocupó a Policarpo, y su preocupación se aproximó al pánico cuando la voz sensual de la funcionaria se dirigió a él, con el tono que suelen emplear las maestras escolares para reprender a sus estudiantes, llamándolo, por primera vez en varios años, por su apellido, en vez de llamarlo don Policarpo como acostumbraba hacerlo regular y amablemente.

Con un nudo en la garganta y una extraña sensación en el estómago, el pobre hombre escuchó las palabras burlonas y despectivas de Olga que lo pusieron en guardia pues, aún después de colgar, retumbaban en sus oídos: *“Señor **Ladrón de Guevara**, lamento notificarle que su cuenta ha sido castigada y por eso no podremos efectuar la transacción en dólares con su cheque, pues la auditoría interna y las regulaciones del banco lo imposibilitan a usted como sujeto de crédito o como sujeto comercial...En este momento usted, como codeudor del Señor Gustavo Salcedo, tiene una obligación pendiente con el banco por ocho millones quinientos treinta mil pesos...”*.

Como dicen que les pasa a quienes han tenido una experiencia en el umbral de la muerte y han cruzado el túnel hasta llegar a la luz para efectuar un recuento instantáneo de sus vidas antes de retornar, en la mayoría de los casos a regañadientes, con el propósito de concluir su ciclo vital en este valle de lágrimas, la azarosa relación de

Policarpo con el dinero, y con las deudas, se proyectó en su mente con la nitidez de una película grabada en el más sofisticado equipo de DVD.

Después de la “*película*”, el acosado deudor pensó que lo mejor para calmarse sería encender su pipa curva “*de reflexión*”; para el efecto, inició el ritual de pasar un escobillón a lo largo de la boquilla para limpiarla, raspar la bien curada cazoleta con la patinada cucharilla del atacador, y quitar la tapa de madera, con esponjilla en el centro, del humidificador de porcelana inglesa que había pertenecido a su tío Godofredo y guardaba en un cofre que también había heredado del viejo... Para comprobar, con cierta amargura, que en el fondo sólo quedaba un ripio de picadura reseca y sin aroma, que no alcanzaría para una tacada de su cachimba. Sin más opción, terminó recurriendo a otra taza doble de café negro y a un cigarrillo adicional... “*Ya vendrán tiempos mejores – pensó con optimismo -, y podré darme otra vez el lujo de comprarme un buen tarro de picadura fina... por ahora, hay otras prioridades*”.

Superado el impacto inicial, después de tres o cuatro procacidades justificadas y con la mente un tanto más serena, consultó su inseparable Bristol, verificó que esa noche sería plenilunio (tiempo propicio para la reflexión), se encomendó a San Nicolás de Tolentino siguiendo la pía costumbre, inculcada por su abuela, de invocar en todo trance la protección del Santo del día, cuya lista también aparecía en el Bristol, y se dijo mentalmente algo que aprendió en la conferencia televisiva de un gurú oriental y repetía con frecuencia: “*Toda situación, por adversa y terrible que parezca, tiene escondido un bien oculto*”.

Tratando de dilucidar cuál sería el bien que ocultaba el hecho de que el banco lo pusiese entre la espada y la pared, Policarpo descubrió que talvez ésta era la oportunidad para que su amigo y confidente Eleuterio, el escritor, quien conocía con pelos y señales la mayoría de sus venturas y sus desventuras, crease una novela basándose en la historia de su vida, y relatando las angustias económicas que le habían acosado en los últimos años, particularmente desde que, una vez pensionado, había abandonado la actividad académica para crear su propia empresa y comenzado, quince años antes, un lento recorrido por la senda espiritual, tratando de orientar todas sus acciones inspirado en el amor. Por ello, se había proclamado como un deudor *amoroso* y no *moroso*, como lo calificaban los bancos y lo evidenciaba su vergonzante inclusión en la terrorífica base de datos del sistema de control financiero SIS DATA que, con un simple click y sin respetar el

sagrado derecho a la defensa, descalificaba a cualquier ciudadano honesto como sujeto de crédito para convertirlo en sujeto de descrédito.

Mientras esperaba que el reloj de su estudio marcara las 12:02

(hora señalada en el Bristol para el plenilunio total), Policarpo encendió un velón rosado, el color apropiado para ese día, según lo recomendado por el gurú, y una varita de incienso, apuró otra taza de café y se sumergió en el caudal de sus pensamientos... Concluyó que septiembre era un mes históricamente aciago; bastaba recordar que en una nefasta noche septembrina, los conspiradores palaciegos casi nos dejan sin libertador; que el primero de septiembre de 1939 los alemanes invadieron Polonia, con lo cual estalló la Segunda Guerra Mundial; o que, en un septiembre que la prensa calificó como negro, murieron los rehenes israelitas que participaban en las olimpiadas de Munich; y sin ir más lejos, fue el 11 de septiembre del año 2001 cuando los terroristas de Osama Ben Laden, hirieron el orgullo gringo pulverizando las simbólicas torres de New York. Ahora, en su pequeño mundo, y precisamente en septiembre sus precarias finanzas se veían gravemente amenazadas por la inesperada decisión bancaria.

A las 12:00 y dispuesto a practicar una de las técnicas de meditación que había aprendido en los programas del gurú oriental, decidió rezar antes un *Padrenuestro*, con el texto que le enseñó su abuela; único que consideraba válido, pues en su opinión, algún burócrata del Banco Vaticano había influido en su Santidad para que cambiara las muy cristianas palabras: "...*Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores...*", por la menos específica fórmula: "...*Perdona nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden...*", con lo cual habían dado pauta para el surgimiento de prácticas tan absurdas como la de crear engendros del corte de SIS DATA, especie de prisión cibernética para la dignidad, en la cual era muy fácil que tu nombre quedara enjaulado, y de la cual era casi imposible salir sin estigmas que te acompañarían por el resto de tu existencia.

Cuando el gallo del vecino cantó por tercera vez, coincidiendo con el acto de perdonar de todo corazón, según la nueva fórmula del *Padrenuestro*, lo que consideraba una ofensa de Olga por el tratamiento desdeñoso del cual le había hecho objeto; Policarpo creyó ver una posibilidad de solución para su problema inmediato, costosa sí,

pero al fin y al cabo una solución; y otra, que en poco tiempo seguramente resolvería sus problemas financieros de por vida. Entonces, más sosegado y completamente insomne, esperó la luz del día y se encaminó con su baúl de recuerdos en la mente y con la ilusión de que su amigo escribiese una obra magistral que se hiciese famosa...

La euforia invadió su espíritu y mientras avanzaba por las callejuelas del pueblo su imaginación hacía cuentas: *"Si se venden 100.000 ejemplares de la obra a \$20.000, y el editor nos reconoce el 10% como regalías, tendremos doscientos millones, mitad para Eleuterio y mitad para mí; pero como la obra va a ser muy famosa, nada raro sería que logremos vender en tres años los 500.000 ejemplares que ha vendido Rosario Tijeras y eso sin contar con que nos puede pasar lo mismo que al joven escritor, al que ya le tradujeron su obra a ocho idiomas, se lo van a traducir al inglés y le propusieron hacer una película... ¿por qué no?... Al fin de cuentas, Leo (como acostumbraba decirle a su amigo Eleuterio) escribe muy bien y todo lo que tiene que hacer es poner en orden lo que sabe de mí y lo que voy a contarle, tomarse una que otra licencia literaria y producir lo más rápido posible un buen libro... ¿por qué no? ... si casos se han visto".* Polo en su ingenuidad, estaba sobrevalorando las aptitudes literarias de su amigo, quien en realidad escribía bastante bien, llevaba varios años trabajando en una novela cuyos manuscritos había compartido con Policarpo y eventualmente publicaba cuentos razonablemente buenos y algunos poemas no tan buenos, en un periódico mensual que se distribuía en forma gratuita en cuatro municipios de la Sabana de Bogotá.

Así pues, el sempiterno soñador, con el grave problema bancario diluido en las pompas de jabón de sus ilusiones, llegó sonriente y dispuesto a inyectar a su amigo una sobredosis de entusiasmo. Tres horas después, frente a una vieja máquina Rémyngton heredada de su abuelo y que se negaba a reemplazar por un moderno computador, Eleuterio tecleó el título de la obra que los convertiría en ricos y famosos.

POLICARPO

HISTORIA DE UN DEUDOR AMOROSO

UNO

San Policarpo, Obispo y Mártir, se alegró en el paraíso celestial al saber que el martes 23 de febrero de 1943, a las ocho de la noche y en luna creciente, en Santa Fé de Bogotá, nació un hermoso niño de pelo castaño, ojos negros, mentón partido y diminuta pero claramente delineada nariz aguileña, como correspondía al linaje de los hidalgos caballeros que, en 1595, habían traído al Nuevo Reino de Granada el muy noble y linajudo apellido Ladrón de Guevara. Pues bien, amigo lector, lo que queda de ese niño, la totalidad de su nombre: Policarpo Ladrón de Guevara y Urrutia, y su cuerpo de sesentón, se agitan, por ahora, en el mar tormentoso de las deudas, con la circunstancia agravante de que el orgullo de su apellido ha quedado por el suelo, cada vez que lo pronuncian con sarcasmo los funcionarios bancarios o los abogados especializados en cobranzas. Emerenciana Misas de Ladrón de Guevara, su adorada abuela paterna, que en paz descansa, no hubiese soportado tan cruel como sutil insulto al abolengo de su venerado esposo y al ilustre apellido de sus doce hijos – ocho varones que incluían tres curas, dos militares, un abogado, un ingeniero y un contador autodidacta y comerciante, padre de Policarpo; y cuatro mujeres, dos monjas y dos solteronas -, sus ocho nietos y sus doce bisnietos. ¡Alabado sea el Señor por librarla de tan humillante oprobio!.

Emerenciana Misas Posada (Chana o Chanita Misas como la conocían todos en la alta sociedad de Yarumal) era la más bella, la más inteligente, la más piadosa y la más rica de todas las jóvenes de su época en edad de merecer. Ante la frustración de doce pretendientes que ambicionaban poseer no sólo la belleza sino la fortuna de Chanita, el beneficiario vino siendo un joven flaco, de mirada perdida y perfil aguileño, que había llegado a la cordillera antioqueña en busca de aventuras, procedente de la Costa Atlántica. Su extraño acento, su desparpajo y su simpatía lo diferenciaban por completo de los galanes paisas y desde el primer momento cautivó el corazón de Chana y obtuvo el beneplácito de sus padres, muy interesados en que su fortuna se acrecentase y su linaje se ennobleciese con el ilustre apellido del joven costeño: Ladrón de Guevara. Don Saturnino Misas se frotaba las manos mientras comentaba con sus amigos: “*Los Ladrón*

de Guevara son hidalgos de la más pura estirpe española, la Costa Atlántica debe en gran parte su desarrollo a los antepasados de este muchacho que quiere emparentar con nosotros, y Chanita no ha sido indiferente a los simpáticos requiebros del joven Belarmino; pronto tendremos boda y pienso echar la casa por la ventana... ¡Ah! y lo mejor que tiene es que es godo hasta los tuétanos y ahora que los liberales se están alborotando necesitamos fortalecer estas alianzas”.

Para entonces, soplaban vientos de guerra que echarían al olvido el ingenuo verso de Don Rafael Núñez, otro costeño flaco y de mirada perdida: “*Cesó la horrible noche*”, pues la horrible noche tardaría mil días y, sin que pudiese amanecer del todo, los enfrentamientos entre godos y cachiporros durarían hasta nuestros días... Pero bien amigo lector, ésta no es una obra de historia patria, sino la historia de nuestro amigo Policarpo, en la cual lo importante es cómo esa fortuna acrecentada de los Misas y los Ladrón de Guevara, se esfumó con la misma rapidez con que se diluyen las ilusiones de nuestro actual deudor amoroso.

El catolicismo exaltado, casi fanático, de los Misas de Yarumal escondía, hasta donde se puede esconder algo en este mundo en que “nada hay oculto bajo el sol”, el origen judío de este apellido del que comentaban sus amigos, en voz baja y a espaldas de Don Saturnino, después de que éste había echado una de sus acostumbradas peroratas antisemitas: “*Saturnino cree que porque su papá no lo hizo circuncidar, dejó de ser judío; pero la verdad es que antes de llamarse Misas, los antepasados de este viejo eran judíos... y para salvar el pellejo aceptaron bautizarse cuando la cosa se les puso difícil con los Reyes Católicos persiguiendo moros y judíos por todos lados...*” “*Creanme (enfaticaba Eladio Restrepo ‘su mejor amigo’) que antes de ponerse el muy católico apellido Misas se llamaban Damisa y eran tan judíos como Judas Iscariote...*”

El primero de enero de 1897, el dinero y la hidalguía de los Misas y de los Ladrón de Guevara se fundieron en una impresionante ceremonia nupcial, oficiada por un obispo y tres curas del Seminario Mayor, importantísima institución de Yarumal, seguida de una fastuosa fiesta en la hacienda de los padres de la novia. La fecha fue escogida por ser el día de “Santa María Madre de Dios. El dulce nombre de Jesús”, como aparece y ha aparecido en forma continua a lo largo de 171 años de publicación del pintoresco almanaque de Bristol. Con esa decisión que no le fue consultada al novio, éste conoció el fervor de los Misas por el almanaque y por los productos (Agua Florida de Murray &

Lanman, Jabón de Pacholí y Tricófero de Barry para “el cuidado y embellecimiento del cabello”) que desde su aparición ha promocionado el susodicho almanaque y que la novia llevó cuidadosamente empacados en una pequeña valija a su viaje de bodas en la Costa Atlántica. El buen Belarmino, cuya mirada perdida de intelectual en verdad escondía su ingenuidad, nunca se imaginó que en vez de un sólo hijo, como la Madre de Jesús, su amada Chanita le daría doce; ni mucho menos, que este capullo de matrona impondría, sin derecho a pataleo, el nombre de sus hijos con base en las sagradas listas de los Santos que publicaba el almanaque. Así pues, los tíos paternos de Policarpo fueron condenados, en única instancia, a llamarse Eulogio, Benedicto, Gaudencio, Flora, Plácido, Fausta, Godofredo, Ceferino, Lutgarda, Rosalía, Severiano y Egidio, su padre.

El viaje de bodas de la aristocrática pareja duró poco más de un año, que aprovecharon para conocer las islas del Caribe, todas las propiedades de la familia y las ciudades de la Costa Atlántica desde Riohacha hasta Panamá, que para esa época ni siquiera sospechaba que sería amputada de la geografía colombiana, pocos años después, con un garoso zarpazo del oso Roosevelt. La mayor parte del tiempo la pasaron en casa de unos parientes panameños, debido a que Emerenciana tuvo algunas molestias con su primer embarazo que el 9 de enero de 1898 desembocó, felizmente, con el nacimiento del primogénito, que llegaría a ser Monseñor Eulogio Ladrón de Guevara Misas, Obispo de Mompos. Entre los cuatro Santos del día, fue escogido San Eulogio pues tenía fama, entre las amigas de Chana, de ser más milagroso que San Julián y San Mariano; y por razones obvias, la recién llegada criatura no podría honrar la memoria de Santa Basilisa. Sin acostumbrarse del todo a la arbitraria asignación de apelativo para su hijo, pero resignado, el buen Belarmino sólo atinó a dar gracias a Dios por darle el privilegio de un hijo varón en vez de una niña, que no hubiese merecido ser castigada con el nombre de la Santa del día.

De regreso a Yarumal, Belarmino demostró que su ingenuidad no era total pues, sin prisa pero sin pausa, se dedicó en los años subsiguientes a duplicar con hábiles negocios la fortuna fusionada de las dos familias; a mantener embarazada a su prolífica consorte con una regularidad tan matemática, que entre el nacimiento del mayor y el de Egidio el menor (padre de nuestro deudor amoroso), y en un tiempo record de diez años, completó la docena de hijos (si no tuvo más, fue por problemas prostáticos que redujeron su líbido a niveles menos peligrosos); y a desdibujar su delgada figura, agregando a su contorno un

promedio de diez kilos cada año, hasta adquirir el perfil de un rinoceronte con sombrero, pantalones, tirantas y zamarros, cuya mole difícilmente lograba soportar un percherón traído especialmente de los países nórdicos.

En la educación de la prole, el rol de Belarmino fue pasivo, indulgente y tierno; en cambio Doña Chana demostró la dureza de un Sargento Mayor de Infantería entrenando reclutas, en contraste con su apariencia física de Madonna inofensiva. La ternura de la abuela Chana sólo vino a desbordarse en el ocaso de su vida, con la suavidad con que se desborda un copón repleto de miel cuyo contenido sólo pudo disfrutar nuestro apreciado Policarpo, hijo mayor del menor de sus hijos.

Alguien clasificó alguna vez, de manera por demás simplista, a la humanidad en dos grandes grupos: hijueputas y gente; y agregaba que la ventaja de la gente, era que de vez en cuando podía ser hijueputa, en tanto que los hijueputas jamás serían gente. Plácido, el abogado, quinto hijo de Belarmino y Chana, sin que la Señora fuese la causa, era un perfecto hijueputa. Bajo una máscara de facciones delicadas y hermosas, que envidiaban sus cuatro hermanas (las poco agraciadas solteronas y las dos monjas), escondía la esencia de su personalidad: desleal, deshonesto, descarado, destructivo y marica.

La obra maestra de su perversidad fue haberse apoderado truculentamente, con manipulaciones al testamento de Belarmino (fallecido de apoplejía en 1927), de la herencia de su madre y sus once hermanos; con lo cual en menos de dos años los Ladrón de Guevara, al menos la rama que emparentó con los Misas, pasaron de la opulencia y la ostentosa condición de blasonados, a la muy triste situación de nobles venidos a menos. No vale la pena reconstruir la miserable historia de Plácido; bástenos saber que con la bolsa repleta con el dinero arrebatado a su familia, huyó del país rumbo a Europa en compañía de su amante: un juez venal, cómplice de su felonía, que terminó apuñalándolo en una sórdida escena de celos.

Lo único que se salvó de las sucias maniobras de Plácido, fue el viejo caserón de Yarumal en que se había criado la docena de hijos de Doña Chana, y las joyas personales de la viuda, de las cuales vivió cuatro años hasta que se vio forzada a vender la casona y viajar a Bogotá en compañía de sus hijas solteras, para vivir arrimadas en casa de Doña Rosalba Posada, tía materna de Chana, aristocrática anciana que al morir heredó su propiedad del tradicional Barrio La Candelaria a sus sobrinos.

A la sazón, los curas, los militares y las monjas de la familia tenían resuelto el problema de subsistencia; no así Godofredo, el séptimo de la lista, quien con el producto de la venta de un collar obsequiado por su madre, viajó a Barranquilla y se embarcó rumbo a los Estados Unidos de Norteamérica en donde se radicó definitivamente, se convirtió en ingeniero y jugó un papel muy importante en la vida de Policarpo. A los 17 años Egidio, el menor de los hermanos, por recomendación de Eulogio, el cura, y con la bendición de su madre, ingresó al Seminario Mayor de Yarumal, más por razones prácticas de sustento que por vocación auténtica. La fragilidad de su vocación se puso en evidencia, cuando conoció a Josefina, una prostituta de formas voluptuosas que trastornó su mente juvenil y le hizo abandonar la sotana; con ella vivió un amor tormentoso que duró exactamente tres meses y tres días, cuando la muy puta lo abandonó para irse con un agente viajero que la deslumbró con una camioneta en la que transportaba el muestrario de sus mercancías. Sin ánimo y sin ganas de volver al seminario, no le quedó más opción que viajar a Bogotá para aumentar la carga de Doña Chana que era doble: capotear la pobreza y disimularla.

Doña Rosalba era una viuda sin hijos y sin dinero, que subsistía gracias a una magra pensión del gobierno heredada de su difunto esposo, presunto héroe conservador de la guerra de los mil días; sin embargo, la viuda había desarrollado un profundo conocimiento y un manejo impresionante del arte de aparentar, hasta el punto de que era reconocida en las altas esferas sociales, no sólo como una mujer de abolengo sino como propietaria de una inmensa fortuna, que según decía le administraba la Banca Suiza. Sus frecuentes viajes al viejo continente para atender sus asuntos, no eran más que una farsa que la vieja hacía creíble encerrándose, hasta por seis meses, en un convento escondido en un pueblecillo de la Sabana, en el cual pasaba los días entre rezando y tejiendo en *crochet*, en *frivolité* o en *punto noruego*, preciosas carpetas y cubiertas para los muebles que “traía de Europa ” a sus amigas, “*como un detallito que encontré en Bélgica en un almacencito primoroso en Brujas y me pareció que se vería divino cubriendo tu canapé inglés...*”; y urdiendo una trama perfectamente coherente y creíble de lo que había sido su viaje. En menos de dos meses y bajo la experta orientación de la tía Rosalba, tanto Chana como Flora y Lutgarda, ya para entonces un tanto quedaditas, se convirtieron en hábiles simuladoras de opulencia animadas, especialmente las poco agraciadas hermanas, por la esperanza de que San Antonio les hiciese el milagro, enviándoles un galán buen mozo, elegante, con pergaminos... y rico.

La sordera del atareado Santo comenzaba a producir estragos en las ilusiones de las dos hermanas; entonces, llegó el joven seminarista despechado que fue recibido no sólo como el hijo pródigo, sino como una luz de esperanza para que con su hermosura varonil, su inteligencia y su mirada ensoñadora lograra conquistar a una cualquiera (*"la que sea pero con apellidos y con plata"*) clamaban al unísono las cuatro mujeres) del ramillete de jóvenes casaderas de la alta sociedad capitalina. El único inconveniente con el cual tropezaron las cuatro casamenteras, fue la actitud reticente de Egidio para establecer cualquier tipo de relación formal con cualquier espécimen del sexo opuesto; debida tal vez a las secuelas dejadas en su frágil corazón por el aputarachado y breve romance que vivió con Josefina. De nada valieron las insinuaciones, los consejos y la infinidad de encuentros orquestados por la tía Rosalba y sus cómplices, para encontrarle pareja apropiada (léase con pergaminos y plata, sin que valiesen para nada la apariencia física o la personalidad de la candidata) al paupérrimo joven.

A diferencia de su madre, sus hermanas y la tía Rosalba, Egidio no mostraba el menor interés por la nobleza y la prosapia de su apellido, y se burlaba de sus maniobras por aparentar lo que alguna vez había sido y ya no era. En una ocasión, en que encontró a sus dos hermanas elaborando un árbol genealógico, les dijo: *"No sigan hurgando en el pasado, pues de pronto comienzan a aparecer las tataraputas y los tatarapícaros de la familia"*. El comentario que las solteronas consideraron procaz e injusto, le valió que le retirasen la palabra durante seis meses. El aislamiento, primero de sus hermanas y después de su propia madre y la tía Rosalba, se volvió insoportable para Egidio, quien decidió comenzar a buscar un empleo que le permitiera independizarse. Quiso la fortuna que en poco tiempo lograra, gracias a su simpatía, a su facilidad de expresión y a la amplia cultura general adquirida en el seminario, conseguir un puesto como vendedor de mostrador en una inmensa cacharrería situada en el centro de la capital.

Cuando Flora y Lutgarda comenzaban a tomar conciencia de que su destino era el más aburrido celibato, a descubrir su imposibilidad para despertar cualquier tipo de pasión en los caballeros casaderos de la época y Egidio, a los 32 años de edad, se perfilaba como un solterón, sucedió un milagro: Edelmira Urrutia Vélez, una preciosa joven de 20 años, se convirtió en la novia oficial de su escurridizo hermano. Las cuatro conspiradoras de antaño, ofrecieron una novena de gratitud a San Antonio y se dedicaron a especular sobre el futuro de Egidio, convencidas de que el último varón de la familia emparentaría

con la única heredera de Don Celestino Urrutia; de quien se aseguraba en los círculos que frecuentaba la tía Rosalba, “*está forrado en oro*”. Lo que todas ignoraban era que el pobre viejo estaba totalmente quebrado y su esposa Doña Concepción Vélez, otra señorona de la más rancia aristocracia antioqueña, superaba con creces a Doña Rosalba en el arte de aparentar. Paradójicamente, las matronas de las dos familias estaban convencidas de que si ese noviazgo llegaba a boda, recuperarían la fortuna que la vida les había arrebatado. También ignoraban que desde que se conocieron Edelmira y Egidio, ambos estaban hartos de ser objeto de las manipulaciones de sus engreídas familias para buscarles pareja con apellidos y plata; y compartían su actitud burlona respecto a una nobleza apolillada y marchita que resultaba totalmente anacrónica y ridícula en pleno siglo XX.

En aras de la verdad, es importante aclarar que la relación entre Egidio y Edelmira fue, desde el comienzo, totalmente ajena a los intereses mundanos de sus respectivas familias; pues desde que se conocieron en la Biblioteca Nacional, el hecho de que ambos estuviesen buscando el mismo libro, sirvió para que se rompiese el hielo, comenzasen a descubrirse los intereses intelectuales comunes y después, frente a una taza de café, se prendiese la llama de un amor auténtico. El noviazgo, que se formalizó sin contar con la participación de las casamenteras de ambos bandos, fue sencillo en términos de que estuvo totalmente desprovisto de la parafernalia, la hipocresía y la manipulación de que hubiesen sido objeto los dos jóvenes, si Doña Rosalba y sus cómplices o Doña Concepción y sus amigas, hubiesen participado en las etapas preliminares del idilio. Por ello, cuando Egidio presentó a su novia, se limitó a notificar su decisión de contraer matrimonio; incluso se tomó la libertad de anunciar la fecha: Mayo 25. Corría el año de 1942.

Edelmira por su parte, la noche en que Egidio pidió su mano, frenó los alocados impulsos de Doña Concepción que llegó a insinuar la posibilidad de hipotecar la casa para financiar los festejos de la boda “*que van a ser de ensoñación, pues tenemos que descrestar a todos los invitados, que van a ser muchos; al fin y al cabo la que se va a casar es ni más ni menos que la única heredera de Celestino Urrutia...*”. La respuesta de la joven fue contundente: “*Bájese de esa nube mamacita, que yo me voy a casar con Egidio porque lo amo y no por sus apellidos, y con lo que usted propone terminaré convertida en heredera de una deuda impagable*”.

Finalmente, la pareja contrajo matrimonio en la parroquia de Usaqué en una ceremonia sencilla, el 13 de junio a las seis de la mañana. El cambio de fecha fue la única concesión que hizo Egidio a su madre y a sus hermanas que le pidieron, ignorantes aún del lamentable estado financiero de los Urrutia, que la boda se realizase el día de San Antonio de Padua, a quien siguieron atribuyendo el milagro de que su hermano no se quedase solterón, con la esperanza de que el Santo, agradecido por este homenaje, les hiciese a ellas el correspondiente favor. Después de la celebración religiosa, oficiada por Monseñor Eulogio Ladrón de Guevara Misas, de un brindis en la sacristía y de un desayuno en casa de los Urrutia, los jóvenes desposados partieron en viaje de bodas a Girardot; único lugar de clima cálido al alcance de los precarios ahorros de Egidio, conseguidos con esfuerzo en dos años detrás del mostrador de la cacharrería y como correspondía a la valerosa pareja, que prefirió asumir la realidad de su pobreza y descender, por lo menos tres peldaños, desde el estratosférico nivel de la escala social en que pretendía mantenerlos su fatua y encopetada parentela.

A regañadientes, Doña Rosalba aceptó ser madrina de boda de la pareja, en lo que consideraba *“una celebración de tercera que no se compadece con la dignidad de los Misas, los Posada, los Ladrón de Guevara, ni mucho menos con la alcurnia y la fortuna de los Urrutia...”*; este comentario dio pauta a Egidio para aterrizar a su familia en la dolorosa realidad financiera de su futuro suegro. La noticia produjo una taquicardia auténtica a Doña Rosalba, sumió a las dos solteronas en la más honda depresión y a Doña Chana le produjo un remezón interno que serviría, poco después, para que a partir de profundas reflexiones comenzara, inspirada en el ejemplo de Egidio y su nuera, a aceptar su nueva condición de recién llegada a la doliente y trabajadora clase media.

Mientras la parejita disfrutaba a plenitud su modesto viaje de bodas, la tía Rosalba anunció a sus amistades la intención de *“darme una vuelteca por Europa para revisar mis asuntos y ver en qué forma les puedo ayudar a mis ahijados; pues cómo les parece que los Urrutia están en la más absoluta inopia... Pero lo tenían muy bien disimulado ¿Qué tal ¡Ah!?”* La verdadera sorpresa se presentó un mes más tarde, pues el entramado de mentiras que había urdido hábilmente la tía Rosalba se desplomó con una jugada de la parca: infarto fulminante.

Mientras asistía al rezo de maitines en la capilla del convento, la pobre señora se fue de este mundo, simulando piedad y con una camándula en las manos... amanecía el viernes 26 de julio de 1942 día de San Joaquín y Santa Ana, Padres de la Santísima

Virgen María, San Olimpo y Santa Bartolomea, a cuyos espíritus las monjitas y el capellán del convento encomendaron su alma. Como podrá imaginar el lector, el desenmascaramiento póstumo de la tramadora matrona produjo un revuelo inusitado en los selectos círculos de la sociedad capitalina, y por mucho tiempo los Ladrón de Guevara Misas fueron la comidilla en reuniones sociales y en los costureros de “piadosas” beatas ricachonas.

El año 43 comenzó con cambios significativos en la vida de los Ladrón de Guevara Misas y los Urrutia: Don Celestino murió de cáncer en el estómago desencadenado, tal vez, por la presión de sus acreedores, y al poco tiempo Doña Concepción le siguió en el camino a la eternidad, por causas que nunca pudieron aclararse y que sus “amigas” del costurero atribuían a un suicidio con barbitúricos, pues *“la pobre Concepción no pudo soportar la vergüenza de ver a su hija casada con un pobretón como su marido”*; Chana, sus dos hijas y Egidio se convirtieron, de la noche a la mañana, en herederos de la casona de la Candelaria, cargada de antiguallas, una que otra pieza valiosa y un fantasma -¿el espíritu de Rosalba?-, cuya presencia atormentaría a los nuevos ricos que la adquirieron con la intención de escalar socialmente los mismos peldaños por los cuales descendieron las tres mujeres; por su parte, la joven pareja comenzó a vivir la plenitud de su amor, al tiempo que aprendía el arte de “saltar matones”, desarrollado por el pueblo para sortear los apuros económicos de toda familia recién creada, especialmente cuando el primer embarazo anuncia que el número de bocas por alimentar se aumentará en pocos meses.

Como “la necesidad es la madre de la industria” según reza el viejo aforismo, Doña Chana y las dos solteronas decidieron emplear el dinero, obtenido con la venta de la casona, en la creación de una pequeña fábrica de muñecos de peluche, que instalaron en una vieja casa alquilada en el mucho menos distinguido Barrio Egipto. Egidio, con los conocimientos y la experiencia adquiridos como vendedor de la cacharrería, se sintió capacitado para convertirse en agente viajero y distribuidor de mercancías para una dispersa clientela de cacharrereros en los principales municipios de Cundinamarca, Boyacá y los Santanderes; para el efecto, se asoció con Alfonso Duque (joven antioqueño nacido en el Santuario que se había convertido en su mejor amigo y que como él, era vendedor en la cacharrería del centro). Poncho, como le decían todos a su nuevo socio, aportó una destartalada camioneta Ford que había pertenecido a su padre, y Egidio aportó 700

pesos, parte que le correspondió de la venta de la casa de la tía Rosalba. Consciente de que su apellido completo podría ser interpretado (como llegaría a comprobarlo con los años) en forma suspicaz por sus clientes, acordó con Poncho que la nueva empresa comercial se registraría como “L. De Guevara & Duque Ltda.”, nombre que recorrería las tortuosas y polvorientas carreteras de la época, pintado en letras azules que se destacaban sobre el amarillento color en que se había convertido el blanco original de la camioneta.

El 23 de febrero, como ya lo indicamos, el primogénito de Egidio Ladrón de Guevara y Edelmira Urrutia, cometió la imprudencia de irrumpir en este mundo, mes y medio antes de tiempo, provocando malintencionados comentarios de las viejas del costurero, que se ejemplifican con el emitido por Doña Sinforosa Santander – supuesta descendiente del hombre de las leyes –: *“A la pobre Chana le cayó la desgracia: no sólo su tía Rosalba se le murió pobre y no rica como todas creíamos, sino que le dejó ese vejestorio de casa que no vale mayor cosa y le tocó volverse costurera; y de feria, su nuera como que se comió la torta antes de la fiesta, pues resultó con muchachito mucho antes de tiempo”*.

Después de este breve recorrido por los antepasados cercanos de Policarpo, es hora de que empecemos a contar, tan fieles a la verdad como sea posible, la historia de nuestro personaje.

DOS

La sorpresiva llegada a este mundo del pequeño Policarpo con 45 días de anticipación se debió, indudablemente, a un desliz de Edelmira. Pero no la clase de desliz que maliciosamente supuso la muy chismosa Señora Santander, sino al hecho de que la joven embarazada pisó el jabón mientras se bañaba y cayó aparatosamente al piso... Dos horas después y como consecuencia inmediata del porrazo, el bebé pataleaba y chillaba cual endemoniado en la sala de partos de una modesta clínica del Barrio Chapinero. Reconocemos que aquello de “...hermoso niño de pelo castaño, ojos negros, mentón partido y diminuta pero claramente delineada nariz aguileña...”, es una mentira piadosa, más apropiada para las notas sociales de un periódico que para este relato, cuya pretensión no es otra que ajustarse a la verdad. Y la verdad, monda y lironda, es que como todo recién nacido, excepto para los ojos de sus progenitores, Policarpo era de un feo subido. Esa especie de mamífero bípedo implume, cuyo rostro durante la primera semana de vida semejava un fríjol puesto en remojo, sufrió en seis meses una transformación favorable que lo dejó parecido a cualquier bebé de esa edad, gracias a los cuidados y los mimos de la abuela Chana que lo salvó de una muerte segura por inanición, pues los senos de Edelmira resultaron tan secos como llegarían a estarlo la cuenta bancaria y la de ahorros del sobreviviente, medio siglo después. La fórmula de la abuela era simple: tres cucharadas diarias de Emulsión de Scoott, reconocido y eficiente, pero detestable para muchos, brebaje del “hombre con el bacalao a cuestras en su etiqueta”.

Dicen los que saben, particularmente los sicólogos modernos, que la infancia y las condiciones que la rodean, así como los eventos especiales que en ella ocurran, son determinantes para formar la personalidad de cualquier adulto. La infancia de Polo fue feliz y estuvo rodeada de amor y mimos por parte de un sexteto femenino, encabezado por su abuela Chana y secundado por su mamá, sus tías monjas, especialmente Rosalía y las dos solteronas que volcaron en la criatura todo el caudal represado de su amor, incluido el maternal.

Gracias al hígado de bacalao cuchareado, en poco tiempo Policarpo se convirtió en un bebé rozagante, regordete y sonriente, pero común y corriente, que la visión exaltada de las seis mujeres percibía como un ángel escapado del cielo a quien se referían como:

“el celestial”, “el seráfico” o según decía Fausta – la mayor de las tías monjas -: *“Este muchachito, es la viva imagen del Niño Jesús de Praga”* (para entonces, el Niño Jesús del 20 de Julio no había alcanzado la proyección internacional de su homólogo Checo).

Podemos asegurar, sin temor a equivocarnos, que la característica predominante en la personalidad de Policarpo, la bondad, se formó entre las caricias de la abuela, los cuentos que le contaba su madre, la veneración un tanto melosa de las solteronas y el alegre revoloteo de los hábitos de las novicias contemporáneas de sus tías; porque si algo podemos decir de Policarpo, es que es un hombre exageradamente bueno, hasta el punto de que en muchas de sus acciones bordea los límites de la pendejada; sin atrevernos a decir por ello que nuestro personaje es un pendejo, como en múltiples oportunidades se lo han enrostrado su mamá, su hermana menor o como lo comentan, a espaldas suyas, algunos de sus amigos.

Edelmira no fue tan prolífica como su suegra, y su quinteto familiar se completó a un ritmo más lento y espaciado: al nacimiento de Policarpo siguió, en agosto de 1946, el de Bartolomé, a quien le sucedió, dos años después, Isabel, la única hija de la pareja. En ambos casos, los nombres también fueron asignados por la dupla Chana-Egidio sin consultarle a Edelmira y, por supuesto, con base en el Bristol, a pesar de que nunca estuvo totalmente de acuerdo con el nombre de su primogénito, a quien hubiese preferido bautizar con el nombre de alguno de los galanes de las radionovelas que escuchaba diariamente como la única distracción que su condición económica le permitía; pero como era una mujer conciliadora y enemiga de la polémica, se resignó sin mayores aspavientos y se alegró de que los Santos, que según Chana la habían ayudado en los respectivos alumbramientos, llevasen unos nombres más normalitos que los de algunos de los hermanos de su marido, incluido el de este último, que en verdad nunca la había convencido del todo.

Reconstruir la infancia, la niñez y la preadolescencia de Policarpo es, poco más o menos, como intentar hacer una colcha de retazos con anécdotas dispersas que él nos ha contado y nos sirven como referencia para mostrar los rasgos determinantes de su personalidad y de la de su hermano, con quien sólo comparte la generosidad y la nobleza de corazón, pues en el resto de inclinaciones, dones, defectos y atributos, así como en el aspecto físico, no parecen ni siquiera prójimos. Sin embargo es importante puntualizar que, a pesar de sus diferencias, Bartolomé y Policarpo se aman entrañablemente y han

sido siempre el uno apoyo del otro. Polo y Bartolo construyeron su amistad fraternal, compartiendo travesuras en las cuales el autor intelectual y material siempre era Bartolo, a quien el buen Polo seguía con la misma lealtad con que Robin sigue a Batman, para terminar siempre, por ser el mayor, asumiendo sin chistar la responsabilidad de los hechos y el correspondiente castigo. Desde entonces, Isabel creció convencida de que su hermano mayor, a pesar de que no tenía cara de, era un güevón.

Empecemos a tejer la colcha de recuerdos, con la primera anécdota agridulce de su infancia, que aún hoy en día él rememora, mientras se soba el brazo izquierdo como para calmar un dolor intenso:

“Era un domingo y yo tenía como cuatro años... Recuerdo que a mi hermanito Bartolomé lo llevaba mi mamá en brazos... Ese día, la tía Rosalía tenía visita y el ambiente era de fiesta. Después de misa, en un patio inmenso, las novicias organizaron unos juegos; no recuerdo si había más niños, pero yo me sentía como el centro de atracción en un círculo cerrado, entre cuatro monjitas que cantaban, reían y me lanzaban como una pelota, desde los faldones del hábito recogidos con la mano a la altura de la rodilla como formando hamacas, de una monja a la siguiente. El vuelo era delicioso. No sé en qué momento se apareció la superiora del convento dando gritos amenazantes y con el rostro desencajado... El instinto de conservación, me impulsó a buscar un escondite para evadir la ira de esa especie de gallinazo iracundo... Entonces, me escabullí por entre las faldas de una de las novicias, en donde por un rato me sentí a salvo, hasta que la huesuda mano de la enfurecida superiora me agarró por un brazo, y me sacó a la brava del cálido refugio, mientras me lo retorció con los dedos, que tenían la fuerza de unos alicates, hasta formar en la parte superior del pellejo un pezón rojizo que me duró más de dos semanas y todavía me duele”

Si Polo fue el niño mimado de la abuela Chana, Bartolo lo fue de su papá y su mamá; esta última, con los senos igualmente secos, no quiso experimentar con su segundo bebé la fórmula de la Emulsión exitosamente utilizada por su suegra, sino que engordó a la criatura a punta de leche en polvo Klim importada. Si nos atenemos a los resultados visibles en los dos hermanos, podemos suponer que el hígado de bacalao convirtió a Polo en un larguirucho pero dócil muchachito, en tanto que la leche convirtió a Bartolo en un cabroncete indómito y regordete... Con los años, Polo alcanzaría un metro con ochenta de estatura, en un cuerpo bien proporcionado, rematado por un perfil “igualito

al de San Francisco de Asís", según opina su tía Rosalía, que aún hoy a los 83 años, perfectamente lúcida y con 32 años de haber abandonado los hábitos, ama a Polo "*con trapitos y todo*" y ha sido el salvavidas financiero de su sobrino, pues lo ha rescatado cada vez que la tormenta agita el lago profundo de sus deudas.

El parecido de Polo con la imagen de cualquier Santo tonsurado del medioevo, se debe a una calvicie frontal, bordeada por una barba entrecana que se confunde con los restos laterales de lo que fue una ensortijada cabellera negra. Bartolo, por su lado, sólo alcanzó una mediana estatura, diez centímetros por debajo de su hermano; su cuerpo, esbelto en la juventud y en sus primeros años de vida militar, se deformó con una enorme panza de cervecero a partir del grado de capitán; y en la cúspide de su gordura, con el rango de coronel, llegó a pesar 105 kilos (medidos en la báscula del sauna del club militar de oficiales, de cuya exactitud nadie se atreve a dudar); su rostro redondeado luce unos mostachos de largas guías al estilo Pancho Villa, debajo de una ancha y protuberante nariz que, como la calificó un compañero suyo del ejército, era "*capaz de captar un pedo a treinta metros de distancia en campo abierto*". Polo envidiaba la frondosa melena, antaño negra, ahora plateada de Bartolo, en tanto que éste lamentaba haber heredado el apéndice nasal de los Posada, en vez de la aguileña y aristocrática nariz de los Ladrón de Guevara. Para resumir, podemos asegurar que si algún director de cine, teatro o televisión promoviese un "casting" para escoger actores que representasen a Don Quijote y a Sancho Panza, los dos hermanos no tendrían contendor que lograra desplazarlos.

Si el país recuerda el año 48 del siglo XX como un año que pasó a la historia, cargado de violencia, a raíz del famoso Bogotazo, los Ladrón de Guevara lo recuerdan como el año en que su vida dio un importante giro, que tendría repercusiones en la mente infantil de Policarpo. Para Egidio, el año comenzó con una mejoría en la sociedad que años antes había constituido con su amigo Poncho y que, según pensaba, le ayudaría a cubrir los gastos que se veían venir a partir del tercer y último embarazo de Edelmira, que había resultado difícil y la tenía confinada a una cama bajo los cuidados médicos del Doctor Pantoja, un pastuso serio y malgeniado, que cobraba unos honorarios que hubiesen merecido un trato mas amable y simpático para su paciente. Con Edelmira en cama, la abuela Chana decidió asumir las funciones de ama de casa para cuidar a la enferma, estar cerca de su amado nieto Policarpo y controlar los ímpetus destructivos de Bartolo, que sin cumplir los dos años correteaba por toda la casa haciendo estragos en la modesta cristalería y en los pocos adornos que conformaban la decoración de la casa.

Recordemos que la abuela, debido al celibato voluntario o forzoso de los curas, las monjas, las solteronas, el marica, y al hecho de que Godofredo resultó estéril, sólo tuvo ocho nietos: los hijos de Benedicto, el Coronel, tres varones: Cirilo, Casimiro y Roque, todos bautizados por el Bristol; los hijos de Severiano y Teresita Molina (una costeña chiquita y tetona que ejercía el mando en su hogar y dominaba a su marido, quien se contentaba con ejercerlo en el pelotón de infantería que comandaba en el Batallón Guardia Presidencial) que se opuso a la tradición, no permitió que el nombre de sus hijos surgiese de las estrambóticas listas del Santoral y prefirió, por esnobismo o por rebeldía, bautizarlos con nombres de origen angloamericano: así pues, la mayor, una niña de la misma edad de Polo, se llamó Kareth, y un niño, contemporáneo de Bartolo, con quien llegó a competir en creatividad para montar travesuras, se llamó Kevin; y por supuesto, los tres hijos de Egidio, incluida Isabel que, como se explicó, era un proyecto incierto.

Con un entusiasmo inusitado, la abuela Chana comenzó desde enero los preparativos de una piñata para celebrar el quinto año del “*seráfico*”, en la cual pensaba reunir a todos sus nietos y a cinco niños vecinos de Chapinero, que Policarpo consideraba sus amiguitos, pues compartían el carrusel, el rodadero y los columpios del parque infantil del Barrio. Lamentablemente las cinco velitas que adornarían la torta, amorosamente preparada por la abuela, nunca se encendieron; pues el Teniente Severiano Ladrón de Guevara Misas murió, no en el campo de batalla, como lo había soñado cubierto de gloria, sino de una prosaica peritonitis que dejó viuda a Teresita y huérfanos a Kareth y a Kevin.

A la velación del tío, en cámara ardiente y con guardia de honor, fue llevado Policarpo, que no pudo reprimir el deseo de apagar las velas – tal como lo había ensayado con su abuela para la fiesta -, que iluminaban el féretro de su tío como si fueran las velas del ponqué. Esta fue tal vez la única travesura infantil de Polo que no fue inducida por Bartolo; sin embargo, la mirada asesina del Teniente que comandaba la guardia de honor y la reprimenda (primera y última) de su abuela, mataron para siempre la posibilidad de convertirse en pundonoroso militar como sus tíos e hicieron más difícil su breve y traumático paso como soldado raso del “Army” gringo, que narraremos a su debido tiempo.

Aparte de la inesperada muerte del tío Severiano, que frustró la piñata de Policarpo, y del complicado embarazo de Edelmira, el giro en la existencia de los Ladrón de

Guevara, tanto los Misas como los Urrutia, tuvo en ese año su apoyo en otros pivotes: la destrucción, en un incendio desatado por la violencia del 9 de abril, de la pequeña fábrica de muñecos del Barrio Egipto, que redujo a cenizas lo que quedaba de la precaria herencia que recibieron Chana y sus dos hijas de la tía Rosalba; un macabro hallazgo que traumatizó a Policarpo y no produjo ningún efecto en Bartolo y el cual merece párrafo aparte; el hacinamiento de las damnificadas, Chana y sus dos hijas, la viuda de Severiano y los primos huérfanos, sumados a los miembros de la familia de Egidio y Edelmira, en el pequeño apartamento que estos ocupaban en Chapinero; y la aparición del Padre Llorente, un cura caleño, obeso, simpático y parlanchín, antiguo condiscípulo de Egidio en el seminario de Yarumal, que estaba incursionando en el cooperativismo y tenía un proyecto de construir viviendas en un inmenso predio al noroccidente de la capital.

El 9 de abril del funesto año 48, después de la siesta, Chana y Edelmira encendieron el viejo radio de tubos para escuchar su radionovela favorita mientras Egidio simulaba que hacía cuentas, pues no reconocía su secreta afición por “esas pendejadas que escuchan las viejas”, y se las arreglaba para no perderse capítulo. En lugar de la melosa voz del galán, susurrando cursilerías al oído de la protagonista, todos escucharon la voz alterada de un locutor que anunciaba la formación de turbas, enfurecidas por el asesinato de Gaitán, que estaban arrasando el centro de la capital y su periferia; el primer pensamiento atemorizado de Chana se centró en la suerte que pudiesen correr Flora y Lutgarda, quienes habían quedado encargadas de la fábrica de muñecos mientras su madre se ocupaba de atender las complicaciones ocasionadas por el embarazo de su nuera. Que sus temores tenían fundamento, quedó demostrado esa misma noche cuando las dos mujeres llorosas, temblorosas y tiznadas, llegaron a pie hasta la casa de su hermano, para contar entre sollozos la realidad, casi completa, de su desgracia.

Las malas lenguas llegarían a sostener después que la más fea de las dos, Lutgarda, había adquirido una sonrisa permanente y un extraño brillo en los ojos debido – según decían y a nadie, diferente a su discreta hermana, le consta – a que en esa lluviosa tarde, conoció no uno, sino tres varones que la violaron mientras Flora, escondida en el zaguán de una casa vecina, no tuvo el valor para correr una suerte similar y por ello continuó su existencia virginal y amargada. ¿Quién filtró la noticia? A ciencia cierta, nunca se supo. Sin embargo, en opinión de Bartolo, que con base en su experiencia se convertiría en un experto “mujerólogo”, la hipótesis más sólida era la de que las mujeres tienen una mejor amiga, a quien confían todos sus secretos y la tía Lutgarda no era la

excepción; estaba casi seguro de que la Señorita Silvia (otra solterona de la nobleza decadente e íntima amiga de la tía), reunía todas las características para ser la responsable de la infidencia, que por fortuna nunca descubrió la pobre... ¿víctima?.

El 10 de abril a las nueve de la mañana, el sector residencial de Chapinero parecía un pueblo fantasma; una calma chicha se percibía en el ambiente y mantenía a sus habitantes recluidos en sus casas escuchando las noticias: el centro de la capital ardía en llamas y era saqueado por una turba de energúmenos enchichados, por efecto del consumo desaforado de chicha combinada con cerveza y aguardiente; pilas de cadáveres se amontonaban, sin distinciones de clase social, en las aceras del cementerio central a donde eran conducidos en carretas de tracción animal o en volquetas.

El apartamento que compartían Egidio, Edelmira, sus hijos y desde la víspera los arrimados, formaba parte de una vetusta edificación de dos pisos con doce apartamentos, todos de dos alcobas, alrededor de un patio central que servía como garaje a la destartada camioneta de la sociedad “L de Guevara & Duque Ltda.” y como lugar de juegos para los niños de esta suerte de “conventillo argentino” al que habían ido a parar los otrora nobles de Yarumal y La Candelaria.

A esa hora, el pequeño terremoto en que se había transformado Bartolo desde que aprendió a caminar y a correr sobre sus cortas piernas, se subió al estribo del vehículo cuya puerta le había ordenado abrir a Policarpo y con la agilidad con que años más tarde cruzaría los obstáculos de las pistas de Infantería, intentó treparse a la silla del conductor con el propósito de timonear la camioneta, uno de sus juegos preferidos. Al apoyar su manita en el piso, ésta quedó empegotada de un líquido rojo y viscoso que parecía pintura, pero que en realidad era sangre semi-coagulada; sin inmutarse, el pequeño diablillo restregó su mano en la camisa de la pijama y siguió avanzando hasta que un objeto negrusco y alargado atrajo su atención; lo tomó en su manita derecha y lo examinó con curiosidad, mientras con la izquierda, totalmente ensangrentada, se quitaba de la frente un mechón rebelde, con lo cual su carita quedó impresionantemente manchada, y se volvía sonriente hacia su hermano, con el objeto en la mano, para decirle: “*Mila Polo éste lelito que me encontré...*”.

Aterrorizado por la visión de su hermano ensangrentado que empuñaba un dedo índice con la misma tranquilidad con la que un mico empuña un banano, Policarpo dio un grito y perdió el sentido. Años después, en Guatemala a finales de los 80's, su siquiatra anotaría este episodio como la causa primigenia del pavor que siempre sintió Polo ante

cualquier espectáculo sangriento y como una razón por la cual su espíritu amaba la paz y odiaba la violencia... ¿Quién era el dueño del dedo que encontró el niño?, ¿cómo fue a parar al piso de la camioneta?, son por lo menos las dos preguntas, entre muchas otras, que puede llegar a formularse el lector. Trataremos entonces de responderlas con base en los recuerdos de nuestro amigo Polo.

El enorme dedo índice de la mano derecha, estuvo durante 33 años formando parte de la anatomía musculosa y completa de Laurentino Sastoque; un boyacense gigantesco, malhumorado pero supremamente eficiente y con un acendrado sentido de la responsabilidad, que un año antes se había convertido en el primer empleado de “L de Guevara & Duque Ltda.”, para cumplir las funciones de chofer de la camioneta, de mensajero y de todo de la microempresa comercial. El 9 de abril a las tres de la tarde, Laurentino se encontraba al sur de la capital repartiendo unos pedidos de mercancía, hecho lo cual tenía instrucciones de regresar al apartamento de Egidio, después de recoger a Poncho en un pequeño depósito que los socios habían alquilado en el Barrio Santa Fé. Ignorante de los sucesos violentos originados por la muerte del caudillo liberal, encaminó el vehículo por la carrera séptima... A la altura de la calle tercera, el paso estaba obstruido por una multitud vociferante de exaltados que blandían machetes, cuchillos, revólveres y hasta fusiles calibre punto 30; la turba avanzaba como poseída por el demonio interrumpiéndole el paso; como pudo, retrocedió para dar la vuelta y escapar del peligro en medio de un tiroteo que se hacía cada vez más intenso. No supo en qué momento una bala de fusil hizo impacto en la mano que sostenía el timón cercenándole el dedo; su reacción inmediata fue cubrirse, con una bayetilla el muñón que sangraba profusamente, mientras aceleraba el vehículo para alejarse del lugar y ponerlo a buen resguardo en el patio del conjunto que habitaba su patrón. Sólo entonces pensó en buscar asistencia médica.

Tal era su sentido de la responsabilidad, que los dos socios reconocieron emocionados y agradecidos; pues no sólo le hicieron un aumento en el sueldo, sino que lo conservaron como empleado valioso hasta el día de su muerte, diez años después, en una riña de cafetín. La pelea en la cual perdió la vida, se originó cuando un borracho con quien jugaba una partida de naipes le ofendió llamándolo por el apodo que nadie se atrevía a pronunciar en su presencia: “*mano e’ mico*”.

El hacinamiento de diez personas, seis adultos y cuatro niños, en escasos ochenta metros cuadrados de construcción, fue una dura prueba de convivencia que todos soportaron con diferentes grados de paciencia y dignidad; pero con la llegada al mundo de Isabel – una cagona cuya actividad fecal mantenía atareadas a Edelmira y a Chana lavando y planchando pañales –, hizo insostenible una situación para la cual no se veía salida alguna, pues la combinación de los ingresos de Egidio y la exigua pensión de la viuda, no daban abasto para sostener los gastos de la casa. Fue entonces cuando apareció una luz de esperanza, que todos vieron en la convincente labia y en el brillo entusiasta de los ojos saltones del Padre Llorente, el día del bautizo de la niña que celebraron apeñuscados en la diminuta sala del apartamento, en medio de libaciones de vino barato, en vez de la champaña francesa que añoraban en silencio los paladares de Chana y las solteronas.

La agenda oculta del Padre Llorente, que éste venía madurando desde el reencuentro con su antiguo compañero a quien le aceptó gustoso bautizarle a Isabelita, era muy concreta: vender por lo menos tres proyectos de vivienda, con lo cual completaría el cupo de la cooperativa que había fundado para construir la primera etapa, con 30 casas de un barrio de lo que hoy podríamos llamar estrato 4, o 3.5 si los indicadores de estratificación fuesen más exactos. La cuota inicial para adquirir el derecho al préstamo correspondiente y convertirse en asociado de la cooperativa era de \$2000 – claro que estamos hablando de la época *“cuando la plata valía”* como suele decir “Borolas”, otro personaje de ésta historia que conoceremos en la etapa de las congojas económicas de Policarpo -, cantidad de la cual sólo disponía Poncho, el padrino de Isabelita, quien no sólo era muy ahorrativo -hasta el punto de que su nuevo compadre acostumbraba decir *“gasta más Tarzán en corbatas que Poncho en diversiones”*-, sino que permanecía soltero y con planes de matrimonio con Clarita (una hermosa pero simplona e ingenua muchacha de Santuario, su pueblo natal). La virginal Flora, que lo amó en silencio y sin esperanzas desde que lo vio por primera vez, y lo escuchaba siempre embelesada con ojos de ternera hambrienta, se sintió feliz de pensar que serían vecinos.

Como en esa época la palabra también valía, poco antes de las doce de la noche, el Padre Llorente sacó un viejo maletín de cuero, que siempre lo acompañaba, pues en su interior llevaba el breviario y los formularios para afiliar miembros potenciales de la cooperativa y para llenar contratos de compraventa, y cerró el negocio. Quedaron pues con expectativa de tener casa propia: Poncho que ofreció pagar de contado al día

siguiente y le compró por \$1000 el anillo de bodas a Chana – una preciosa joya con tres diamantes engastados en oro, que el difunto Belarmino había cambiado medio siglo antes por cuatro morrocotas de oro -, con lo cual, junto con las solteronas y Teresita, que aportó \$1000, completó la cuota de la segunda casa; en tanto que Egidio obtuvo un préstamo de su compadre, pagadero en cuotas mensuales, sin intereses, con cargo a la cuenta “retiros de socios” de la empresa cuya propiedad compartían.

Después de guardar los documentos en su maletín, el Padre Llorente eufórico y un tanto “golondrino” por efecto del vino barato, se puso de pie para anunciar con tono de voz trascendental y cargado de los matices retóricos que habían hecho famosas sus homilías: *“Celebramos hoy, día de Santa Isabel Reina de Portugal, un doble festejo; por un lado hemos incorporado a la Fé Católica a ésta preciosa criatura que alegrará la vida de mis amados hermanos Edelmira, y Egidio mi condiscípulo de épocas pretéritas en el Seminario Mayor de Yarumal, que tuvo el valor de reconocer públicamente su incapacidad para afrontar el celibato y optó por servir a Dios desde el seno de la primorosa familia que ha constituido (Hic)...; y el ingreso de todos ustedes a la cooperativa que sólo pretende proporcionar un techo digno a quienes como ustedes, mis amigos, lo merecen por la gracia de Dios (Hic)... Es por ello, que he tomado la decisión irrevocable de bautizar nuestro barrio con el nombre de quien será desde éste instante su amorosa patrona, (Hic)... perdón matrona, cuya mano, con la ayuda del creador, nos guiará con ternura y nos protegerá de todo mal (Hic)... Así pues - agregó con los ojos saltones relumbrantes de emoción, el rostro congestionado por el esfuerzo y en tono de vibrato -: ¡Nuestro barrio se llamará Santa Isabel del Lago!”*.

Comenzando el año 49, las tres viviendas en el paraíso prometido por el Padre Llorente estaban casi terminadas pero habitables y los inquilinos del conventillo de Chapinero emprendieron emocionados su traslado a la tierra prometida. Meses después del trasteo, se respiraba entre los antiguos hacinados, un ambiente de optimismo y entusiasmo que presagiaba la llegada de tiempos mejores; la abuela Chana, decidió entonces reinstalar la fábrica de muñecos con nuevos ímpetus, pues a la pequeña industria se vincularon Teresita y Edelmira. En poco tiempo, la costeña demostró unas habilidades fuera de lo común para las ventas, y el negocio creció en forma inusitada con clientela en las principales ciudades del país. Algo similar sucedió con la empresa de Poncho y Egidio, que amplió sus operaciones mediante la distribución exclusiva de una

línea de productos de plástico importados directamente de Alemania; la vieja camioneta fue cambiada por una de modelo más reciente y mayor capacidad, se compró una camioneta adicional y por fin los Ladrón de Guevara y Urrutia tuvieron el primer automóvil para uso familiar: una camioneta Chevrolet panel, de segunda mano pero en perfectas condiciones, que los acompañaría muchos años y en la cual aprendieron a conducir Edelmira y sus hijos y que en los primeros años manejaba Clodomiro (nadie recuerda su apellido), un pintoresco personaje de muchas palabras y pocas ideas, con pinta de galán de telenovela barata y camisas estafalarias, cuyas únicas habilidades eran conducir vehículos y seducir ingenuas empleadas del servicio doméstico o romper los corazones de las seis operarias que había incorporado Chana a la fábrica de muñecos...

Comenzó pues una época de bonanza para los Ladrón de Guevara, que sirvió como marco para la felicidad de los cinco niños que rememoran esos años como los más felices de su vida.

TRES

Los años vividos en Santa Isabel del Lago, fueron aprovechados por Polo y su prima Kareth para gozarse la infancia y la preadolescencia. Como eran los dos mayores, tenían más libertad que sus hermanos y pasaban todo el día juntos jugando en la casa deshabitada y aún sin terminar de Poncho, (cuyo noviazgo se iba prolongando en el tiempo, con la disculpa de que la casa todavía no tenía los lujos y las comodidades que merecía su futura esposa); o explorando el misterioso bosque de eucaliptos que rodeaba la pequeña laguna, en realidad un humedal, que la imaginación del Padre Llorente ofrecía como un lago.

Allí, en las ardientes y soleadas mañanas sabaneras, Policarpo y su prima, con esa ingenuidad y esa inocencia que poseen los niños, tuvieron en medio de la naturaleza sus primeros juegos sexuales de exploración, desprovistos de toda malicia y sin la posibilidad de interrupciones dañinas por parte de adultos que hubiesen ocasionado traumas en las mentes infantiles; a ello se debe que Policarpo haya tenido durante toda su vida una actitud limpia y desinhibida frente al sexo, como la llegó a tener su prima Kareth hasta que años después, influida por las monjas del colegio, suspendió los juegos anunciándole a su primo que *“no podemos seguir jugando sin ropa porque eso es pecado”*. Sin embargo, según cuenta Bartolo, un día su prima lo invitó, con una mirada maliciosa, a *“jugar groserías”*. Es evidente que la mentalidad de la niña respecto al sexo sólo cambió en la forma de percibirlo.

La urbanización cooperativa promovida por el Padre Llorente no presentaba, dos años después, la imagen de conjunto residencial con 30 viviendas, que el entusiasta clérigo les había hecho visualizar a sus primeros clientes; por el contrario, las únicas viviendas construidas eran las de los padres de Policarpo, la de la abuela Chana y las tías, la de Poncho y la de Dolores Murcia, una viuda flacuchenta, amargada y regañona que cuidaba todo el día dos enormes vacas lecheras, que llamaba *“mis toa toas”* y trataba con una ternura que no prodigaba a ninguno de los niños vecinos a los que pellizcaba, con o sin motivo, cada vez que los tenía al alcance de sus alargados y huesudos brazos.

A pesar del aspecto poco próspero del proyecto habitacional, el incansable curita continuaba promoviendo su paraíso, equipado con su maletín de contratos, al cual había agregado unas fotografías de las cuatro viviendas para vender la ilusión a desprevenidos

compradores potenciales. Años después Egidio le comentaría a Policarpo, que desde entonces abrigaba la sospecha de que algo turbio se traía entre manos su antiguo compañero de sotana.

Santa Isabel del Lago limitaba en dos de sus costados con sendos barrios obreros, que solían recorrer Policarpo y Kareth para comprar golosinas baratas en las tiendas y para jugar con niños de su edad, cuya pobre apariencia hubiese escandalizado a personas como la tía Rosalba y la fallecida abuela Concepción. La interacción con estos niños, a quienes siempre vio como iguales, fue una de las principales causas de la actitud que ha mantenido Polo respecto a sus semejantes, obrando siempre sin tomar en cuenta los símbolos externos con los cuales la sociedad discrimina a los seres humanos, agudiza las divisiones, genera resentimientos y dificulta la convivencia pacífica. Así pues, “Piolín” y “Chupeta”, los hijos de una viuda campesina que vendía fritanga; las hermanas González: Cristina, Mercedes, Cecilia y Carmen, hijas de un zapatero remendón, cuyo hermano mayor llegaría a ser un conocido actor de televisión; y Carmelita Rojas, hija de padre desconocido y una prostituta de tercera categoría; llegarían a ser los amigos de los descendientes de Belarmino y Chana, Concepción y Celestino... por supuesto, después del descenso en la caprichosa escala social que les impuso el destino.

La posición personal de Policarpo respecto al dinero, seguramente tiene su origen en “la caja de la abuelita Chana” y puede expresarse con algunas frases que acostumbra pronunciar con frecuencia: *“Jamás he conocido un problema de dinero... siempre es un problema de ideas”*; *“la única función del dinero es no necesitarse”*; *“la plata no es buena, lo bueno es lo que dan por ella”*, y otras de cuño parecido. En el interior del inmenso armario de la abuela, protegida como un sagrario por las imágenes de seis o siete Santos, Chana mantenía una vieja caja de madera de tabacos habanos (los preferidos de Belarmino), cuyo contenido brillaba ante los ojos de su nieto, como el baúl del tesoro de un pirata, pues se mantenía repleto de monedas mezcladas con billetes de baja denominación, normalmente un peso o cincuenta centavos. A este “tesoro”, aparte de su propietaria, el único privilegiado que tenía acceso era su nieto preferido. Cada vez que a Polo se le antojaba ir al barrio vecino a comprar golosinas, se limitaba a decirle a su abuelita, con voz melindrosa y mirada que a la vieja le parecía angelical: *“Abuelita, yo te quiero mucho... ¿Me das plata para ir a la tienda?”*, a lo cual siempre Chana respondía: *“Claro que sí mi muchachito, abrí la cajita y sacá la que necesités, pero dejáme algo”*; por supuesto, el mocoso sacaba en cada oportunidad dinero suficiente para comprar

golosinas, no sólo para él, sino para todos sus amiguitos. Cuando Polo nos contó lo que hacía con el dinero extraído de la caja de la abuela, encontramos allí el origen de su generosidad.

Hoy en día, “la caja de la abuelita”, que por supuesto heredó nuestro deudor amoroso, se conserva repleta de letras de cambio, tarjetas de la “Banca Lombarda” (de la cual hablaremos a su debido tiempo), y tres o cuatro cuadernos cuadriculados en los cuales anota las exhaustivas listas de sus acreedores. En la actualidad, y con el agua al cuello, Policarpo sostiene que el espíritu de su abuela Chana desde el cielo y la tía Rosalía en la tierra, velan permanentemente por su complejo sistema financiero; pues la abuela le da las ideas y en múltiples ocasiones la tía le proporciona el dinero. “Filosóficamente” hablando, la frase favorita de Policarpo, tomada de Don Simeón Torrente el inolvidable personaje de Salom Becerra, *“debo luego existo”*, se ha convertido para él en una profunda máxima.

Con un maletín de cuero terciado, que lucía como adorno las letras ABC en amarillo, azul y rojo respectivamente, en que llevaba “La Alegría de Leer” forrado en papel azul, dos cuadernos cuadriculados, dos rayados, uno tipo ferrocarril, un borrador, una caja de colores, una regla de madera, dos lápices y un tajalápiz, el 10 de febrero de 1950, Policarpo ingresó al Gimnasio Católico Francés que regentaban unos frailes galos que imponían una rígida disciplina y tenían fama de ser excelentes educadores. No nos detendremos a relatar sus experiencias como escolar, idénticas a las de cualquier niño de su edad y similares a las de su prima Kareth, que el mismo año comenzó un recorrido parecido en un colegio de monjas, sino que contaremos lo que la abuela Chana contestó, profundamente convencida, cuando su nieto, mostrándole orgulloso el maletín, le preguntó *“¿abuelita qué quieren decir estas letras?”*: *“Estas letras, mi muchachito adorado, son: la A que es la primera de todas las letras y es la letra con la que escribimos amor; y vos Polito, sos un amor; ésta otra es la B, con la que escribimos bueno y vos sos un niño muy bueno; y ésta otra, es la C de capaz y vos mi seráfico sos muy capaz...”*. Esas palabras calaron profunda y benéficamente en el corazón de Polo, de quien aún hoy en día nadie duda de que es un amor de tipo, dueño de una bondad que, como dijimos antes, raya en la pendejada, ni de que es un profesional muy capaz como llegaría a demostrarlo en su condición de profesor universitario y consultor en su país y en el exterior.

El encargado de llevar a los dos primos al colegio era Clodomiro, que hacía el recorrido, con los dos niños en el asiento trasero de la camioneta Chevrolet mientras escuchaba, a todo volumen, las estridentes rancheras en una emisora que alternaba la música azteca con un programa de humor bastante flojo, pero que a él le encantaba. Estas experiencias motivaron el que Policarpo se dedicara a pulir un fino sentido del humor y llegara a detestar, al igual que su prima, la música mexicana.

La tranquilidad de Clodomiro, que casi siempre aprovechaba los viajes para llevar en el asiento del copiloto alguna de sus potenciales conquistas femeninas, terminó tres años después cuando al recorrido infantil se sumaron Kevin y Bartolo, los alborotados, inquietos y traviesos primos. Todos recuerdan la ira contenida de Clodomiro y su acompañante de turno, la empleada del servicio en casa de la vieja Dolores Murcia (aquella era una joven cuyas facciones semejaban las de una princesa chibcha, condición que reafirmaba su nombre: Arcelia Piracun y Yayo Carativa Clavijo Yupasa), el día en que Bartolo, con unas tijeras le cortó las trenzas a la pobre Arcelia, mientras Kevin las sostenía. Este episodio desbordó la paciencia de Clodomiro, que renunció ese mismo día a su trabajo, incapaz de soportar los ultrajes, las pilatunas y las bromas de los atrabiliarios mocositos. En esa época, el castigo físico más común para reprender a los hijos, era “la pela”: una azotaína con el cinturón de cuero que sostenía los pantalones del padre. La formidable pela motivada por la mutilación de las trenzas, de la cual sólo se salvó Isabel, dejó coloradas las nalgas de los inquietos muchachitos; y como siempre, los verdugones que se ganó Policarpo *“por darle mal ejemplo a su hermano y a sus primos”*, superaron en intensidad los de los verdaderos responsables.

Con la renuncia de Clodomiro, el transporte de los muchachitos se volvió una operación más compleja, pues Egidio contrató como chofer a Efraín (tampoco nadie recuerda su apellido, pero todos lo describen como un tipo alto, flaco y risueño, con largas y anchas patillas, espeso bigote negro recortado con esmero, colmillos recubiertos de oro y pañuelo de colorines envolviendo su cabeza como un gitano; era además muy hábil con una soga de enlazar que mantenía enrollada colgando de un ancho cinturón con chapa de cobre, y sus enormes pies iban siempre embutidos en unas negras botas puntiagudas, de media caña, con tacón cubano que aumentaba su estatura varios centímetros), y decidió que ya era hora de que sus hijos varones aprendieran a viajar en bus de servicio público; entonces, el recorrido en la camioneta quedó establecido únicamente para las niñas, pues Teresita estuvo de acuerdo en que su hijo se uniera a

sus primos en el medio de transporte. Así pues, Polo quedó con la responsabilidad de acompañar, en bus de transporte público urbano, a Bartolo y a su primo hasta un paradero en la avenida Caracas, en donde transbordaban al bus escolar que los llevaría hasta el Gimnasio. Como el recorrido era tan largo, los tres niños no iban a su casa a la hora del almuerzo, sino que almorzaban en casa de “Las Varguitas”: tres vejestorios que habían sido amigas de Chana en su época de La Candelaria y que, como ella, también se habían escurrido por la escalera de las clases sociales hasta aterrizar en una pequeña casa arrendada a pocas cuadras del colegio. Por las tardes el recorrido era el inverso.

Un buen día, Kevin no fue a clases por causa del sarampión y los dos hermanos hicieron solos el recorrido hasta el colegio; de regreso, se presentó un problema de origen escatológico que llevó por primera y única vez en su vida al pacífico Polo a usar los puños en defensa de su hermanito:

“...Recuerdo que era un primer viernes de abril o mayo, y ese día, por alguna razón que ya olvidé, no tuvimos clase por la tarde y nos despacharon para las casas como a las doce del día; por supuesto, no hubo almuerzo donde Las Varguitas... Bartolo venía sentado en la última fila del bus, en donde solían acomodarse los niños de su curso; yo iba en el primer asiento al lado de Fray Daniel, que era muy deferente conmigo y daba clases de español, en segundo de bachillerato. Para entonces, yo tenía diez años, estaba en quinto de primaria, y Fray Daniel no me había dado clases todavía... Como responsable de la ruta, el cura tenía fama de ser muy estricto y manejaba la disciplina dentro del bus golpeando con una regla metálica las palmas de las manos de cualquier niño que intentase armar alboroto.

Me parece que veo el bus, pintado de anaranjado chillón, con una franja azul oscura con el nombre del Gimnasio dibujado en blanca letra gótica, con siete u ocho hileras de asientos a cada lado y la última hilera, la que llaman “de los músicos”, donde se apretujaban unos ocho o nueve compañeritos de Bartolo. En cada una de las bancas laterales cabían dos niños con sus respectivos maletines; como te dije, yo iba en la primera banca de la izquierda, del lado de la ventanilla, flanqueado por el Fraile enfundado en una sotana negra de paño con muceta blanca, que emulaba el hábito del Santo francés fundador de su orden... Todavía recuerdo el apestoso olor a ajo que transpiraba el sudoroso Fray Daniel, pues el día era muy caluroso y el sol estaba “para secar mierda en latas”, como diría Bartolo en una de sus descripciones cuartelarias...

El bus avanzaba, de sur a norte, como una tortuga anaranjada por la congestionada avenida Caracas, en la etapa final de su recorrido. Las cuatro últimas paradas sobre la reverberante calzada eran: en la calle 26, donde se bajaban los hermanos Bermúdez; en la calle 45, donde se apeaba un flacuchento bizco y con lentes como culos de botella, que estaba en quinto de bachillerato; en la calle 60, donde se quedaban los belicosos gemelos Pineda y otros cuatro niños; y en la calle 68, donde nos apeábamos nosotros para tomar el bus urbano que nos llevaba hasta su último paradero, en el barrio Las Fiestas. Desde allí, debíamos caminar unos dos kilómetros por una polvorienta carretera, hasta Santa Isabel del Lago.

El despelote comenzó cuando el bus arrancó después de dejar al flaco de bachillerato que, talvez con su presencia de mayor y su seriedad de comelibros, había mantenido contenida la reacción de los Pineda, quienes con chillona voz de acusetas empezaron a gritar al unísono: "Fray Daniel, Bartolo se hizo popó en los pantalones y ya manchó la silla...". El Fraile saltó de su silla como un energúmeno, blandiendo la regla cual espada justiciera y avanzó por el pasillo hasta el fondo del bus; los carajetes que quedaban a bordo, saltaron hacia adelante por encima de las sillas, alejándose de mi hermano con gran aspaviento y en exagerada actitud de asco; y Bartolo, solito en la última silla, comenzó a gritar y a llorar de ira al tiempo que agarraba por la corbata a uno de los Pineda; el gemelo reaccionó dándole una cachetada al pobre Bartolo, que se revolvió gritando mi nombre pidiendo ayuda. Reconozco que la ira me cegó y de cuatro saltos alcancé al agresor y con toda la fuerza de mi cuerpo infantil le di simultáneamente una patada y un trompadón que le reventó las narices... Con cuatro gritos Fray Daniel nos paralizó a todos, impuso silencio y anunció su sentencia inapelable: "¡Los Ladrón de Guevara se bajan del bus inmediatamente, y mañana se presentan al prefecto de disciplina!"...

Cuando el bus se detuvo, por orden perentoria del iracundo Fraile, íbamos a la altura de la avenida Caracas con calle 50. Con una dignidad propia de nuestro apellido, Bartolo se sorbió los mocos y bajó las escaleras del bus al tiempo que el interior de sus zapatitos de cuero se encharcaban con la amarillenta caca que corría, en forma de incontenibles churrias, por sus piernitas; en ese momento, al que le rodaban las lágrimas era a mí... Cogidos de la mano y en silencio, emprendimos el camino a pie hasta el paradero de la avenida 68; algo más de veinte cuadras, pues al caprichoso planificador urbano encargado de la nomenclatura de ese sector se le había ocurrido repetir la calle 63, hasta completar una buena porción del alfabeto (calle 63, 63A, 63B, 63C, 63D, 63E y

creo que hasta 63F). Cuando llegamos finalmente al paradero, Bartolo tenía la carita roja como un tomate, la caca se había secado por efectos del sol, y ambos sudábamos embutidos en los uniformes de grueso paño azul oscuro, con saco, camisa blanca de cuello almidonado y corbata negra, como las nubes que se empezaron a formar, alrededor de las tres de la tarde, anunciando un aguacero que se desgajó poco antes de que cogiéramos el bus que nos llevaría hasta Las Fiestas... ni para qué te cuento Eleuterio el hambre que teníamos...

Por fortuna, el interior del atestado bus mantenía tal variedad de olores en su sofocante y nauseabundo ambiente, que el olor del pobre Bartolo pasó desapercibido. El tramo final, a pie hasta la casa, en medio de una llovizna pertinaz que ablandó nuevamente la mierda acumulada en los zapatos del pobre Bartolo, que se resbaló y se cayó dos veces en el barro ensuciando calamitosamente su uniforme y por consiguiente el mío, se nos hizo eterno ...

A mi mamá, casi le da un infarto cuando nos vio llegar; no recuerdo lo que dijo, pero sí lo que hizo: nos empelotó a los dos, nos paró en la alberca de cemento y con la misma manguera con que bañaba a los perros nos lavó con agua helada, nos restregó con un estropajo hasta casi despellejarnos, nos frotó con alcohol por sugerencia de la abuelita Chana, y después, con ayuda de ésta, nos hizo una fricción en la cual se gastaron dos frascos completos de Agua Florida de Murray & Lanman, para eliminar hasta el último vestigio de hediondez.

Una pela de antología que Polo, Bartolo y Kevin aún recuerdan, fue la que se ganaron (bien merecida por cierto), con una pilatuna que por fortuna no terminó, como pudo haber terminado, con un muerto y una casa ajena incendiada. Los hechos sucedieron en una finca cercana a Sasaima, que Humberto Posada, pariente lejano de Edelmira, por línea materna, le prestó a Egidio para que disfrutara la temporada navideña de 1954, con su familia, en tierra caliente. A los once miembros del clan Ladrón de Guevara Misas, se unió Poncho con su novia y su cuñado (enviado especial de la suegra para vigilar a la doncella, cuya boda no se había concretado y estaba muy lejos de consumarse). Eventualmente, durante los fines de semana acudían a la finca amigos o colegas de los dos comerciantes con quienes éstos la pasaban en grande jugando cartas; discutiendo sobre política, la mayoría a favor y unos pocos en contra de la dictadura de “Gurropín”; bañándose en la piscina; tomando cerveza o aguardiente y saboreando la deliciosa comida antioqueña que preparaba la abuela Chana.

Uno de esos fines de semana, llegó a la finca “Herodes” Garzón, un antipático odontólogo que se había convertido en el torturador de los niños, a quienes odiaba genéricamente sin distinguos de raza, color o sexo, y con quienes disfrutaba (según testimonio unánime tomado cincuenta años después a los protagonistas de este episodio), hurgándoles las muelas con la fresa hasta llegar al nervio sin anestesia. El Doctor Plinio Garzón, como en realidad se llamaba el verdugo, se apareció en compañía de una sueca cuarentona, pálida, de ojos verdes desteñidos y mirada fría, recién llegada a Colombia como funcionaria de la embajada de su país, y a quien Herodes presentó como “mi señora”, con el propósito de que le permitiesen compartir un cuarto con la flacuchenta europea que desde hacía un mes se había convertido en su amante.

Como los cuartos de la casa principal estaban ocupados, los anfitriones decidieron acomodar a los aparecidos en una casita campesina, situada como a 20 metros de la casa principal al borde de un cafetal. Es importante detallar, para efectos de este relato, que la casita no tenía sanitario y para quien la ocupase, resultaba más cerca, especialmente en la noche, utilizar una letrina de madera encerrada en un cobertizo a espaldas de la casa. Por supuesto, Herodes y la sueca quedaron encantados con su alojamiento, pues les brindaba el aislamiento apropiado para practicar sus maromas de alcoba como si estuviesen en luna de miel; lejos estaban de imaginar que en breve se les convertiría en “luna de hiel”.

Todo comenzó como una venganza fríamente calculada por la retorcida mente infantil de Bartolo, a quien la flacuchenta, por cualquier motivo baladí, o sin motivo, le propinaba dolorosos coscorrónes, disfrazados de caricias. El día de autos, los deliciosos fríjoles antioqueños con garra que había preparado la abuela Chana para el almuerzo, le cayeron muy pesados a “mi walquiria” (inmerecido homenaje de Herodes a su filiforme y antipática pareja), y le desencadenaron una diarrea que la mantuvo el resto de la tarde y gran parte de la noche visitando tres o cuatro veces por hora la letrina. El plan urdido por Bartolo involucraba como cómplices a su hermano y a su primo... Escondidos en el cafetal, pudieron comprobar que el tiempo promedio entre visitas de la flaca a la letrina era de aproximadamente 15 minutos; tiempo que consideraron suficiente para montar su dispositivo. El dispositivo era simple y constaba de cuatro elementos: una bomba de caucho, más conocida como “chupa” con mango de madera para destapar inodoros; un guante negro de cuero; un pedazo de alambre; y algodón.

El objetivo de los muchachos era claro: *“joder a la flaca y asustarla para que se largue con Herodes de la finca”*. Al caer la noche, desde su observatorio, los complotados

ultimaban los detalles de su artefacto: en el extremo del mango de la chupa cortado por la mitad, ataron el guante relleno de algodón, a cuyos dedos le habían dado forma con el alambre para que pareciese una mano abierta, que debería emerger del fondo de la taza para *“agarrarle el culo a esa vieja antipática”*... Imagine como quiera el lector lo sucedido a las diez de la noche al interior de la letrina lo cierto es que la sueca, al salir despavorida con los calzones a media pierna y dando alaridos, antes de caer sin sentido en brazos del aterrado Herodes, tropezó con la lámpara de kerosén, que al romperse prendió fuego al cobertizo... Sofocado el incendio, desenmascarados los responsables y después de presenciar el flagelo correspondiente, Herodes alegando que su *“walquiria”* necesitaba atención médica, regresó a la capital y no volvió, como lo había anunciado, en los siguientes fines de semana de la temporada.

Policarpo es en la actualidad un excelente matemático y un ameno narrador; pero le cuesta poner por escrito sus relatos pues, según reconoce:

“Desde el bachillerato tengo un terrible vacío en todo lo que tiene que ver con reglas de puntuación, sintaxis y creación literaria. El culpable de mis inseguridades literarias es Fray Daniel, a quien llegué a detestar con toda mi alma y a causa de esto, por extensión, le cogí fastidio a la asignatura que nos dictaba a partir de segundo de bachillerato: Español y Literatura...”.

Creerá el lector que la aversión de Polo por el mencionado fraile tuvo su origen en el suceso del bus. Pues no. La causa verdadera del odio por Fray Daniel, fue el resultado de un abominable episodio en que se vio envuelto nuestro amigo y que por fortuna no tuvo ninguna consecuencia, aparte de la mencionada aversión por la clase de español y literatura, en el comportamiento sexual ni en la virilidad de Polo. Fray Daniel resultó ser un pederasta astuto que, como nos contó Policarpo, era muy deferente con él. Al día siguiente del diarreico episodio y cuando Polo esperaba una reprimenda del prefecto de disciplina, se sorprendió con la disculpa de Fray Daniel por haberlos bajado del bus y por haber perdido los estribos. En su bondad, Polo aceptó las explicaciones del clérigo y el asunto finalmente no tuvo mayor trascendencia. A mitad del año 53 cambiaron de Fraile en el control del bus, Fray Daniel se fue a Francia a la sede de su comunidad y regresó, en enero de 1957, como Director de Curso en el segundo año de bachillerato y como profesor de español.

“Una noche, recién llegados a Santa Isabel del Lago, la abuelita nos contó un cuento con final feliz, en el cual una rana y un sapo, deshecho el embrujo, se convirtieron

en una hermosa princesa y él en un apuesto príncipe... Desde el día siguiente y por mucho tiempo nuestras excursiones al humedal tuvieron como objetivo capturar todo tipo de batracios; mi afición por los animalitos brincones se volvió casi obsesiva y me duró hasta bien entrada la adolescencia. En las vacaciones navideñas del año 56, Camilo Pérez, hijo de un comerciante amigo de mi papá, trajo del Amazonas, una enorme y voluminosa rana con unas gruesas y poderosas ancas, que hubiesen hecho las delicias de cualquier chef japonés, y me la cambió, mano a mano, por un tarro repleto de canicas de varios colores y tamaños. "Caspiroleta", nombre que le había puesto Camilo a la rana, convirtió el solar de la casa en su hábitat y pasaba el día adormecida detrás de unas piedras y la noche cazando insectos. Con mucha maña, en las horas nocturnas de su actividad, yo la llevaba a mi cuarto y me encerraba mucho tiempo, haciendo esfuerzos por amaestrarla... Una semana antes de entrar al colegio mi paciencia como domador había dado algunos resultados y Caspiroleta saltaba a mi orden, sobre un pequeño obstáculo de madera; para lograrlo, simplemente daba una sonora palmada que la rana obedecía en el acto.

El primer día de clase, a mediados de febrero del 57, tuve la desafortunada ocurrencia de llevar a Caspiroleta al Gimnasio, metida entre una vieja caja de zapatos, para hacer a mis compañeros una demostración de sus habilidades acrobáticas. A las diez de la mañana salimos al recreo, que duraba media hora, y mis compañeros realmente gozaron con sus graciosos y obedientes saltos; diez minutos antes de que terminara el receso, la metí en su caja, la guardé en el cajón de mi pupitre, que compartía con Felipe, uno de los gemelos Pineda, y me fui a la tienda a comprar mi acostumbrado refrigerio: una Kolkana (bebida gaseosa colombiana, que por muchos años le hizo la competencia a Coca Cola) y un roscón relleno de arequipe... Cuando regresé al salón, Fray Daniel, sentado frente a un escritorio de madera, desde el cual los profesores se dirigían a sus alumnos, esperaba que sonara la campana para tomar lista del curso. Fue entonces, cuando después de abrir la gaveta del escritorio, dio una palmada en el aire para imponer silencio y... ¡Oh sorpresa, Caspiroleta saltó del interior del cajón para aterrizar en la reluciente calva del sorprendido fraile!

La escena del fraile asustado fue tan patética que todos los alumnos soltamos una carcajada, que aumentó su ira. Con voz estentórea y amenazante ordenó silencio y preguntó "¿Quién trajo ese bicho?". Después de un pesado silencio se oyó la voz de los lambones Pineda que lanzaron su acusación en coro, a pesar de que los separaban cuatro pupitres, mientras me señalaban: "Esa rana la trajo Policarpo". Aún recuerdo la

malévola sonrisa del rubicundo fraile, que dirigiéndose a mí sentenció por entre sus amarillentos dientes: “Ladrón de Guevara, como castigo se presenta en esta aula, el próximo sábado a las dos de la tarde, para hacer un trabajo especial... y este bicho queda confiscado”...

La clase de español era diaria y siempre posterior al recreo matutino; durante toda la semana Policarpo vivió la angustia del sentenciado y no pudo concentrarse un sólo instante en las, para él, aburridas y monótonas explicaciones del profesor sobre la lengua de Cervantes. Al fin llegó al sábado y acudió dispuesto a soportar cualquier trabajo o incluso el flagelo, con tal de poner fin a su creciente incertidumbre, que se aumentaba al desconocer el paradero de su amada mascota. No nos detendremos a pormenorizar la escena que tuvo lugar al interior del aula, que el fraile había sumido en la penumbra, cerrando las pesadas cortinas por las que escasamente se filtraba la claridad plomiza de un frío y lluvioso sábado. El hecho es que valiéndose de su poder, el perverso fraile intentó violar al aterrado Policarpo, que hoy atribuye a un milagro de su Santo protector el hecho de haber podido escapar indemne del aula para abandonar el colegio y regresar a su casa, bajo la lluvia, empapado, avergonzado y temeroso.

El episodio quedó, desde entonces, sepultado en el subconsciente de nuestro amigo, que no se atrevió a contárselo a sus padres por temor a una reacción violenta de Egidio y guardó silencio hasta que decidió contárnoslo para que fuese incluido en esta historia. Lo cierto es que durante seis meses, en los cuales siempre obtuvo un inmerecido cinco en su calificación de español, su asistencia a la clase matutina le indigestaba el roscón y le revolvía la Kolkana con la sola presencia de Fray Daniel en el aula. Pero como *“no hay mal que dure cien años, ni cuerpo que lo resista”*, el enfermo fraile fue sorprendido *in fraganti*, seis meses después mientras sodomizaba al joven ayudante del panadero del Gimnasio; para acallar el escándalo, Fray Daniel fue enviado a Francia y nunca más se supo de él. Respecto a Caspiroleta, fue transformada, no en princesa como lo hubiese soñado Policarpo, sino en pieza del Museo de Ciencias Naturales del colegio. Es posible que aún hoy en día permanezca disecada y erguida con elegante altivez, sobre un pedestal de madera con un letrero escrito a manoalzada en primorosa caligrafía, por Fray Clemente, un sabio viejecito taxidermista. La correspondiente ficha científica, a la letra dice:

RANA TORO (*Leptodactylus pentadactylus*)

Longitud: 22 centímetros

Hábitos: Principalmente terrestres.

Hembra adulta.

Ubicación: América central y norte de América del sur.

Es difícil, casi imposible, que un adulto normal no recuerde con nostalgia las circunstancias de tiempo, modo y lugar que rodearon su primera experiencia amorosa en la adolescencia. El primer amor de Policarpo, que como todo joven en circunstancias similares cree que será eterno, fue Carmelita Rojas, la hija de la prostituta que vivía en el barrio vecino. El 18 de mayo de 1957, sábado a las seis de la tarde para ser más exactos, los dos adolescentes, agazapados en el mamotrético armario en que la mamá de Carmelita colgaba sus coloridos y brillantes vestidos de trabajo, se hicieron novios y sellaron su amor con un tímido beso, que dejó en los labios de Polo un ligero sabor a chupeta "Charms" de limón y una sensación de éxtasis que lo transportó al quinto cielo. El episodio en sí no fue tan determinante en la vida de Policarpo como sí lo fueron las palabras de la abuela Chana, esa misma tarde, cuando el muchacho emocionado le confesó: *"Abuelita ya tengo novia, se llama Carmelita y la quiero mucho, pero ¿cómo hago para que me dure?"*... La abuela lo miró enternecida y le contestó: *"Muy fácil mi muchachito, tenés que ser muy tierno con ella, ser muy galante con ella y nunca decirle mentiras"*. Desde entonces y a lo largo de su existencia, las mujeres que han amado a Policarpo coinciden al reconocer que éste jamás les mintió, que ha sido siempre tan galante que en su compañía se sentían como princesas y que fue muy tierno.

La vida de Policarpo puede agruparse en cuatro etapas, de quince años cada una, marcadas por un episodio de profundo significado para él. En una ocasión en que una amable vendedora le ofreció un descuento especial para personas "de la tercera edad", Policarpo, que para entonces tenía 55 años, le dijo: *"Muchas gracias jovencita pero yo ya no pertenezco a la tercera edad, voy por la cuarta y dentro de 5 años empezaré la quinta; de manera que si me quiere hacer un mayor descuento, no me pondré bravo..."*.

El ingreso de Polo a la segunda edad se celebró el 10 de febrero de 1958, día de Santa Escolástica y del cumpleaños de su prima Kareth (imaginará el lector de la que se salvó la quinceañera si su madre no se hubiese revelado contra las listas sacrosantas del

Bristol. ¿Escolástica Ladrón de Guevara?); pues las dos familias decidieron anticipar el festejo de Polo, que cumplía el 23, y organizaron una hermosa fiesta en la cual se puso de manifiesto que la condición económica de los Ladrón de Guevara había mejorado sensiblemente. A la fiesta, organizada en el amplio salón de confecciones de la fábrica de muñecos de la abuela Chana, asistieron todos los amigos de los primos, incluyendo los del vencidario, que lucieron sus trajes domingueros, y con lo cual no se notó en ningún momento la diferencia de clases sociales. La abuela Chana, haciendo gala de una tolerancia que en sus épocas pretéritas no había tenido, aceptó sin reparos la asistencia de Clemencia Rojas, la llamativa “suegra” de su nieto; el único lunar en el festejo, en opinión de las tías solteronas, fue la actitud “*descarada y atrevida de esa vagabunda*” a la que le captaron miradas insinuantes y coquetas que dirigía en todo momento al Padre Llorente, quien, dicho sea de paso, había llegado al ágape bastante alicoradito y respondía a los vulgares devaneos de Clemencia, con una mirada brillante de emoción y una sonrisa bobalicona...

El estar boyantes, les permitió a los tres socios fundadores de la cooperativa del Padre Llorente afrontar el colapso cuando el curita colgó la sotana y se voló para Venezuela con todo el dinero que habían aportado los asociados. Por supuesto, el Padre Llorente, con plata y habiendo renunciado a su voto de castidad, no se fue solo; para desgracia del pobre Polo, se fugó con Clemencia Rojas, la puta, la mamá de su adorada Carmelita... La cabanga del enamorado Policarpo a raíz de la desaparición inesperada de su novia, fue apenas comparable con la decepción y el dolor cristiano que sintió la abuela Chana, por los pecados del Padre Llorente a quien había convertido en su confesor.

El sábado 28 de junio, día del Sagrado Corazón de María, con 77 años de edad, el dulce corazón de la abuela Chana se paró mientras dormía, sumiendo en el más profundo dolor a Policarpo, que lloró ocho días con sus noches hasta que “*se me secaron para siempre las lágrimas*”. Con la muerte de la abuela se liquidó la fábrica de muñecos, las solteronas y Teresita consiguieron empleo en el gobierno, gracias a un antiguo compañero del difunto Severiano que ocupaba un cargo importante en la Contraloría General de la Nación (era la época de “los Quíntuples”, como se conoció a los miembros de la junta militar que remplazó a Rojas Pinilla); Poncho, recién casado por fin, y Egidio, sus hermanas y su cuñada, lograron malvender las tres casas y decidieron, cada uno por su lado, regresar a Chapinero a vivir en sendas casas arrendadas. Nunca se supo qué

pasó con la casa de Dolores, ni cuál fue el destino final de la antipática anciana y su par de vacas, que en su tiempo sirvieron para que los primos aprendieran a enlazar ganado bajo la experta guía de Efraín, que tenía habilidades de vaquero criollo.

Al entierro de la abuela viajó el tío Godofredo, que había enviudado dos años antes y vivía en New York completamente solo y ciego, como consecuencia del accidente en que murió su esposa. Godofredo y Policarpo establecieron desde el primer momento una maravillosa relación tío-sobrino, que se consolidaría durante varios años en la ciudad de los rascacielos.

CUATRO

El cincuentón Godofredo era, entre todos sus hermanos, el más parecido a Belarmino no sólo por su voluminoso corpachón, como por su bondad y su simpatía. Con cerca de 30 años de vida en los Estados Unidos, hablaba un inglés fluido pero marcado por el peculiar acento y la entonación paísa, que sonaban graciosos en sus labios y resultaban exóticos para los gringos. Con mucho esfuerzo e igual dedicación, había logrado un título como ingeniero hidráulico y trabajado la mayor parte de su vida adulta en empresas estatales como contratista especializado en la construcción de represas. Después de graduarse se había casado con Margareth Rakosqui, una joven razonablemente atractiva, de ascendencia polaca y por supuesto con un catolicismo más acentuado que el de la abuela Chana. Lamentablemente a pesar de muchísimos intentos, que fueron desde la medicina tradicional hasta la chamánica, nunca tuvieron hijos pues Godofredo resultó estéril; circunstancia que, cuando se supo, le granjeó entre sus amigos de la cada vez más numerosa colonia latina del Distrito de Queens, el apodo de “polvo seco”. Tal vez por ello el tío Godofredo amó a Policarpo, desde el día en que lo vio por primera vez, como el hijo que nunca tuvo, y lo llevó a compartir su soledad en el modesto apartamento que como única propiedad poseía en el populoso Distrito.

Si Policarpo era de naturaleza calmada y paciente, la experiencia de ser el lazarillo de su tío aumentó su paciencia y su capacidad de aguante. A diferencia de Godofredo y tal vez por su juventud, Polo aprendió el inglés en menos de dos años y antes de cumplir los 20 podría asegurarse que se había convertido en un joven bicultural y bilingüe, que pasaba horas enteras dedicado a leer en voz alta para su tío obras de historia, literatura y biografías, combinadas con la lectura de artículos picantes de una conocida revista erótica, los favoritos del viejo, cuya sicalipsis se había acentuado a partir de la ceguera, quien aseguraba con picardía: *“De mí podrán decir que soy polvo seco pero nunca podrán decir que soy polvo flojo”*. Así pues, si los infantiles escarceos amorosos de Polo con su prima Kareth le hicieron desinhibido para el sexo, el doble comando del tío Godofredo y las prácticas con Celina Barrientos (una escultural mulata de 28 años, antigua bailarina de un famoso cabaret en la Habana, que había llegado como refugiada a New York después del triunfo de la Revolución Cubana) lo convirtieron en un excelente *latin lover*. Celina vivía en un coqueto apartamento adaptado en el *basement* debajo del que ocupaba

Godofredo en el primer piso del edificio, en donde Polo y su maestra de almohada vivieron un largo, apasionado y desinhibido romance.

El mejor amigo de Policarpo durante su juventud en los Estados Unidos fue Gustavo Salcedo, otro colombiano con quien compartió aulas en la *Catholic School of Queens*, en donde ambos se graduaron en 1962, y con quien se gozó el furor del hippismo y del famoso eslogan "*peace and love*" hasta que en 1964, al cumplir la mayoría de edad, les concedieron la ciudadanía norteamericana, fueron llamados al servicio militar, recibieron entrenamiento como combatientes y los enviaron a Vietnam, en el primer contingente despachado en 1965, por Lyndon B. Johnson al sudeste asiático para "*defender la democracia de la amenaza comunista*". El llamamiento a filas obligó a Polo a eliminar el arete y el pañuelo al estilo pirata que lucía en una comuna hippie que frecuentaba en New Jersey, y a Gustavo a raparse el largo cabello que mantenía atado en una cola de caballo que le había hecho ganar el apodo de Colitas, y le hacía parecer más bajo de lo que en realidad era: 24 centímetros menos que Polo, gracias a lo cual, cuando caminaban juntos mostraban una asimetría corporal similar a la de Benitín y Eneas.

Para despedir a la pareja de futuros combatientes, Celina preparó una exquisita comida cubana y organizó una reunión que programó para el domingo anterior a su partida y sirvió además para festejar el sexagésimo aniversario de Godofredo. A la reunión llegó Colitas acompañado por una joven hippie, veinte centímetros más alta que él, flaca y plana, pero con cara bonita y enormes ojos azules que miraban todo el tiempo a Colitas, a través de unas gafas baratas, con la ternura con que una niña miraría a su osito de peluche; para hacer pareja con el ciego, llegó Julieta, una enfermera de origen salvadoreño que Celina le había presentado a Godofredo un año antes y con quien el viejo había pasado agradables momentos de intimidad acariciando su cuerpo de tersa piel y proporciones perfectas y su rostro de rasgos imperfectos pero agradables.

El último en llegar fue Godofredo, precedido por su bastón gracias al cual se movía en el apartamento de Celina como Pedro por su casa. Por el olfato, captó la presencia de Julieta y se fue directo a su encuentro para abrazarla sonriente y decir con su voz sonora y vibrante pero cargada de ternura: "*¡Julieta!, qué alegría que hayas venido, tu aroma y tu presencia son la mejor sorpresa en mi cumpleaños...*". Celina, conmovida por las galantes palabras y por el abrazo que el ciego le dio a su amiga, con su típico acento cubano, dijo: "*Esa no es la única sorpresa Chico, lo mejor... Ajá, es que Julieta renunció a su puesto en*

el hospital y se va a quedar cuidándote... Ajá, mientras la preciosura de tu sobrino esté en el ejército".

El anuncio de Celina fue recibido con aplausos, y marcó la pauta de alegría y jolgorio que caracterizó esa noche como inolvidable para quienes disfrutaron la exquisita comida, los vinos, el ron cubano auténtico, y los relatos de Godofredo, salpicados de anécdotas picantes y tragicómicas, sobre su experiencia en el Pacífico, como oficial de Infantería de Marina durante la Segunda Guerra Mundial, en donde había servido a órdenes del legendario General Douglas McArthur y participado en operaciones tan complejas como el desembarco en Guadalcanal en 1943 y la recuperación de las Filipinas, a partir de la batalla del golfo de Leyte en octubre del 44, en la cual Godofredo, con rango de Teniente, ganó una condecoración por su valor y fue ascendido a Capitán, comandante de una compañía que participó en los cruentos combates que culminaron en julio de 1945.

A media noche, encendieron las 60 velitas de una deliciosa torta que había llevado Julieta, le cantaron el *Happy Birthday* al emocionado Godofredo, de cuyos apagados ojos brotaron conmovidas lágrimas cuando palpó, tras desenvolver los paquetes con parsimoniosos movimientos, el inconfundible perfil de una pipa con boquilla curva que le obsequió Celina y de otra con boquilla recta que le regaló Julieta. Mientras acariciaba sus dos pipas, el viejo murmuró como para sus adentros: *"Ésta es la señal"*, permaneció un buen rato en silencio y finalmente tomando de la mano a Julieta dijo: *"Acompáñame preciosa"*; dio media vuelta y, guiado por su enfermera, anunció para todos: *"Ya regreso, no tardamos"...*

Pocos minutos después volvió la pareja y todos pudieron apreciar el hermoso cofre rectangular de madera, con guarniciones de plata, que sostenía en sus manos la enfermera. Godofredo y Julieta permanecieron de pie y aquél pidió a los otros cuatro convidados que se levantasen de sus sillas y formaran un círculo alrededor de la pequeña mesa de centro de la acogedora salita. Entonces, carraspeó para aclararse, golpeó tres veces el suelo con su bastón y, con el tono de voz solemne que emplearía un cacique para iniciar un ritual, anunció: *"¡Hoy domingo 8 de noviembre de 1964, yo, Godofredo Ladrón de Guevara Misas, Caballero de la Orden de la Pipa y de la Faltriquera, en nombre de Dios y de Jorge de Capadocia, San Jorge, patrono de todas las caballerías del mundo, heredo mi pipa de reflexión y mi pipa de acción, con todos sus implementos, a mi*

sobrino Policarpo Ladrón de Guevara y Urrutia, a quien revelaré las tradiciones de nuestra orden, teniendo como testigos a los aquí presentes!".

Según contó esa noche Godofredo, en 1942, el profesor Huber Collins, que había sido su maestro en la universidad y que para esa época, con casi setenta años de edad, lamentaba no tener la juventud de su discípulo para poder participar directamente en la guerra de los Estados Unidos contra las potencias del Eje, había organizado una reunión similar, con el propósito de celebrar el trigésimo aniversario de Godofredo y a la vez despedirle, pues en pocos días se embarcaría con destino a la guerra en el Pacífico. Lo que Godofredo pensaba hacer a continuación era iniciar a su sobrino Policarpo como *Caballero de la Orden de la Pipa y de la Faltriquera*, en la misma forma en que el profesor Collins le había iniciado a él.

El cofre era una preciosa pieza antigua que había pertenecido a la tatarabuela de Chana y había servido como joyero a las generaciones subsiguientes, hasta que Chana se lo dio a Godofredo para que lo vendiese junto con su joya más preciada: un collar de perlas por el cual le habían pagado a Godofredo el equivalente a 1500 dólares; el producto de esta venta fue suficiente para que Godofredo viajase y pudiese conservar el valioso cofre, por el cual llegaron a ofrecerle en New York, a finales de 1941, 3000 dólares en el elegante almacén de un anticuario en Manhattan. El perito reconoció la soberbia pieza como una muestra de la orfebrería árabe berebere de los moros en España y la situaba en el siglo XIII o XIV d. C. En esa oportunidad, Godofredo estuvo tentado de vender el cofre para comprar un apartamento, pues tenía planes de casarse con Margareth y formar su propia familia; sin embargo, a los pocos días sucedió el ataque japonés a Pearl Harbor, Godofredo se alistó como voluntario y pospuso su boda, que finalmente se realizaría a comienzos de 1946. Dado que el apartamento fue adquirido con las pagas ahorradas durante el tiempo que estuvo Godofredo en el Pacífico, Margareth se opuso a la venta del cofre y, como hábil artesana que era, elaboró unos compartimentos con tabiques de madera forrados en un fino terciopelo, en los cuales quedaban perfectamente acomodadas las pipas y todos sus implementos: un tarro de picadura inglesa, un humidificador con tapa de madera y esponjilla, un atacador metálico unido a una pequeña argolla circular de la cual pendían un atizador y una delgada varilla para acomodar la picadura en la cazoleta, un juego de escobillones de fieltro, una faltriquera de badana, y un encendedor de oro, especial para pipa. Tal cual y en perfecto estado de conservación, recibió Policarpo la inesperada herencia de su tío.

Nombrando a Celina y a Julieta como madrinas y a Colitas y a su amiga de turno como testigos, Godofredo procedió a entregarle las pipas a Policarpo, al tiempo que le invitaba a seguir cuidadosamente los pasos que él iba ejecutando parsimoniosamente con cada una de las pipas que le habían regalado esa noche e iba dando indicaciones precisas hasta que su sobrino encendió la pipa curva... Casi al amanecer Colitas y su amiga se marcharon, el tío Godofredo conducido por Julieta se dirigió a su apartamento, y Policarpo recibió esa noche la pasión de Celina, que se esforzó para hacer de su despedida una experiencia inolvidable.

El entusiasmo de Colitas por lucir el uniforme que según decía *"aumentará mi atractivo para las chicas"*, contrastaba con el pavor de Polo que, como se anotó, era un hombre de tendencias pacíficas. La famosa frase de Churchill: *"El entrenamiento debe ser tan intenso que el soldado encuentre un descanso en la guerra misma"*, se cumplió al pie de la letra en nuestro amigo pues, por un lado, el entrenamiento del futuro combatiente en las pistas de Fort Bragg no sólo fue intenso sino salvaje y despiadado (tanto que tendría repercusiones veinticuatro años después), y por el otro, el tiempo que pasó en Vietnam fue un delicioso descanso debido a una, según él, *"milagrosa intervención del espíritu de la abuela Chana y de mi amado patrono San Policarpo"*, quienes al parecer conspiraron para que nuestro héroe sólo durase cinco minutos en la zona de combate.

"Nuestro pelotón se desplazaba en dos helicópteros... Según nos había dicho el Capitán, ese día sería nuestra prueba de fuego... Cuando los aparatos se detuvieran en vuelo estacionario en un claro de la jungla, deberíamos saltar y avanzar formando un cerco alrededor de una posición en la cual se suponía se encontraba un campamento del Viet-Cong... A medida que nos acercábamos, el miedo que sentía mientras le suplicaba al espíritu de mi abuela y a San Polito que me librasen de ese trance, era tan grande que me oriné en los pantalones camuflados. Con la horcajadura emparamada, supe que habíamos llegado al sitio de desembarco cuando el ruido del helicóptero cambió y el Sargento ordenó saltar... A mí me tocaba de tercero y sólo recuerdo que cuando me enderecé para saltar, sonó una ráfaga y no sé cómo, en vez de saltar, prácticamente caí de culo con la pierna izquierda enredada en el portafusil y al tocar tierra me golpeé en la cabeza con una piedra y perdí el sentido. Días después, con el pie izquierdo enyesado y cómodamente instalado en la bodega de abastecimientos de un batallón logístico en Saigón, a donde me trasladaron, Colitas me contó que cuando me vio en el suelo, pensó que me habían herido y se las apañó para levantarme, echar mi cuerpo sobre sus hombros y correr conmigo hasta el helicóptero, que me evacuó a un hospital de campaña.

Un corresponsal de guerra, que creyó haber captado la imagen de la primera baja en combate de un heroico soldado norteamericano, se frustró al conocer la verdad: En la presunta posición enemiga, no había enemigos; el 'herido en combate' era un pendejo soldado colombiano que se partió una pata al saltar; y la ráfaga que hizo cagar del miedo a más de uno, no fue más que la reacción de un soldado atortolado que le disparó un proveedor completo a un pobre perro que se encontraba en el lugar equivocado...".

Por supuesto, la crónica del periodista nunca se escribió y las fotografías del episodio que nos contó Policarpo las conservó por muchos años Colitas, que las recibió siendo ya amigo del periodista, para después regalárselas a su antiguo camarada cuando se volvieron a encontrar en Colombia. La foto de Colitas con su amigo que prácticamente le duplicaba la estatura, mostraba lo disparejo de esta pareja.

Mientras Polo, por lo antes explicado, disfrutaba sus "vacaciones" en Saigón, su hermano Bartolo se jugaba el cuero al mando de una unidad de contraguerrillas que perseguía, como parte de la sexta brigada colombiana, al en ese entonces joven guerrillero Manuel Marulanda, alias Tirofijo, quien defendía lo que él mismo proclamó como "*República Independiente de Marquetalia*".¹ El mismo año en que Polo y Colitas celebraron el *Prom.* que marcaba el final de la secundaria en el colegio gringo, Bartolo con 15 años ingresó a la Escuela Militar de Cadetes, con la mira de seguir los pasos de su tío Benedicto, el Coronel, quien había marcado el derrotero de su sobrino el día en que le relató, con lujo de exageraciones y detalles, su "*heroica participación en la guerra con el Perú*", suceso que pasó a la historia a nivel de conflicto y que en realidad no fue más que una escaramuza en nada comparable a las "*tomas guerrilleras*" de poblados campesinos, y al fragor de los combates que libran hoy en día los guerrilleros, los paramilitares y las Fuerzas Armadas. Bartolo tuvo desde entonces la firme intención de llegar a General de la República; sin embargo, años después, su frustración cuando el Congreso de la República no aprobó su ascenso a Brigadier General, fue mayor que la de la tía Rosalba cuando supo que el suegro de su sobrino, el encopetado Celestino Urrutia, estaba en la inopia. Pero no nos adelantemos, regresemos a la juventud de Bartolo, que se graduó de Subteniente de Infantería en 1964, hizo el curso de Lanceros (combatientes de élite) y fue

¹ Nota del Autor: El lector que desee conocer pormenores de las FARC encontrará toneladas de papel impreso, sobre este grupo y sobre Tirofijo, su jefe, quien desde finales del siglo pasado hasta nuestros días se conoce como el guerrillero más viejo del mundo.

destinado a lo que los militares llaman “orden público” cuando en realidad, opinamos, deberían llamarlo “desorden público”.

La personalidad de Bartolo, inmutable en su esencia desde sus pilatunas infantiles, se fue consolidando con agregados tales como un lenguaje procaz y cuartelario, pero simpático y tolerable por el uso oportuno de palabrotas que hacían sonrojar a las tías solteronas y a las monjas y que usaba tanto en su lenguaje hablado como en su correspondencia personal; una pasión desbordada por todas las mujeres, que se resume en una archiconocida ranchera que aprendió, a fuerza de escucharla cientos de veces en la destemplada voz de Clodomiro, el enamorado chofer de la camioneta, que dice poco más o menos: *“Laralala... laralala... laralaralalala... Yo soy el aventurerooooo ...el mundo me importa poco... cuando una mujer me gusta... me gusta a pesar de todo... Me gustan las altas y la chaparritas, las flacas y gordas y las chiquiticas...”* y cuyo pícaro mensaje se convirtió en el eje central de la promiscua y enrevesada vida amorosa del futuro mujerólogo; aparte de un valor y un arrojo como combatiente, que si hubiese estado generalizado en los soldados gringos que pelearon en Vietnam, incluido su hermano, otro hubiera sido el resultado de esa estúpida guerra.

Desde su cómoda posición en el puesto de mando de Saigón, Policarpo sintió nostalgia de patria y de familia y decidió escribir una carta a su hermano, que sería el comienzo de una esporádica pero simpática comunicación epistolar que se mantendría durante todo el tiempo que nuestro personaje permaneció lejos del país. Según Bartolo, *“una de las maricaditas de mi hermano es que guarda todas las cartas que recibe en una cajita de cartón como cualquier vieja; sólo le falta la cintica rosada y el perfume”*. Por ventura esa costumbre de Polo nos permite compartir con el lector algunas de las cartas que recibió de su hermano a lo largo de los años; como ésta, fechada en Bogotá en Febrero de 1966:

“Hola Cabroncete:

Para empezar, no me vuelva a tutear ni en carta ni en persona cuando nos veamos; pues como dijo alguien ‘bogotano que tutea a sus hermanos es marica’. Y yo sé que usted podrá ser medio pendejo pero no es ningún marica.

No me gusta para nada que me lo tengan relegado a un puesto de cambiabotas y cuentamuniciones, cuando debería estar metiéndola con todo el perrengue y los cojones

propios de los Ladrón de Guevara que se destacaron en la guerra con el Perú y en la de los Mil Días matando cachiporros.

En orden público me fue muy bien y me premiaron enviándome al Batallón Guardia Presidencial. Claro que el verdadero premio lo recibí por obra y gracia de San Bartolo el día que enyardé (hice el amor) a una española en la mismísima cama en que el Libertador Simón Bolívar se gozaba a Manuelita Sáenz en el Palacio de San Carlos.

Como creo que lo dejé picado con este anticipo le contaré la historia completa: Era un viernes y yo estaba de oficial de guardia con uniforme de gala, casco con virola, sable y capa gris que llegaba hasta las espuelas, pues para aumentar por lo menos cinco centímetros en la estatura que me negó la vida procuro usar botas altas con elevador cada vez que puedo. A la media noche y con el exclusivo propósito de chicanear con esa pinta de mariscal prusiano, me paré en medio de los dos guardias de la portada principal de palacio que queda enfrente de la entrada del Teatro Colón, para lucirme con la gente que salía de la función. Esa noche era el último día de una temporada de zarzuela y se llenó el teatro. Cuando ya se había ido todo el mundo, entre ellos una turista gringa que se hizo tomar fotos conmigo al lado, llegó asustada una cuervita divina (desde sus épocas de cadete Bartolo siempre se refirió a las mujeres bonitas como 'cuervitas' por el apellido de las catorce primas de su compañero Carlos Cuervo que se caracterizaban por ser además de bellas bastantes complacientes, hasta donde lo permitían las recatadas costumbres de la época) como de 20 años, con una pinta como la de Lola Flores en sus mejores tiempos y me dijo: 'Oficial tengo un problema y quisiese ver si podríais ayudarme...' El problema era que sus compañeros del grupo de baile se habían ido en el bus para el Hotel Tequendama en donde se alojaban y ella se quedó sin plata para un taxi y sin conocer la ciudad. Entonces yo, ni corto ni perezoso ante semejante papayaso, le dediqué la sonrisa número 33 – especial para inspirar confianza – y le dije con tanta sinceridad como pude aparentar: 'No se preocupe señorita que yo le ayudo a resolver el problema, por favor acompáñeme...' Como cualquier edecán de reina la hice seguir al palacio presidencial y la conduje apoyada en mi brazo izquierdo por los elegantes pasillos hasta el casino de edecanes... Allí culminé la operación descreste ofreciéndole un coñac francés y algo de comer preparado por el encargado del casino que por fortuna había sido mi recluta en la Escuela de Infantería. Para no alargar el cuento le diré mi estimado cabroncete, que tres horas después este pecho retozaba con la bailarina en la mismísima cama desde la cual había saltado a la calle el Libertador cuando casi lo enyardan (apuñalan) los conspiradores. Para defenderme de cualquier acusación por sacrílego, le

diré que cuando la tuve a punto, mentalmente le pedí disculpas a mi general Bolívar, convencido de que nuestro apasionado Libertador me comprendería pues en iguales circunstancias hubiera hecho lo mismo. Por hoy no le cuento más porque sobre las gñevadas de la familia suficiente tendrá con las cartas de mi mamá y las tías.

*Su hermano que a pesar de todo todavía lo quiere,
Bartolo".*

El pánico de Polo ante la posibilidad de que lo regresaran a la zona de combate se diluyó el 22 de julio de 1966, cuando le notificaron que regresaba a *home* y se le informaba que tenía dos opciones: continuar en el ejército comenzando la carrera militar como cabo de infantería o ingresar a la universidad estatal que escogiese, con una beca del gobierno de los Estados Unidos. Similar notificación recibió Colitas, y como resulta fácil suponer, Polo optó por la universidad y su amigo por el ejército. Finalmente el Cabo Colitas regresó luciendo en su uniforme *small* cuatro vistosas condecoraciones; en tanto que su amigo, enfundado en uno *extra large*, desprovisto de meritorias cintitas de colores, trajo como recuerdo de su breve estada en la zona de combate un juego de radiografías, que aún conserva, y permiten ver a contraluz sus cuatro fracturas: maléolo peroniano, quinto metatarsiano, tibia y maxilar inferior. Olvidábamos mencionar que el único combate librado por Polo en el sudeste asiático, tuvo lugar en un burdel de Saigón en donde un borracho mastodóntico le partió la quijada de un puñetazo cuando quiso intervenir conciliadoramente para que el beodo no le siguiera pegando a una pobre putica. Desde entonces Polo se dejó crecer la frondosa barba que el semi-lampión Bartolo nunca pudo tener.

Mientras estuvo en Saigón, Polo se destacó por su habilidad para los números, y el hecho de que en su hoja de vida se hubiese consignado esta aptitud natural influyó para que, al momento de aceptar la beca que le ofrecieron, escogiese como carrera la ingeniería; así pues, ingresó a la universidad estatal de New York, de donde se graduó con todos los honores a finales de 1971. De la vida universitaria que Polo alternaba con el cuidado de su tío ciego y amenizaba con deliciosas jornadas de catre con Celina, sólo queda el punzante recuerdo de una relación frustrada con Victoria Méndez Santander, nieta por línea materna de la chismosa señora a la cual ya hicimos referencia cuando hablamos del primer embarazo de Edelmira.

“Conocí a Victoria en una fiesta de despedida organizada por una prima rica de mi amigo Colitas, en un lujoso apartamento de la gran manzana, pues él había sido trasladado a una guarnición en Europa y viajaba al día siguiente... Era una morena con un cuerpazo como para quitarle la respiración a cualquiera y unos ojazos que cuando lo miraban a uno prometían más de lo que su dueña estaba dispuesta a ofrecer, no porque no quisiera sino porque había sido criada con la mojigata tradición de que las mujeres tenían que llegar vírgenes al matrimonio... Por trillado que parezca, no encuentro más palabras para describir mi relación con Vicky, como todos le decían, que ‘amor a primera vista’.

Esa misma noche la besé por primera vez, quedé turulato y le juré amor eterno... El fuego que prendió en mí la pasión y el fervor con el que Vicky respondió mis besos sólo pudo apaciguarlo Celina al amanecer del día siguiente después de cinco polvos consecutivos... Nuestra relación tuvo como escenario los sofisticados ambientes de Manhattan, propios del mundo diplomático en el cual se movía su padre, que era el embajador ante las Naciones Unidas. Su excelencia el Señor embajador, como exigía que se le dijera en todo momento, era un viejo encopetado y fatuo que le daba excesiva importancia a los apellidos y a los pergaminos; tal vez por eso aceptó nuestro noviazgo y seguramente soñó en secreto con un matrimonio de conveniencia, pues no desperdiciaba oportunidad para intentar halagarme con referencias a mi linaje... Todo iba a las mil maravillas y ya estábamos planeando casarnos cuando yo me graduara; pero tuvimos la desgracia de que la abuela, la chismosa vieja Santander, octogenaria y enrazada en bruja, decidiera visitar a su hija en los Estados Unidos... La lengua viperina de la bruja se encargó de difundir con exageraciones tendenciosas la triste historia de la tía Rosalba y la extemporaneidad de mi llegada al mundo... Recuerdo como si fuera ayer el día en que llegué de visita al apartamento de mi amada para ser recibido por mi suegro, que me congeló con la mirada y antes de tirarme la puerta en la narices me dijo: ‘Jovencito a partir de este momento usted es persona no grata en este hogar pues yo no voy a permitir que mi hija se case con un pelagato cuya historia desdice de su apellido...’. Como medida preventiva, el viejo puñetero había despachado a mi amada Vicky para Puerto Rico en donde, según supe después, terminó embarazada de un vividor que la sedujo, se la gozó y la abandonó antes de que naciera su hijo. Hasta allí llegó la eternidad de mi amor, que sólo duró seis meses y se quedó sin consumar pues Vicky me alborotaba pero no me lo dejaba ni oler.”

Al tiempo que Victoria Méndez Santander desapareció de la vida amorosa de Polo, Erika Posada Iragorri apareció, para quedarse por un buen rato, en la vida amorosa de Bartolo quien contrajo matrimonio con ella, como quien *“contrae una enfermedad contagiosa”*, según diría la propia víctima varios años después y con un dejo de amargura. La ceremonia fue elegantísima, estuvo oficiada por un obispo castrense y culminó con *“bóveda de acero”* montada según la tradición, con las hojas desnudas y entrecruzadas de los sables y las espadas de sus compañeros de armas, sobre las cabezas de los recién casados a la salida de la iglesia.

Por esas extrañas coincidencias de la vida, Erika resultó ser la hija menor de Estanislao Posada, primo hermano de la tía Rosalba y, ese sí, forrado en dinero que, según decían las viejas del costurero, había heredado de su padre, Don Lorenzo Posada Mejía, quien se había vuelto millonario (cuando las fortunas considerables se medían en miles) comprando a los damnificados de la guerra de los Mil Días tierras y propiedades por el 10 o el 15% de su valor real y como usurero prestando plata al *“módico”* 20%. Lo irónico es que para honrar la memoria de tan *“egregio ciudadano”*, un estadio, una biblioteca (dicen que era analfabeto), una importante avenida y un colegio, llevan el nombre de semejante atracador con bastón, sacoleva y cubilete cuya figura, odiada por todos los pobres vergonzantes que fueron sus deudores, se perpetuó en una estatua pedestre que sus lambones hicieron erigir en un céntrico parque capitalino.

El padrino de la boda de Bartolo fue su hermano Polo, quien viajó con el tío Godofredo hasta Medellín, ciudad en la cual su hermano se desempañaba, con el grado de Teniente, como comandante de un pelotón de Policía Militar en el comando de la Brigada en donde había conocido a Erika durante una fiesta. El parentesco con su novia lo vino a establecer gracias a las pesquisas del capellán que, como es costumbre en el ejército, indaga sobre las calidades de la novia para establecer las condiciones morales y familiares de la candidata. Por el vínculo de consanguinidad Bartolo tuvo que pagar a la Iglesia una cuantiosa dispensa de 7000 pesos (casi el doble de lo que era su sueldo como oficial) y tuvo que recurrir a un préstamo para cubrir los gastos del arreglo de la iglesia que, dada la elegancia del festejo previsto, representó el equivalente a otros cuatro sueldos. Significativo resultaría en el futuro de nuestro deudor amoroso, el hecho de haber servido como fiador a su hermano; favor que éste le retornaría años después en los comienzos del chapoteo del pobre Polo en las arenas movedizas de sus deudas.

El ramo de la novia, que según la costumbre se rifaba entre las jóvenes solteras presentes en la boda, se lo ganó Isabel, la hermana menor de nuestros dos amigos y como por arte de magia la agraciada joven, que rondaba los 22 años, conoció un mes después a Abelardo Ramírez, un apuesto pero simplón y aburrido empleado bancario de mediana categoría con quien se casó ese mismo año, en una sencilla ceremonia a la cual no pudo asistir Polo pues el tío Godofredo estaba enfermo de un cáncer en la próstata que hizo metástasis en el cerebro y se lo llevó de este mundo antes de que Isabelita regresara de su luna de miel. Con la muerte de Godofredo, Polo conoció el significado de la palabra hipoteca pues, cuando pensaba que heredaría el apartamento de su tío, llegaron tres matones con cara de guardaespaldas de don Corleone, que le restregaron en las narices los documentos de una hipoteca sobre el apartamento, que el viejo había dado como garantía por un préstamo de dos mil pinches dólares para poder asistir a la boda de su sobrino en Colombia. Nunca supo el desheredado Polo a qué tasa de interés le prestaron los mafiosos, pero sospecha que debía andar muy cerca de la tasa a la cual cobraba a comienzos del siglo pasado don Lorenzo.

Julieta, que en los últimos años había sido la compañera fiel, amorosa y tierna del viejo Godofredo, desconsolada por la pérdida de su amor otoñal regresó a su país, y años después Policarpo se enteraría de que Julieta se había incorporado al FMLN, la guerrilla salvadoreña que combatía al sistema en el pequeño país, y había muerto en un cruento enfrentamiento con el ejército.

Con la muerte del tío Godofredo y con la pérdida del apartamento que aspiraba heredar, Polo se vio de la noche a la mañana sin techo, a punto de graduarse y sin ningún medio fijo de ingresos, salvo pequeños trabajitos ocasionales que escasamente le alcanzaban para sus gastos de bolsillo. Como le había enseñado el ejemplo de la abuela Chana en aquello de que *“la necesidad es la madre de la industria”*, con cien dólares que le prestó Celina, por amor y sin intereses, se compró un carrito con una hornilla para preparar y vender *hot-dogs* en una esquina cercana a su casa y a la estación del Sub-way en el 74 de Roosevelt Avenue, con lo cual resolvió a trancazos el problema de la subsistencia pues el de alojamiento se lo resolvió la cubana; hasta que por esas cosas curiosas de la vida, un amigo de la morocha que alternaba con él las maratónicas jornadas de catre (previa coordinación, para evitar cruces molestos, pues Celina se lo daba al gringo por plata y no gratis, como lo hacía con el buen Polo) generosamente le

ofreció empleo en una constructora multinacional que tenía operaciones en América Latina y necesitaba en su nómina un joven ingeniero recién graduado que hablara español.

Así que, en 1973 Policarpo culminó lo que más adelante llegaría a definir retrospectivamente como su segunda edad, marcada por dos hechos significativos: Celina murió de un infarto fulminante, inesperada circunstancia que le produjo a nuestro amigo un dolor casi tan profundo como el que le ocasionó la muerte de la abuela Chana quince años antes; y al poco tiempo, la multinacional lo destinó a Nicaragua como ingeniero nivel IV (no sabemos entre cuántos niveles) con el propósito de participar en un proyecto que Anastasio (Tacho) Somoza había contratado para la supuesta reconstrucción de Managua, destruida en su sector céntrico por el devastador terremoto de diciembre de 1972.

“...Tacho Somoza fue muy astuto, nunca reconstruyó el área devastada; es más, dejó las ruinas de las edificaciones de más de tres pisos sin demoler y los organismos de turismo del estado promovían excursiones para que los turistas visitaran, como quien visita un monumento arqueológico, ‘The devastated Managua Downtown ruins’, y aprovechando que era propietario de una enorme planta productora de adoquines, ordenó a sus planificadores urbanos que construyeran ‘polos de desarrollo’ en los extremos oriental y occidental a las afueras de la antigua ciudad, que unió con una completa red de centenares de kilómetros que llamó en inglés, y así se quedaron, ‘Bypasses’. Para colmo de los colmos, el dictador era propietario de todas las distribuidoras de llantas del país y, según me enseñó un ingeniero de nivel III, una vía adoquinada que se recorra diariamente, reduce en un 30% la vida útil de las llantas; ¿cómo te parece el negociado que montó este hijo de puta?... Por algo lo derrocaron los Sandinistas...”.

Como bagaje de los tres lustros que prácticamente compartió con Godofredo como figura paterna y con Celina como amante, Policarpo trajo, aparte del valioso cofre con las dos pipas y sus accesorios y un álbum de fotografías, algunas verdades de a puño: que “*el dinero no es bueno sino por lo que dan por él*” y que “*no existen problemas de dinero sino de ideas*”, lo aprendió del viejo Godofredo. El problema con esta última concepción, es que la creatividad de Godofredo sólo le producía ideas de cómo, dónde y a quién pedirle plata prestada, sin importar el interés, como quedó demostrado con la hipoteca que le firmó a los mafiosos. De la morocha cubana aprendió que “*es pecado mortal*

cobrarle intereses a la gente que uno ama, pues la plata no es más que plata y no tiene porqué engordarse por cuenta del amor...". Este principio quedó tan profundamente arraigado en el corazón de nuestro deudor amoroso, que jamás (y han sido muchas las oportunidades en que ha prestado dinero a sus amigos) ha cobrado intereses; sin embargo, como veremos más adelante, siempre ha pagado puntualmente los intereses de lo que se conoce eufemísticamente como "banca informal", que incluye a los "Lombardos", a los prestamistas del pueblo y a los usureros del sistema "gota a gota", matracalada esta última de pícaros, émulos y fieles seguidores de las enseñanzas y el ejemplo de los desgraciados que, como don Lorenzo, hicieron fama y fortuna a costa del dolor y las penurias de nobles venidos a menos y acogotados pobres vergonzantes de la clase media.

Policarpo se dedicó con entusiasmo a cumplir sus funciones como ingeniero residente en los proyectos de la multinacional en Managua, hasta 1976, año en que conoció a Pepe Roig un salvadoreño de origen catalán que había colgado la sotana con el propósito de oficiar, en su nueva vida, en el altar del dios dólar, para lo cual había hecho una maestría en una prestigiosa universidad de postgrado que tenía su sede en Managua. Después de graduarse, Pepe había sido contratado por la universidad para ejercer el cargo de Director de Admisiones y en esta condición, gracias a su capacidad de convencimiento, logró que Polo se inscribiese para dedicar los dos años siguientes a complementar su formación de ingeniero con los misterios de la administración de empresas, con lo cual dio un giro sustancial a su existencia enrubándola por el mundo de los flujos de caja, los estados financieros, la estrategia empresarial y el mercadeo; área esta última, en la cual puso de manifiesto rápidamente su inclinación y sus aptitudes. Dos años después, al obtener su título, la universidad le ofreció una plaza como investigador y la posibilidad de hacer carrera en el mundo académico, al cual dedicaría 12 años de su existencia. En 1981, con los Sandinistas en el poder, la Escuela de Negocios empezó a tener problemas para reclutar estudiantes; entonces el rector vio en las capacidades de Polo la esperanza de resolver el problema y le ofreció el cargo de Director de Admisiones. Policarpo diseñó una estrategia de mercadeo que resultó exitosa para llenar el aula, y en su ejecución contó con la ayuda valiosa de Luz Angélica Robleto Arce, una maravillosa mujer que en breve se convertiría no sólo en su eficaz asistente sino en el amor de su vida.

Luz Angélica era, y continúa siendo, la personificación de la bondad, la ternura, la sensatez y la prudencia; con unos ojos cafés vivaces y profundos que iluminan su cara cubierta de diminutas pecas y enmarcada por una abundante y ondulada cabellera rojiza, ha sido desde entonces la mejor amiga, la confidente y desde 1982 la esposa de Policarpo, quien asegura que sin el apoyo moral de Luz Angélica, jamás hubiese podido sortear las duras pruebas que la vida ha puesto en su camino. Luz Angélica pertenecía a una de las más rancias y aristocráticas familias de la llamada "*Calle Atravesada de Granada*" y su padre, un hombre curiosamente honesto y bueno que talvez por eso fue nombrado, desde la dictadura de Anastasio Somoza García, Jefe del Tribunal de Cuentas de su país, murió en 1976 y cuando los Sandinistas accedieron al poder le quitaron a su viuda la pensión que como funcionario del gobierno anterior le correspondía. Así pues, lo que fue una familia acomodada pasó de la noche a la mañana a la condición de nobles venidos a menos. Cuando Polo supo esta historia comentó con sarcasmo. "*Vea pues, Dios los hace, ellos se juntan y el mundo los critica*". En el fondo, Luz Angélica era una mujer fuerte y abnegada, cuya fortaleza fue puesta a prueba durante la revolución Sandinista, cuando los revolucionarios que avanzaban sobre Managua se atrincheraron en el antejardín de su casa, una verdadera mansión al sur de Managua, que fue bombardeada por la aviación Somocista y parcialmente destruida, mientras Luz Angélica, su madre, sus dos hermanos y un pequeño sobrino de dos años se escondieron en un baño donde permanecieron cerca de una semana. Educada en Londres en una escuela para señoritas, conoció en su adolescencia a Jean Phillipe Guinard, un joven de ascendencia francesa que fue su primer amor y que, cuando planeaban casarse, murió a la temprana edad de 22 años aquejado por una letal leucemia; desde entonces y hasta que apareció Policarpo en su vida la joven no tuvo ningún otro amor.

Al contrario de lo que había sucedido, cuando Luz Angélica apareció en la vida amorosa de Polo para quedarse indefinidamente, Erika, la esposa de su hermano y con quien había tenido dos hijas (Saturnina nacida el 4 de junio de 1973 y Caridad nacida el 8 de septiembre de 1975; ambas criaturas bautizadas, según la tradición familiar, con los correspondientes nombres de las Santas del día), desapareció de la vida de Bartolo. El inquieto militar, que para esa época había sostenido relaciones clandestinas no con una sino con cuatro amantes paralelas y engendrado con cada una de ellas una hija, rompió cobijas con su legítima esposa cuando se enteró del primer y único desliz que ésta tuvo. Pocos días después de los hechos, Bartolo envió una carta a su hermano en la cual le

contó por primera vez el motivo de su separación y los detalles, hasta entonces desconocidos por Polo, respecto a su vida amorosa y a sus hijas habidas por fuera del matrimonio; veamos a continuación algunos apartes de la misiva:

“...Lo felicito mi querido Cabroncete por la linda mujer que se consiguió; en las fotos que me mandó se ve como una cuervita con todas las de la ley; y por lo que me cuenta espero que le dure todo el tiempo esa bondad, esa ternura y esa amistad que usted me dice han llegado a tener, pues en lo que a mí se refiere, el romance con Erika duró hasta el día que regresamos de luna de miel; a partir de ahí se volvió cantaletosa, celosa, posesiva y jodona; lo de celosa se lo entiendo pues como usted sabe, yo nunca he sido fiel a ninguna mujer y cometí la estupidez de jurarle una fidelidad hasta la muerte, que no he sido capaz de mantener; pero por lo demás me tenía desesperado su jodetería. Por eso y por nada más, decidí ‘llamarla a calificar servicios’² cuando le descubrí un desliz ni más ni menos que con el gilipollas de Horacio, el baboso marido de Beatriz su mejor amiga. Créame que los cachos que me puso se los perdoné, pues al fin y al cabo me los merecía; lo que pasa es que esa fue la oportunidad que me dio para romper el “yugo” matrimonial y para liberarme de una carga que yo mismo me había echado sobre los hombros, por pendejo... Es más, le propuse que nos separáramos y pasáramos a la más cómoda posición de amantes, pero se me emputó con la propuesta y se largó con las niñas para la casa de su mamá. Como en Colombia no existe el divorcio, finalmente y con ayuda de un abogado carísimo que nos divorció legalmente en Santo Domingo, quedamos libres, sin necesidad de ir a República Dominicana, y en menos de quince días. Lo que puede la plata ¿No?

...Yo creo que nací en el lugar equivocado, pues con esta pinta de jeque árabe que me gasto me hubiera ido mejor en Jordania o en cualquier país árabe en donde por ley, según me han dicho, ‘cada hombre puede tener tantas mujeres como pueda sostener y mantener satisfechas’; con mi sueldito del ejército hasta ahora (y esto es algo cabroncete, que sólo va para usted pues ni mi papá, ni mi mamá y mucho menos Isabel o las tías lo saben y no deben enterarse jamás), sólo he podido conformar un modesto harem con cuatro cuervitas divinas y del cual, por lo visto, Erika no quiso formar parte. Eso sí, le garantizo que a todas las mantengo satisfechas, con cada una he tenido una hija y todas llevan mi apellido, las quiero mucho y procuro que no les falte nada. Por desgracia San

² Nota del autor: Expresión militar que denota un retiro inesperado del ejército por voluntad del gobierno.

Bartolo y las Almas benditas no me han concedido dos gracias que les pedí: un hijo varón y que mi mujer y mis mozas se quieran como hermanitas...”.

En otros apartes de la extensa carta, sazonada con palabras propias de su vulgar lenguaje y anécdotas de sus amoríos, Bartolo le contaba a su hermano pormenores respecto a la forma en que había conocido a las madres de sus otras hijas, que por fortuna no fueron bautizadas según la tradición familiar y habían llegado al mundo entre 1974 y 1979. En síntesis diremos que la vida amorosa de Bartolo daría tema para escribir una novela y que de la noche a la mañana nuestro querido Polo se enteró de que tenía cuatro “*cuñadas*”, e igual número de sobrinas: Consuelo Rivera, una secretaria del comando del ejército que había dado a luz a Lorena el mismo año y casi en la misma fecha en que había nacido Saturnina; Gladis García, una estilista que había traído al mundo a Marisol en 1977; Marlene Rojas, una actriz de teatro madre de Ana Marlene nacida en 1978 y Bibiana Zambrano, una ceramista que había alumbrado a Martha Bibiana en 1979. Policarpo se preguntó entonces lo que diría su abuela Chana si se hubiese enterado en vida de los escarceos amorosos de su nieto y de la poco católica forma en que éste manejaba el amor.

El 19 de abril de 1984, día de San León IX, el hogar de Policarpo y Luz Angélica se vio iluminado por la llegada de un larguirucho y escuálido bebé, que su padre fiel a la tradición del Bristol hizo bautizar con el nombre del correspondiente Santo: León, se convirtió en el centro de la atención y los desvelos de la pareja y en el orgullo de los abuelos que viajaron desde Colombia a su bautizo en Managua. Ese mismo año, la universidad decidió incursionar en el campo de las pequeñas y medianas empresas y realizó, con apoyo de organismos internacionales, un proyecto de investigación para identificar las necesidades de capacitación gerencial en el sector de la PYME, como se le llamó desde entonces, y en el cual Polo encontró un nuevo horizonte para su actividad profesional.

En los siguientes cuatro años Policarpo adquirió un gran prestigio internacional como experto en el tema del manejo gerencial de las pequeñas empresas y como profesor de mercadeo en los programas de postgrado.

El año 88 trajo cambios significativos en la vida de los dos hermanos. Por un lado, Bartolo fue llamado a calificar servicios, con el rango de Coronel pues sus superiores consideraron que su vida promiscua no era propiamente la que correspondía a la dignidad que exige el comportamiento de un General de la República; y entró en una depresión tan

honda que le quitó casi por completo el apetito y le ayudó a rebajar 35 kilos de lo que él llamaba "*exceso de equipaje*". Por el otro, al cumplir 45 años y completar, según sus esquemas, la tercera edad, nuestro amigo Polo, que llegó a aspirar a la rectoría de la universidad centroamericana tuvo una profunda frustración cuando por manejos internos, propios de las luchas por el poder, se le bloqueó la oportunidad que le habían prometido de adelantar estudios doctorales en los Estados Unidos y vio en ello una sucia jugada de sus adversarios, pues para acceder a la rectoría como ingenuamente soñó, era requisito indispensable ostentar un título de PhD o de DBA (Doctor of Bussines Administration)... Por esos misterios insondables de la mente, a la de Policarpo le llegó como un huracán el recuerdo de su experiencia "bélica" en Vietnam y su duro entrenamiento, obnubilándolo con lo que el psiquiatra llamaría "*psicosis tardía de guerra*", que le llevó a tener extraños comportamientos, comparables a los de Rambo en sus mejores películas y a planear incluso el secuestro del rector de la universidad que había frustrado sus pretensiones académicas... Dos meses en una clínica siquiátrica en Guatemala para superar este *surmenage*, le merecieron tres cosas: una asignación para su vehículo en el parqueadero de discapacitados; un tratamiento siquiátrico para controlar tendencias maniaco - depresivas; y una reclamación al seguro médico para atender su subsistencia, ante la incapacidad manifiesta de aceptar cualquier liderazgo y por consiguiente cualquier empleo.

En julio de 1988 nuestro deudor, con una pensión asignada por el seguro de 1771 dólares exactos, con Luz Angélica, León y cinco maletas regresó a Colombia, derrotado pero no vencido, para iniciar su cuarta edad arrimado en el modesto apartamento que compartían sus padres en el barrio El Campín.

CINCO

Cuando Policarpo llegó a Colombia después de 30 años de ausencia encontró muchas cosas cambiadas. Para comenzar, Egidio estaba pasando por un duro momento debido a la liquidación de su empresa, que había quebrado como consecuencia de una grave enfermedad que mantuvo por dos años a su único socio confinado a una cama y consumiendo el capital en astronómicos gastos médicos, pues Poncho no tenía ningún seguro que lo protegiera; desde la muerte de éste, seis meses antes, Egidio trataba de generar algunos ingresos despachando mercancías y viajando a remotos municipios, mientras Edelmira complementaba los gastos del hogar cosiendo uniformes para colegio en una vieja máquina, que había quedado de la liquidación de la fábrica de muñecos de la abuela Chana.

De todos sus tíos únicamente sobrevivían: Lutgarda, quien mantenía la enigmática sonrisa que la acompañó desde el nueve de abril y permanecía recluida en un hogar geriátrico (Flora había muerto un año antes virgen y martirizada por la amargura de lo que pudo haber sido y nunca fue), y las dos monjas, que en un arranque de iluminación habían colgado los hábitos, ya en su madurez, y emprendido una frenética búsqueda espiritual por caminos diferentes al que habían recorrido como monjas de la Iglesia Católica, pero sin apartarse del todo de ésta; ambas residían en un cómodo apartamento en Medellín y disfrutaban de sendas pensiones del gobierno como educadoras que habían sido; la tía Rosalía, muy parca en el gastar, mantenía unos ahorros significativos de los cuales, sin cobrar ningún interés, le prestaba plata a su hermano Egidio cuando éste la necesitaba.

Teresita había muerto tres años antes de cirrosis, totalmente alcoholizada y fiel al fantasma de su marido; Kevin vivía en Alemania, en donde dictaba clases en una escuela secundaria, se había casado y divorciado tres veces y resultó tan “polvo seco” como el tío Godofredo, pues no tenía descendencia; y Kareth, vital, entusiasta, optimista y muy atractiva, se había convertido en pintora de cuadros abstractos que casi nadie entendía y muy pocos compraban, había sido una activista del feminismo criollo, y se sentía orgullosa, a mitad de los cuarenta, de su soltería bien administrada; y según Bartolo, nunca se atrevió a volverle a proponer que “jugaran groserías” como en su lejana niñez.

Polo y su familia, fueron recibidos en el aeropuerto por Egidio, que en la efusividad del encuentro no pudo ocultar del todo la preocupación que le embargaba. Mientras conducía un desvencijado Renault 4 de color

mostaza que tenía un letrero descolorido de “SE VENDE” adherido al vidrio posterior, en el que se apretujaban los recién llegados y sus maletas, el viejo, que manejaba con una lentitud exasperante para los conductores de los demás vehículos que le lanzaban improperios, le contó a su hijo la causa de su angustia: estaban a punto de perder el apartamento en el que vivían, pues llevaban seis meses sin pagar la cuota de un préstamo hipotecario con el cual lo habían adquirido. Edelmira no había podido ir a recibirlos pues, a parte de no caber en el diminuto carro, esa tarde tenía que entregar un pedido de uniformes por cuya venta podría recibir el equivalente a dos cuotas; el problema era que las monjitas que le habían encargado la confección tardaban 30 o 60 días en pagar y el banco no daba espera. Antes de llegar a su destino, el rostro arrugado de Egidio se iluminó con una sonrisa, estacionó a la orilla de la Avenida El Dorado, se abrazó a su hijo y prorrumpió en un emocionado llanto mientras balbuceaba palabras de gratitud: Policarpo había llegado con la solución en el bolsillo: 3000 dólares de su último sueldo y un cheque por 1771 dólares, correspondiente al primer mes de su pensión. La inyección de divisas salvó el apartamento, evitó la venta del Renault, recompuso un tanto la difícil situación económica de Egidio y Edelmira, permitió que León ingresase al jardín infantil y que con la tarjeta de crédito de Egidio se financiasen el mercado y las demás necesidades de la casa que se cubrirían con los futuros cheques en dólares de Policarpo. La tarjeta también sirvió para que Policarpo comprase ropa apropiada para Bogotá, pues en su maleta sólo había traído pantalones, camisetas y guayaberas, y necesitaba por lo menos dos trajes para usar con saco y corbata en su nueva vida, que aún no tenía claro cómo enrumbar pero, cualquiera que fuese su actividad futura, era evidente que necesitaba establecer contactos, y para ello la presentación personal era importante. El administrador de los recursos fue Egidio, quien hizo gala de su habilidad contable, manejando los dineros al centavo.

El apartamento, que irónicamente llamaba Egidio “*nuestro penthouse*”, quedaba en el quinto y último piso de “El Partenón”: un edificio sin ascensor, sin garaje y sin portero, situado frente a un transitadísimo puente vehicular, sobre la calle 53, a dos cuadras de la carrera 30 o Avenida Ciudad de Quito, al noroccidente de Bogotá y muy cerca del estadio Nemesio Camacho “El Campín”... demasiado cerca, en opinión y para disgusto de Egidio, quien desde su época de seminarista en Yarumal detestaba el fútbol y pasaba

enfurrñado todos los domingos por las tardes y las noches de los miércoles, a causa de la gritería de los aficionados.

Al día siguiente de su llegada y todavía afectado por el soroche o mal de montaña que suele aquejar a quienes provenientes del nivel de mar llegan al altiplano de Bogotá, Policarpo, vestido con un pantalón y una camisa muy tropicales, y con un saco de su padre que le quedaba corto de mangas, se fue con él, a bordo de un atestado bus urbano rumbo al centro de la capital, en donde podrían adquirir a buen precio un par de trajes completos, dos camisas blancas de cuello duro y unos zapatos negros; no era necesario comprar corbatas pues Egidio le proporcionaría las que necesitase, de una razonable y variada colección que había reunido con los años. En el garaje de un amigo, a seis cuadras de El Partenón, quedó guardada “*La amenaza mostaza*”, como le decía Bartolo al Renault y el mismo Egidio reconocía, pues él manejando en el congestionado centro de Bogotá era una auténtica amenaza. Al final de la tarde y justo antes de que se desgajara un violento aguacero, los Ladrón de Guevara se dieron el lujo de regresar al Partenón en taxi con el producto de su compra: un traje completo azul oscuro y otro gris claro, con lo cual mediante combinaciones en realidad tendría cuatro, según la recomendación de Egidio; un par de zapatos negros charolados para no gastar en betún y dos camisas blancas. Por la compra les dieron como ñapa cuatro pañuelos.

Esa noche para dar la bienvenida a los recién llegados acudieron a una cena, organizada por Edelmira y preparada con recetas de la abuela Chana, Bartolo e Isabel con su esposo y sus dos mellizos Timoteo y Faustina, nacidos el 22 de mayo del 79 y obviamente bautizados con base en la tradición. Por primera vez en 30 años, la familia Ladrón de Guevara y Urrutia se reunió completa en la reducida sala del *penthouse*, en una escena que a los dos abuelos les hizo rememorar la reunión con el Padre Llorente en los años 40. La velada fue deliciosa y se prolongó hasta casi el amanecer; fue una noche de remembranzas en la cual abundaron las risas y las lágrimas con el sabor dulzón de la nostalgia. Al despedirse, Bartolo quedó con su hermano en que al día siguiente pasaría a recogerlo a las ocho de la mañana para llevarlo a que conociera los principales cambios urbanísticos de la ciudad de las últimas tres décadas. Edelmira y Luz Angélica dedicarían el día a buscar un jardín infantil para León, que tenía que quedar cerca de la casa “*para no tener que pagar transporte que está carísimo*”.

A las nueve de la mañana, y con la puntualidad propia de un militar, llegó Bartolo a bordo de un automóvil Mazda 323 de color blanco que todavía olía a nuevo, pues lo había adquirido con fondos de su liquidación cuando tuvo que entregar, con chofer y escolta, el Mercedes Benz verde oliva que había tenido asignado en su último cargo como jefe de un departamento en el Estado Mayor del Ejército; Polo, estrenando el traje azul completo y luciendo una vistosa corbata amarilla que le había prestado Egidio, se acomodó en el asiento del copiloto e inició con su hermano un recorrido por la ciudad, encaminándose por la avenida Ciudad de Quito hacia el centro de Bogotá para poder apreciar los cambios urbanísticos y arquitectónicos de una metrópoli que en las tres últimas décadas había ido adquiriendo un carácter cosmopolita y se había ido extendiendo como un monstruo de concreto casi desde Soacha al sur, hasta las inmediaciones de Chía al norte. Bartolo, como buen cicerone, fue dando a su hermano explicaciones sobre los procesos de crecimiento de la ciudad, aderezadas con anécdotas e interesantes datos. Al medio día y por petición de Polo, se enrumbaron por la calle 68 con intención de buscar el sector de Santa Isabel del Lago, para tratar de identificar las casas que habían conformado la cooperativa del Padre Llorente... Alrededor de una hora estuvieron dando vueltas por entre calles y carreras con la calzada destruida, llena de huecos que cuidadosamente sorteaba Bartolo para proteger la suspensión del Mazda, y con una nomenclatura caprichosa; fueron muchas las vueltas que dieron, sin que pudiesen identificar ninguna construcción que se pareciese a lo que habían sido las casas contiguas de la vieja Dolores, la abuela Chana, Egidio y Poncho, hasta que dándose por vencidos no tuvieron más remedio que aceptar la desaparición de su paraíso infantil absorbido por una sórdida sucesión de viviendas de mal aspecto, talleres mecánicos repletos de chatarra oxidada y grasienta, bares malolientes y prostíbulos de mala muerte.

Casi a las dos de la tarde y desesperado por salir de tan deprimente sector, Bartolo decidió que era una buena idea invitar a su hermano a almorzar en el Club Militar de Oficiales y hacia allí se encaminaron... Al llegar a un semáforo que acababa de cambiar a luz roja, se acercó a la ventanilla de Polo un indigente embrutecido por el bóxer de una botella que aferraba con la mano izquierda, al tiempo que estiraba su mugrienta y deforme mano derecha pidiendo una limosna; Policarpo, gracias a su excelente memoria, creyó reconocer en las facciones del viejo drogado a uno de sus amigos de la infancia, sin pensarlo sacó los billetes que tenía en el bolsillo y se los entregó al mendicante en el momento en que su hermano arrancaba nuevamente el vehículo, pero alcanzó a oír a otro menesteroso cuando grito: *"Oiga Chupeta no se vaya a hacer el loco con las lucas que le*

dio el man...". Entonces no le cupo ninguna duda, Chupeta, su compañero de juegos infantiles, había tenido una suerte en la vida, si se quiere peor que la del arborizado y lacustre escenario en que habían vivido sus mejores años.

El sabor amargo que les dejaron la frustrada expedición al virtualmente desaparecido Santa Isabel del Lago y el triste y fugaz encuentro con Chupeta, lo borraron con los aperitivos que bebieron en el bar principal del club y con el exquisito almuerzo con vino francés con que Bartolo quiso dar la bienvenida a su hermano. El resto de la tarde lo pasaron en los cómodos sillones del bar degustando unos vodkas y dedicados a ponerse al día sobre lo que habían sido sus vidas desde la separación. A las seis de la tarde, y como remate del día, Bartolo sugirió que tomaran un baño sauna en las excelentes instalaciones que para el efecto tenía el club. En el fondo, lo que pretendía Bartolo era impresionar a sus antiguos colegas con su nueva figura y su nuevo peso que había descendido 30 kilos del nivel que mostraba la báscula seis meses antes.

Ante la sorpresa de un Coronel barrigón y mofletudo que pronto sería Brigadier General y que quiso saber cuál era la fórmula que había utilizado Bartolo para adelgazar, éste le respondió en un tono que dejaba traslucir su amargo resentimiento: *"No te va a gustar pero es muy simple: tienes que escoger entre ser flaco o ser General, si prefieres adelgazar, entonces ve y dile a los jefes que te boten del ejército como me botaron a mí"*.

A las diez de la noche y tan alicoradito como el Padre Llorente en sus mejores tiempos, subió Polo las empinadas escaleras hasta llegar al *penthouse*; su hermano se había despedido en la puerta para dirigirse a pasar la noche con una de sus cuatro mujeres. Le abrió un excitado Leoncito que se abrazó a sus piernas y le dijo: *"Papito ya conseguimos colegio, se llama Pinocho y mañana entro, mi mamá me va a llevar a pie porque queda muy cerquita y lo bueno es que no vas a tener que pagar bus"*. Según supo, el programa para el día siguiente ya estaba organizado: Egidio y Edelmira llevarían a Luz Angélica a conocer la ciudad, mientras el niño estaba en el jardín infantil; y Polo había sido invitado a almorzar por la prima Kareth en su taller.

A las once de la mañana Polo, vestido con el pantalón del traje gris y un suéter azul oscuro que le prestó su padre, tomó un taxi que le condujo al barrio de La Candelaria, en donde Kareth tenía su taller en una casona que compartía con un escultor, una actriz de teatro, un músico de la banda sinfónica y un poeta pobre; por aquellas extrañas

coincidencias del azar, la casona quedaba exactamente al frente de la que había pertenecido a la tía Rosalba cuando los Ladrón de Guevara Misas llegaron a Bogotá a comienzos de los años 30. El área de la casa que ocupaba Kareth correspondía al antiguo comedor que comunicaba, por una puerta de madera con doble hoja, con lo que en sus buenos tiempos fue una alacena; en la cocina, antaño de carbón, había una inmensa estufa de gas, pero era comunitaria. Su prima, que había aprovechado al máximo y decorado con muy buen gusto el espacio, tenía su habitación con un minúsculo baño en la alacena, y el comedor lo había dividido con un tabique de madera en dos áreas que destinaba una para taller y otra para sala comedor. En la salita tenía dos poltronas desvencijadas pero muy cómodas y un puf de piel de ternero, relleno con bolitas de icopor, en el cual permaneció reclinada todo el tiempo de la charla con su primo, antes y después del almuerzo. Terminado éste, que resultó ser una combinación de platos exóticos de comida Tahitiana que le había enseñado a preparar uno de sus múltiples amantes y que a Polo le pareció exquisita, regresaron a la sala, Policarpo se sentó en la poltrona y Kareth puso en una pequeña mesita entre los dos, una botella de aguardiente y dos copitas que los transportaron al mundo de los recuerdos infantiles y al natural recuento de sus respectivas vidas. La noticia más importante era que su prima había decidido viajar a fines de ese año a Europa para reunirse con su hermano e iniciar una nueva vida en Alemania, en donde estaba segura de que su obra sería valorada...

Muy rápido captó Polo que mientras él se tomaba una copa de aguardiente su prima se tomaba tres, sin que al parecer le hicieran efecto; para sus adentros pensó que quizá Kareth había heredado la tendencia dipsómana de su madre... Como a las seis de la tarde su prima le dijo: *"Polito, me entró la inspiración y quiero hacerte un retrato... Creo que mereces ser immortalizado en uno de mis cuadros, que será talvez el único figurativo de mi obra"*. Ligeramente tambaleante Kareth se levantó del puf, en cuya blanda y moldeable superficie quedó marcada la huella de las redondas nalgas y la espalda de la artista, quien tomada de la mano del medio mareado Polo se encaminó al taller, le ordenó sentarse en un butaco, se puso un delantal manchado con todos los colores, y con paleta y pincel en mano comenzó su obra... Dos horas después dio la última pincelada en lo que era la barba de Polo, metió el pincel en un frasquito con agua, y le mostró el lienzo a su primo. En realidad por aquello de que los barbudos y los calvos, como los negros y los chinos, se parecen todos, podría uno asegurar que el esfuerzo por retratar a su primo tuvo resultados satisfactorios.

Con la disculpa de que en dos horas no habían tomado nada y de que la culminación de la obra merecía una celebración, Kareth trajo una botella de brandy barato, sirvió dos copas generosas y brindó por la buena fortuna de su primo en Colombia. Polo, que escasamente humedeció los labios con el brandy, observó horrorizado cómo Kareth, después de apurar de un trago su copa y servirse otra, volvió a coger la paleta y el pincel y empezó a lanzar pinceladas de todos los colores y en todas las direcciones hasta conformar sobre la tela un verdadero galimatías de manchas, que observó por un buen rato totalmente concentrada y sin modular palabra, hasta que como enloquecida empezó a embadurnar sus dedos con óleos de todos los colores, para hacer sobre las líneas originales un nuevo enredo de trazos gruesos y brillantes hasta que estuvo satisfecha. El pobre Polo, que no sabía cómo actuar ni qué camino coger, optó por esperar, no recuerda cuánto tiempo, hasta que su prima le mostró el producto de su frenesí y le dijo con la voz alterada por la excitación y el alcohol: *“Este cuadro es mi interpretación del Caos. Te lo regalo primo pero hay que dejarlo secar por lo menos dos meses... Tu retrato y ese cuadro los vamos a dejar en mi estudio hasta que sequen, después los voy a enmarcar y, te acordarás de mí, primo, que cuando yo sea famosa esos cuadros se cotizarán muy bien. Créeme”*.

Después de beber dos tazas de café negro y de haber obligado a su prima a tomarse otras tantas que le aplacaron la borrachera, Polo esperó hasta dejarla profundamente dormida en el puf, cubierta por una gruesa manta, y regresó pasada la media noche al apartamento de sus padres. Allí se encontró con la gratísima sorpresa de que sus tías, Fausta y Rosalía, habían llegado esa tarde de Medellín con el exclusivo propósito de volver a ver al “seráfico” (como detenidas en el tiempo sus otrora tías monjas, siguieron refiriéndose a Polo con el celestial apelativo que le habían endilgado en su infancia) y a su familia. Las tías habían llegado por obra y gracia de San Miguel Arcángel, verdadero conductor de otro Renault, de color azul celeste, que la tía Rosalía había heredado de su hermana Flora y que aún después del tiempo que llevaba en su poder no atinaba a manejar correctamente. Incuestionablemente se trataba de otra amenaza rodante. No es necesario describir el aspecto físico de las dos tías, pues Leoncito las señaló en una Biblia que incluía fotografías a color de los últimos Papas; el niño descubrió que la tía Fausta era igualita a su Santidad Paulo VI, en tanto que la tía Rosalía era una reproducción de la rechoncha figura y las facciones de su Santidad Juan XXIII.

La tía Rosalía aprovechó el tiempo que pasó en Bogotá, algo más de un mes, para transmitir a su sobrino todas las enseñanzas que había recibido en la Sociedad Teosófica y en las llamadas Escuelas de Misterios que había recorrido en compañía de su hermana en la búsqueda febril de un nuevo sendero espiritual, diferente al transitado en su vida conventual, y que ambas habían iniciado desde su retiro, casi simultáneo, de sus respectivas comunidades. Polo y Rosalía recorrieron juntos las librerías esotéricas de la capital y la tía fue comprando para su sobrino una verdadera biblioteca sobre temas esotéricos y metafísicos que condujeron a Policarpo a descubrir un camino espiritual basado en el principio de que *“el único pecado que existe es la falta de amor”*, y al convencimiento de que la humanidad estaba entrando en una Nueva Era en la que iban a reinar el amor, la paz, la belleza, la armonía y la opulencia. Sin abandonar sus convicciones católicas, logró una mayor claridad respecto al propósito de su vida y se despertó en él una sed de conocimientos que gradualmente fue adquiriendo a través de la lectura y cuya práctica le permitió conquistar una cierta paz interior y aquilatar la bondad de sus sentimientos. Llegó entonces al convencimiento de que todos los seres humanos deben cumplir una misión en este mundo y de que para ello el Padre Creador les ha dotado de ciertos dones que deben poner al servicio de la humanidad. Un inventario honesto de sus aptitudes y su experiencia, especialmente la relacionada con la academia, le llevó a pensar que el Creador le había dotado de una particular habilidad para transmitir sus conocimientos a otros y que ésta era la forma en que él podría aportar algo concreto para el bienestar de sus congéneres. Creyó entonces haber encontrado en el desarrollo de la pequeña empresa y en sus propios conocimientos sobre el tema, el medio para hacer algo que justificara su razón de existir.

Por ello, soñador como siempre y bastante influido por su experiencia en Centroamérica, decidió crear su propia organización que denominó “CENTRO DE ENTRENAMIENTO EMPRESARIAL, L. De Guevara & Cia. Ltda.” (Por las mismas razones que tuvieron su padre y Poncho años atrás, evitó el uso completo de su apellido). Con un elaborado discurso sobre las necesidades de capacitación en el sector de la PYME, convenció a Egidio y a su hermano Bartolo para que fuesen sus socios en esta empresa que según sus propias palabras y en tono un tanto mesiánico veía como: *“...un apoyo determinante para el desarrollo, inicialmente del país y posteriormente del resto de países de América Latina... Pues estaremos dedicados a ‘alfabetizar gerencialmente’ a*

una inmensa masa de propietarios de pequeñas y microempresas que no han tenido la oportunidad de acceder a la educación formal...”.

Tenemos pues, a los tres meses de su regreso a Colombia, a Policarpo convertido en Director General de su propia empresa, a Egidio en Director Financiero y a Bartolo, luciendo su nueva figura más delgada, como Gerente de Ventas. La flamante empresa con un capital social simbólico de cinco millones de pesos, funcionó durante un año (financiando su capital de trabajo en parte con la pensión de Polo y en parte con la tarjeta de crédito de Egidio) como un centro para la formación de “*Extensionistas Gerenciales*”, una especie de capacitadores-consultores preparados para entrenar y dar consultoría a gerentes-propietarios de pequeñas y microempresas, según un modelo desarrollado por la universidad centroamericana y en cuya creación había participado Polo.

Con su equipo de entrenadores, el CEE (sigla que identificaba la empresa de los tres socios) se dedicó con relativo éxito a capacitar empresarios hasta que un buen día (que ahora los hermanos no quisieran recordar) Bartolo, como Gerente de Ventas, consiguió un contacto político con el gobierno para realizar un programa masivo de capacitación y consultoría dirigido a 30.000 empresarios del sector de la PYME... Este contacto creó una expectativa desorbitada en los tres socios, que en menos de tres meses se estrellaron contra la realidad de la corrupción política y experimentaron su primera quiebra financiera.

“Una tarde, mientras mi papá y yo hacíamos malabares para equilibrar las precarias finanzas de la empresa, cuyos gastos a duras penas se cubrían, llegó Bartolo excitado, eufórico y sonriente y nos dijo: ‘Dejen de hacer cuentas par de güevones y pongan atención que su vendedor estrella los va a sacar de pobres con un mega proyecto que estoy negociando con un asesor personal del alcalde, que fue subalterno mío y quedó entusiasmadísimo con lo que podemos hacer...’ En resumen, teníamos que elaborar una propuesta escrita y entregarla en 48 horas con un plan de capacitación masiva para microempresarios... Desde ese momento comenzamos, como decía el tío Godofredo a ‘revolar en cuadro como culebra en quema’ y en el plazo fijado preparamos una propuesta que, estábamos seguros, lograría revolucionar al sector de la pequeña y microempresa en la capital... Una semana después, Bartolo nos comunicó que, según su contacto, al alcalde le había fascinado la propuesta y que prácticamente estaba aprobada, pero deberíamos estar en capacidad de comenzar a ejecutarla en menos de 60 días. Esa presión de tiempo, unida a nuestro deseo de tener éxito y a la opinión del asesor que nos

garantizaba '99.9% de probabilidad' de que el proyecto fuese aprobado, nos llevó a iniciar los preparativos en serio... Entonces, llevados por el entusiasmo y la certeza de que en menos de 15 días firmaríamos contrato, empezamos a invertir en preparación de materiales didácticos y compra de equipo por valor de 20 millones de pesos (cuatro veces el capital social que no teníamos), suma que ante la imposibilidad de gestionar un préstamo bancario, pues no teníamos ninguna garantía real, llevó a mi papá a buscar la plata prestada con un comerciante que había conocido en sus épocas de la sociedad con Poncho. En otras palabras, cometimos la estupidez de 'ensillar antes de traer las bestias'. Para no alargar el cuento, te diré mi querido Leo que una mañana, y por sugerencia del asesor, nos reunimos en un elegantísimo hotel de Bogotá con el susodicho personaje, en un desayuno de trabajo que, según Bartolo, tenía como propósito ultimar detalles presupuestales antes de la firma del contrato... El desayuno, que comenzó muy bien, se me atoró en la garganta cuando descubrí que el asesor pretendía que rehiciéramos la propuesta económica que originalmente representaba 400 millones de pesos... Este ladrón de cuello blanco pretendía que la aumentáramos a 600 millones, cosa que al principio me pareció maravillosa, pues ingenuamente creí que en vez de 30.000 empresarios lo que querían capacitar era 45.000; pero la sonrisa burlona del personaje en cuestión y su descarado comentario no dejaron duda de que, cual piraña con hipo, lo que este miserable pretendía era dar una gran mordida: 'Mi estimado Policarpo, usted no me ha entendido, lo que pasa es que por el monto de la propuesta tenemos que distribuir 50 millones entre un grupo de concejales para que aprueben el proyecto; 50 millones tenemos que darle al tesorero para que agilice los desembolsos... y por supuesto, que yo aspiro a mi partecita que vale 100 millones...' Siempre he sido un hombre pacífico y calmado pero reconozco que en ese momento la ira me cegó y estuve a punto de clavarle la mano a ese hampón... Me controlé para no hacerlo, me paré bruscamente de la mesa y le grite en la cara: 'No se equivoque con mi apellido, que aquí el verdadero ladrón es usted; ahora sí entiendo porqué este país está jodido...'".

La forma abrupta en que las ilusiones y las expectativas de los tres socios se hicieron añicos, trajo graves consecuencias: una recaída severa de Policarpo, a quien se le reactivó por segunda vez la "psicosis tardía de guerra" y tuvo que ser hospitalizado; Egidio sufrió un infarto que lo tuvo al borde de la muerte; y de feria estaba la urgente necesidad de cubrir los 20 millones de pesos de la deuda con el amigo comerciante.

Policarpo, totalmente fuera de sí regresó a la oficina embargado por una ira aún más grande que la desatada en Centroamérica cuando tuvo su primera crisis. Al contarle a Egidio lo sucedido, éste palideció y sólo alcanzó a decir: *“¡Dios mío, nos jodimos!”*; se llevó la mano al pecho, hizo una mueca de dolor y se derrumbó en una silla. Inmediatamente Polo y Bartolo llevaron a su padre al Hospital Militar en donde quedó recluido en cuidados intensivos. Esa noche Bartolo y Edelmira se quedaron en el hospital y Polo regresó a la oficina, abrió los archivadores y empezó a arrojar por la ventana, uno a uno, todos los materiales didácticos que habían preparado para el proyecto. Regresó al apartamento que desde hacía seis meses había alquilado en un conjunto residencial construido por la Caja de Vivienda Militar y que un Coronel compañero de Bartolo le había alquilado a muy buen precio. Allí, con la mirada perdida y ante la sorpresa y el temor de Luz Angélica, sacó de un baúl un viejo uniforme de combate que había usado en Saigón, unas botas de paracaidista y con la tensa pero maquinal actitud que tienen los soldados antes de entrar en combate se lo puso, se anudó un pañuelo camuflado como una banda alrededor de su calva, y salió del apartamento, para iniciar un rítmico y enérgico trote dando vueltas alrededor del conjunto residencial, al tiempo que gritaba las mismas frases en inglés que entonaba el Sargento encargado de su pelotón en los lejanos días de entrenamiento en Fort Bragg. Por fortuna, un compañero de Bartolo, alertado por los vigilantes sobre el extraño comportamiento de Policarpo, llamó a la policía, que acudió en una furgoneta de puertas laterales corredizas, y estacionó frente al conjunto; entonces el Coronel, uniéndose a Policarpo en el trote, le dijo al oído: *“El helicóptero está listo para despegar, combatiente, vamos”*. Nuestro amigo detuvo su marcha, respiró profundo y subió sin chistar a la furgoneta, que inició una veloz marcha hacia el pabellón siquiátrico en el sótano del Hospital Militar en donde Bartolo, advertido por Luz Angélica, esperaba a su hermano. ¿Qué pasó después?...

“Por un milagro del Santo Putas mi papá ya estaba fuera de peligro cuando me localizó Luz Angélica en el hospital, e inmediatamente me puse en contacto con “el loco” Pulido, un Coronel médico a quien todos le decíamos así pues era el Director del Departamento de Psiquiatría y había sido alumno mío en su curso para ascenso. Siguiendo sus instrucciones, cuando llegaron con mi hermano, que saltó de la furgoneta como si en realidad hubiera saltado de un helicóptero para empezar a correr a buscar un supuesto refugio tras una jardinera, lo llamé indicándole que ya había cesado el combate, que yo estaba al mando y que lo esperábamos para una reunión en el puesto de mando. Resultó patético el salto que dio Polo para saludarme militarmente y con voz estentórea

contestar: '¡Yes, Sir!', para después seguirme muy erguido hasta una sala en donde le esperaban un siquiatra designado por el loco Pulido y dos musculosos enfermeros. Con el cuento de que necesitaba un chaleco antibalas lo inmovilizaron, sin que opusiese resistencia, con una puñetera camisa de fuerza, le aplicaron una puta inyección que lo adormeció, y lo acostaron en una camilla. Lo que nadie tuvo los cojones de decirme, es que el loco Pulido había advertido a su subalterno que mi hermano era potencialmente peligroso, porque había combatido en Vietnam. Por esa época estaba muy fresca en la memoria de todo el mundo la famosa masacre de Pozzeto, el restaurante capitalino en donde un soldado psicópata que había estado en Vietnam había disparado contra los clientes causando muchas muertes. Por eso extremaron las medidas de seguridad y le pusieron un soldado armado con un fusil G3, para vigilarlo permanentemente frente a su camilla... Como a las diez de la mañana, después de haber descansado un rato en la habitación a la cual habían trasladado a mi papá, bajé al sótano para ver a mi hermano y me encontré con un espectáculo que revivió en mi mente una soberana cagada infantil... al pobre Polo, desnudo de la cintura para abajo y todavía con la camisa de fuerza atando sus brazos, una enfermera lo estaba lavando con una manguera, pues a pesar de que le había suplicado al centinela que lo llevara al baño, no tuvo más opción que cagarse en los pantalones camuflados".

Por recomendación médica, tanto del loco Pulido como del cardiólogo, se decidió el traslado de la familia de Bogotá a un pueblito sabanero que proporcionaría un ambiente apacible y tranquilo para la alterada mente de Polo y para el débil corazón de Egidio, lejos de la atafagada vida capitalina. A fin de cubrir la deuda no hubo más opción que buscar un crédito bancario; para el efecto, Egidio decidió afiliarse a una cooperativa de ahorro y crédito que prestaba, a un relativo bajo interés, tres veces el valor de los aportes. Los aportes por valor de 6 millones de pesos se hicieron con el producto de la venta de la amenaza mostaza y del automóvil de Bartolo, que se fue con ellos, pues en el pueblo era más fácil la vida sin carro. Obviamente, el CEE cerró sus puertas por primera vez y se inició una nueva etapa en la vida de nuestros personajes.

Egidio y Edelmira se instalaron en una pequeña casa campestre que en una operación de mano a mano cambiaron por el apartamento, única propiedad de la pareja en Bogotá; Polo, su mujer y su hijo alquilaron un modesto apartamento en el pueblo; y Bartolo se acomodó en el primer piso que le arrendó una viuda, a pocas cuabras del

apartamento de su hermano; como era de esperarse, dos meses después la viuda se había convertido en amante del inquieto Bartolo.

Transcurridos tres años, cuando se pagó la última cuota del préstamo y Bartolo, gracias a los cuidados de la viuda, había recuperado veinte kilos y la figura que tenía antes de su retiro del Ejército, el gerente de la cooperativa convenció a Egidio de que hiciera un nuevo préstamo para ampliación de vivienda. La idea del viejo era convertir su pequeña casa en una casona de abuelos en la que pretendía revivir el ambiente familiar de su niñez en Yarumal. El proyecto entusiasmó a los dos hermanos, que de paso sirvieron como fiadores del préstamo... Seis meses después, la ampliación estuvo terminada y Egidio bautizó la propiedad, en homenaje a su esposa, como "Villa Edelmira". Lejos estaban los dos hermanos de imaginar que ese préstamo sería la causa de sus complicaciones financieras... Pero mejor regresemos a lo que fue la vida de Polo y Bartolo como inmigrantes en el pueblo sabanero.

Bartolo, que como dijimos había sido muy activo en las funciones de catre haciendo gala de una promiscuidad que lo llevó a engendrar seis hijas con cinco madres diferentes, se volvió, tal vez por los aires tranquilos del pueblo, completamente monogámico, sin que esto significara el abandono de sus responsabilidades como padre ni de la amistad con las antiguas integrantes de su harem. La beneficiaria de sus ardores preclimáticos fue Rocío, la viuda que le arrendó el apartamento y le proporcionó, a una edad en que la mayoría de los hombres son abuelos o se aprestan para serlo, la satisfacción de ser padre de tres muchachitos en menos de tres años; con lo cual su vida cambió y sus gastos, como padre responsable que siempre fue y sigue siendo, aumentaron exageradamente. Rocío, cuyo catolicismo y fertilidad eran comparables a los de la abuela Chana, se negaba enfáticamente al uso de anticonceptivos y siguiendo las instrucciones de la iglesia se atenía al método del ritmo... El problema, según el propio Bartolo era que *"Yo soy incapaz de coger el ritmo bailando y mucho menos tirando"*. Los tres hijos varones del Coronel, por sugerencia de Polo que los apadrinó, y con anuencia de la madre, fueron bautizados, al mejor estilo de sus antepasados, con nombres estrafalarios obtenidos en las listas del Santoral; por fortuna para las víctimas, la abuela Edelmira propuso nombres compuestos que atenuaron, en cierta forma, el castigo vitalicio. Finalmente, los tres indefensos muchachitos quedaron registrados como José Exuperio, Luis Gualberto y Raúl Osmundo Ladrón de Guevara Ariza.

Durante el primer año de su vida en el pueblo, Polo se dedicó a preparar un libro totalmente gráfico y muy didáctico para transmitir las principales técnicas gerenciales a pequeños empresarios; a consolidar una curiosa red de amigos entre los carniceros de la localidad, el propietario de una pequeña tienda de abastecimientos, y las dueñas de algunos pequeños negocios como un salón de belleza, tres boutiques que distribuían ropa de contrabando o de confección nacional, regalos para toda ocasión y bisutería de diversa índole; y a convertir su casa en una especie de consultorio en el cual, sin cobrar un sólo peso, comenzó dando clases de inglés a los hijos de sus amigos, ayudando a los estudiantes del Colegio Departamental a elaborar sus trabajos, y a atender todo tipo de consultas como una especie de médico del alma que ayudaba a resolver problemas sentimentales, líos conyugales, disputas familiares y todo tipo de problemas humanos que se exacerban en el contexto de un pueblo pequeño. Haciendo gala de una gran capacidad para escuchar a los demás y dar consejos sensatos a quienes acudían a visitarle, en poco tiempo se creó en torno a la alargada figura de Polo un halo de patriarca bondadoso, generoso y sabio. Nuestro personaje, que como indicamos al comienzo de este relato, había emprendido el camino espiritual, se limitaba a responder a los elogios diciendo: *“Todo lo que pretendo es comportarme como un ser amoroso”*; y cuando alguien elogiaba su ya proverbial y reconocida generosidad para repartir limosnas, comprar boletas en cuanta rifa se organizaba para recaudar fondos destinados a todo tipo de causas, o regalar mercados a familias necesitadas, con una sonrisa repetía una frase que le escuchó a su tía Rosalía: *“Cuando uno se muere deja todo lo que tiene y se lleva todo lo que dio”*.

La red de amigos de Polo en el pueblo incluía, como los más cercanos, a “Borolas”, un pintoresco y simpático personaje que tenía una corpulenta figura, una cigarrería muy bien surtida, y un taxi; a “Chirrinche” un carnicero alegre, dicharachero, delgado, como Polo aunque un tanto más bajito, pero tan amoroso y servicial como él; a Elsita, una diminuta mujer de grandes y oscuros ojos con una *“pechonalidad”* por entre cuyo escote se escurría curiosa la mirada de Bartolo cada vez que la tenía a su alcance, y mantenía la boutique mejor surtida del pueblo, en donde toda la familia compraba su ropa y los regalos de ocasión y de quien decía en tono burlón Bartolo: *“En este pueblo a mí me viste Elsita... y me desviste la que se atreva”*; a María Paulina, una acuerpada y exuberante rubia cuyo bien torneado cuerpo se sostenía en dos maravillosas piernas de antología cinematográfica, principal atractivo de su salón de belleza unisex (obviamente, las piernas

de la estilista mantenían equilibrada a la clientela entre los dos sexos); y a Doña Emilce, una cuarentona madre de tres hijos que administraba una farmacia en el primer piso del edificio que había alquilado Policarpo como residencia y se convirtió en su comadre tras un año de su llegada, durante el cual él le había ayudado a Onofre, el segundo hijo de doña Emilce, a recuperar siete materias que llevaba perdidas en el colegio, nombrándolo padrino de confirmación del muchacho. En los cuatro establecimientos, que representaban un elevado porcentaje de la actividad económica del pueblito, Polo gozaba de amplio crédito que pagaba puntualmente el día que recibía y cambiaba su cheque en dólares. Al respecto, Bartolo comentaba: *“Cuando el cheque de mi hermano se atrasa, se tambalea la economía pueblerina”*.

Recién llegado al pueblo, Polo se dedicó a recorrer las tiendas en las cuales solían reunirse los ancianos patriarcas de la localidad, en amenas tertulias, en torno a una mesa de cerveza o aguardiente; en una ocasión formaba parte del grupo Sergio, el sepulturero, que terminó convirtiéndose en uno más de los curiosos amigos de nuestro personaje; amistad que se consolidó el día en que viajaron juntos en el mismo bus hasta Zipaquirá, en donde después de hacer sus respectivas diligencias, regresaron al pueblo y se tomaron unos aguardientes en el bar El Trébol. En esa época, Polo solía usar una gorra marinera y Sergio estrenaba el sombrero Barbicio que acababa de comprar en Zipaquirá; en medio de los tragos llegaron al acuerdo de que quien muriese primero heredaría el cubrecabeza del otro; gracias a su amistad con el sepulturero, éste ayudó a resolver un problema que de otra forma no hubiese sabido cómo sortear Policarpo el día en que se enterraron, cuatro meses después, las cenizas de Egidio, su padre.

En enero del año 1996 sucedieron tres cosas: Polo se ganó un lote de 400 metros cuadrados, en una rifa organizada por la parroquia durante un bazar, el cual según le dijeron estaba valorado comercialmente en doce millones de pesos y correspondía a una donación de una vieja beata por la que recibió indulgencia plenaria del agradecido párroco; como propietario de finca raíz Polo se vio de la noche a la mañana convertido en fiador potencial para cualquier préstamo. A Egidio le sobrevino un segundo infarto y fue necesario efectuarle una operación a corazón abierto, de la cual salió con un grave daño cerebral, con el cual vivió hasta octubre de ese año. Bartolo, acosado por las exigencias alimenticias y educativas de su dispersa prole, se vio obligado a vender un apartamento en el norte de Bogotá que le había sido otorgado por la Caja de Vivienda Militar. Estos

tres hechos resultaron curiosamente entreverados, pues en la cooperativa el gerente les informó que el préstamo estaba asegurado, la póliza cubría a Egidio, y por tanto no era necesario que siguiesen pagando las cuotas mensuales; en reunión con el gerente, Bartolo informó que había tenido que vender su apartamento, pero Polo ofreció el lote que se había ganado como garantía de la deuda con la cual habían efectuado la ampliación de la casa paterna. Según las normas de la cooperativa todo préstamo requería dos fiadores con buenos ingresos y uno de ellos por lo menos con finca raíz... *“Claro que esto es un arreglo provisional mientras el seguro acepta la reclamación* – les dijo el gerente de la cooperativa – *pues obviamente don Egidio, al estar incapacitado para generar ingresos, queda cubierto por la póliza”*. Lo que no les dijo el gerente, era que había cometido un error al ordenar la suspensión de los pagos, pues en la letra menuda de la póliza se especificaba que el seguro no cubría a Egidio por cuanto al momento de ingresar a la cooperativa había sobrepasado la edad límite de 70 años.

Egidio salió de la clínica y regresó a Villa Edelmira, en un aparente buen estado físico pero con sus facultades mentales bastante disminuidas, hasta el punto de que confundía a Edelmira con su nuera Luz Angélica y se dirigía a sus hijos con los nombres de sus hermanos ya fallecidos; el 12 de octubre de ese año murió tranquilamente en su lecho sin percatarse de que en diez meses la deuda impagada ascendía, con los correspondientes intereses por mora, a doce millones de pesos; lo peor del caso era que sus hijos tampoco sabían la magnitud de su desfase financiero, pues creían que la póliza del seguro había cubierto la totalidad de la deuda; es más, daban gracias a Dios de que hubiese existido el seguro pues la situación económica de ambos fiadores era cada vez más apretada; pero la realidad les fue notificada por escrito en una escueta y fría carta que firmaba el gerente de un banco que había adquirido la cooperativa que al parecer estaba al punto de la quiebra, quien les citó a su despacho pocos días después del entierro de su padre.

A propósito del entierro, Egidio, antes de ser operado, le había pedido a su hijo mayor que, en caso de muerte, sus exequias se efectuasen en Bogotá con una misa de cuerpo presente, que sus restos fuesen cremados y sus cenizas depositadas en un osario en el cementerio del pueblo. El primer tropiezo que tuvo Polo para cumplir la última voluntad de su padre fue con el párroco del pueblo, un curita decimonónico y retrógrado bastante reacio a que se hiciese un entierro *“sin precedentes en el pueblo y que puede*

afectar a los buenos parroquianos que creen que la práctica de cremación es pecaminosa y contraria a la voluntad del Señor"; media hora de argumentación y cuatrocientos mil pesos de limosna, obsequiados por la tía Rosalía, terminaron por vencer la resistencia del anticuado sacerdote que finalmente accedió, a regañadientes, a oficiar una misa y a bendecir el osario. *"Sobre el pedestal de la ignorancia se yergue, altiva, la estatua del atrevimiento"*, fue la frase lapidaria que pronunció Polo, con ira contenida, al salir de la casa cural.

El segundo tropiezo se presentó cuando los dos hermanos se encontraron en uno de los cementerios del norte de Bogotá con su hermana Isabel, quien había quedado encargada de reclamar las cenizas a las dos de la tarde para llevarlas en compañía de sus hermanos hasta el pueblo pero, para sorpresa de Polo y Bartolo, Isabel desesperada frente a la gerencia del cementerio les indicó que a su papá no lo habían cremado todavía, pues hacía falta un trámite burocrático que ella acababa de realizar pero no alcanzaban a entregarle las cenizas sino hasta el día siguiente, lo cual implicaba posponer la ceremonia 24 horas... *"¡Imposible!* - exclamaron al unísono los dos hermanos -, *la ceremonia no se puede posponer, el pueblo entero está pendiente de este entierro y nada raro que el curita se nos eche para atrás*". Fue entonces cuando Polo encontró una solución: conseguir que el gerente del cementerio les prestase la urna vacía, efectuar la ceremonia con la sola presencia espiritual de Egidio y buscar apoyo en su amigo Sergio para que al día siguiente abriese nuevamente el osario y les permitiese depositar finalmente las cenizas de su padre en el lugar que éste había escogido. El cortejo con la urna, tan vacía como los bolsillos de los hijos del fallecido Egidio, fue desde la iglesia del pueblo hasta el cementerio local ante la mirada, entre curiosa y espantada, de los vecinos que se santiguaban, más por miedo que por respeto, ante el paso de *"un entierro sin muerto"*, como dijo el bobo del pueblo, cuando vio pasar la procesión, que marcaba el fin de la vida de un hombre bueno y el comienzo del calvario para sus endeudados hijos.

SEIS

El reencuentro entre Policarpo y Colitas no fue en el pueblo, al cual éste último había llegado a finales de 1995, sino en la cafetería de la clínica en donde habían operado a Egidio. Como todos los encuentros entre amigos que llevan muchos años sin verse, los primeros treinta minutos de conversación sirvieron para hacerse un recuento atropellado de lo que habían sido sus vidas en los últimos 25 años. En lo que respecta a Colitas, éste había permanecido en el ejército gringo cinco años, se había retirado en Europa y había estudiado ingeniería de sistemas en una universidad de la antigua Alemania Occidental; se había convertido en un verdadero virtuoso de las computadoras y había desarrollado una metodología para transmitir sus conocimientos en forma didáctica y muy eficiente; de eso había vivido los últimos quince años y tenía planes de montar una academia en el pueblo sabanero; diez años antes se había casado con Rubiela, una profesora de español que había conocido en Alemania y con la cual formaba una pareja un tanto dispareja, pues ella era veinte años más joven y veinte centímetros más alta que él... La disparidad que años atrás caracterizaba a los dos amigos, la había perpetuado Colitas con su joven consorte, que era flaca y discretamente bonita; en ese momento, Rubiela estaba embarazada y feliz pues el obstetra les acababa de confirmar, en la misma clínica, que por fin después de cuatro hijos varones, la criatura que venía en camino era una niña.

Cuando Polo le contó a Colitas que la semana anterior le habían entregado la escritura del lote que se había ganado en la rifa, a la esposa de su antiguo camarada se le iluminó el rostro e intervino por primera vez en la conversación de los dos amigos para decir: "*Créeme Salcedo* (Rubiela siempre le dijo a su diminuto marido Salcedo, a secas, sin ninguna entonación y con un leve dejo de autoridad que daba a entender claramente que en ese matrimonio Salcedo era la cabeza, pero ella era la nuca y en consecuencia todo se hacía según sus designios), *que nada en la vida es casual... Apenas ayer te quejabas de que no tenías amigos en Colombia y de que te iba a quedar muy difícil conseguir un fiador con finca raíz que hiciera pareja con tu tío, para gestionar el préstamo que necesitamos y poder montar la academia; yo creo que tu amigo Policarpo, que por lo que veo te aprecia mucho y te conoce muy bien, no tendría ningún inconveniente en hacerte ese favor*" – dijo Rubiela rubricando sus palabras con una comprometedora

sonrisa y formulando una pregunta aún más comprometedora -: “¿verdad que no tienes inconveniente en servir de fiador para tu amigo Salcedo?”... “Por supuesto que no, si al fin de cuentas a Gustavo le debo mi vida desde la guerra de Vietnam y ésta es la oportunidad para devolverle el favor”, se apresuró a responder sinceramente Polo, mientras pensaba para sus adentros que con el lote había adquirido un nuevo estatus como respetable “fiador con finca raíz”, que le permitiría ayudar a sus amigos, como le había ayudado, quince días antes, a su comadre Emilce a quien le había respaldado un préstamo en la Cooperativa Flor del Campo por ocho millones de pesos para surtir la farmacia. Así pues, en menos de un mes Policarpo sembró, con la mejor intención y sin darse cuenta, la semilla de sus desgracias futuras.

Durante los meses que precedieron la muerte de Egidio, la situación financiera de los dos hermanos parecía razonablemente estabilizada debido al hecho de que, como indicamos, el gerente de la cooperativa les había sugerido que suspendiesen los pagos de las cuotas, que hasta esa fecha habían significado una sangría en la precaria economía de nuestros personajes. Era una calma tensa, como la que precede las tormentas. Muerto Egidio, hicieron la reclamación al seguro del que estaban convencidos cubriría el total de la deuda, a pesar de que todavía no habían recibido respuesta del reclamo que habían hecho cuando su padre enfermó. La demora en responderles la primera solicitud, se debió a que la cooperativa entró en graves problemas financieros y se inició su adquisición por parte de un banco con capital extranjero, con lo cual del concepto de economía solidaria se pasó a la fría, cruel y despiadada concepción de banca privada.

En una operación sin precedentes, el banco no aportó dinero para la compra sino que se capitalizó con la mitad de los aportes del más de medio millón de afiliados a la cooperativa, que de la noche a la mañana vieron reducido significativamente el capital que habían aportado como base para sus préstamos; así, por ejemplo Egidio, Polo y Bartolo que con grandes esfuerzos habían reunido doce millones de pesos para que les prestaran los treinta y seis millones que requería la ampliación de la casa paterna, vieron sus aportes reducidos a seis millones; lo que se alegó en esa oportunidad era que los afiliados deberían asumir solidariamente las pérdidas de la cooperativa. La tormenta se desencadenó el día en que Polo y Bartolo recibieron la carta del nuevo banco, y arreció el día en que Polo, ataviado con el “traje del sobregiro” (léase saco y corbata), que se puso por sugerencia de Bartolo que no pudo acompañarlo, se entrevistó con el gerente.

El “Doctor” Benigno Guacaneme, gerente de la sucursal del banco en el pueblo, que llevaba una semana operando en las antiguas instalaciones de la cooperativa, era un orangután de pelo hirsuto, traje marrón, horrenda corbata de colorines, mirada aviesa, mal aliento y sonrisa maligna que contradecía su nombre. Obviamente, no era doctor y el puesto que ocupaba se lo había ganado como eficientísimo cobrador en un escuadrón de “chepitos”, esa perversa organización que se había convertido, en los años 80, en el terror de los pobres deudores morosos, a quienes seguían, ataviados de negro con gabán, maletín de cuero y bombín, para ejercer sobre ellos una presión psicológica irresistible al ponerlos en evidencia, como deudores, ante sus vecinos y conocidos, y que para alivio de muchos había sido declarada ilegal por su carácter atentatorio contra la dignidad humana.

El orangután, fingiendo estar atareadísimo, ni siquiera levantó la vista cuando Polo entró a su oficina, a la cual le hizo pasar una fea secretaria que conocía como antigua empleada de la cooperativa, quien por primera vez pronunció su apellido con ese tonito despectivo que atormentaría a Polo en los años subsiguientes cuando le dijo: “*Siga señor **Ladrón de Guevara**, el gerente lo espera*”... Por lo menos dos minutos esperó nuestro amigo, hasta que el simiesco personaje levantó la mirada del arrume de papeles y con un gesto le indicó sentarse para comenzar sin ningún preámbulo: “*Lamento comunicarle que su obligación con el banco, que como sabrá adquirió la cooperativa de la cual usted forma parte, incluida su cartera, de la cual usted es cliente moroso, se encuentra con un inexplicable atraso de diez meses, que en otras circunstancias hubiese sido más que suficiente para iniciar una acción jurídica*”...

De nada valió que Polo explicara que había dejado de pagar por sugerencia del antiguo gerente de la cooperativa, pues estaba convencido de que el seguro cubriría la deuda; lo cierto era que en ese momento no estaba en condiciones de ponerse al día, pero como persona honorable que era, solicitaba un plazo de tres meses para liquidar una deuda cuyo monto, incluyendo intereses moratorios y honorarios legales, llegaba a los diez y seis millones de pesos... En ese plazo, Polo estaba convencido de que podría vender el lote que se había ganado y con el producto de la venta pagarle al banco.

Tras ojear la escritura del lote y pedir que le sacasen una fotocopia, Guacaneme adoptó un aire falso de magnanimidad, ordenó a la secretaria que archivase la escritura en el expediente de Polo y le dijo: “*Acepto su propuesta y le concedo tres meses a partir*

de hoy, pero le anticipo que si en ese periodo no cubre su obligación, tendríamos que iniciar un proceso legal o renegociar la deuda, para el efecto deberá conseguir un nuevo fiador con finca raíz, pues su hermano y usted, no son sujetos de crédito para el banco, que no puede cometer el error que cometió la cooperativa al prestarle plata a sujetos pensionados en un país en el que las pensiones son inembargables... Esto se lo digo, porque el valor del lote que usted pretende vender es inferior al monto de la deuda... En caso de que renegociemos la deuda el banco aceptaría una hipoteca sobre la propiedad que tenía su difunto padre y en ese caso, su señora madre podría servir como fiadora, es más, sobre esa casa el banco podría prestarle unos quince o veinte millones más". Los ojos del banquero brillaron con la codicia ante la perspectiva de un préstamo con una buena garantía...

Cuando los hermanos suspendieron los pagos, la deuda se había pagado puntualmente en una tercera parte; pero en los diez meses que duró la enfermedad de Egidio el montó en mora, incluidos los intereses, ascendía a dieciseis millones y medio de pesos. Presionado por la necesidad de vender el lote, Polo se vio obligado a aceptar diez millones de pesos que le ofreció en efectivo uno de los carniceros del pueblo; faltaban pues seis millones y medio de pesos para ponerse al día con el banco en el plazo acordado con el orangután. Fue entonces, cuando Bartolo encontró una solución, consiguiendo el dinero restante a través de un préstamo en una "Cooperativa" que prestaba plata a pensionados, mediante libranza y a un usurero interés del seis por ciento, pero con la ventaja de que entregaban el dinero en veinticuatro horas y no se exigía fiador. A este sistema, del cual formaban parte más de treinta "cooperativas", que en realidad eran de dos o tres dueños y funcionaban ante la ley presentando como afiliados a sus deudores, a quienes les descontaban regularmente en cuotas fijas de sus mesadas pensionales, lo llamó Bartolo "*la Banca Lombarda*", en alusión a los astutos usureros que financiaban a la nobleza europea en el siglo XIV. Respecto al sistema de los Lombardos, Bartolo solía decir: "*Son unos hijueputas... pero son nuestros hijueputas; y además no te piden fiador y te entregan la plata contante y sonante, Bolívar detrás de Santander, en menos de dos días*".

Un lunes, mientras contaba uno a uno los billetes que entregaría al medio día en el banco, Polo recibió una llamada angustiosa de su hermana Isabel quien le contó que durante el fin de semana, la guerrilla había invadido la pequeña finca que ella y su esposo

tenían en Villeta y había secuestrado a Eulalia, una sobrina de su marido, que les acompañaba para pasar un fin de semana de descanso que se les transformó en una pesadilla. En resumen, el viernes en la noche treinta guerrilleros les habían sorprendido mientras jugaban naipes apaciblemente, les habían atado y después de convencerse de que Abelardo no era el millonario industrial, propietario de la finca vecina, que intentaban secuestrar y de verificar que éste se encontraba fuera del país, decidieron no perder el viaje y llevarse a la muchacha por cuyo rescate exigieron cincuenta millones de pesos, que deberían entregar en el plazo de una semana. Abelardo estaba tratando de gestionar un préstamo bancario para cubrir el rescate pero le acababan de decir que el banco sólo podía prestarle treinta millones y necesitaba conseguir el resto como fuera. Sin dudarlo un instante, Polo ofreció los dieciseis millones y medio que tenía para cubrir la deuda en el banco y un reloj de oro por el cual podría obtenerse entre ochocientos mil y un millón de pesos. Finalmente, Isabel vendió algunas joyas, Edelmira aportó una pulsera y en el transcurso de la semana se pagó el rescate y la sobrina de Abelardo fue liberada físicamente sana y salva. Por supuesto, los verdaderos damnificados del golpe guerrillero fueron Polo y Bartolo que no tuvieron más opción que renegociar la deuda, y suscribir una hipoteca sobre la propiedad familiar, con lo cual la viuda Edelmira quedó embarcada en el compromiso bancario.

Renegociada la deuda a treinta y seis meses, con la casa hipotecada, con la pensión de Bartolo gravemente afectada por los descuentos de la banca Lombarda y con cuotas ligeramente por encima del millón de pesos mensuales; bien pronto se dieron cuenta los dos hermanos de que sus respectivas pensiones eran insuficientes para cubrir los gastos de sus responsabilidades familiares, aportar la suma que cada uno de los tres hermanos había asignado para la subsistencia de Edelmira y pagar la cuota del préstamo. Se imponía buscar la forma de generar más ingresos. Fue entonces cuando los dos hermanos decidieron reactivar el CEE, para ofrecer programas de capacitación dirigidos a creadores potenciales de microempresas en el sector rural. Diseñaron un seminario de capacitación que utilizaba como instrumento didáctico el libro que había escrito Polo y acordaron operar, desde el apartamento de éste y sin secretaria, para reducir los costos fijos al mínimo. Bartolo diseñó lo que él mismo llamó una “*operación ofensiva de ventas*” mediante el envío de propuestas individualizadas a los alcaldes de los municipios, inicialmente de Cundinamarca y posteriormente de Boyacá.

Quince días después de haber enviado las propuestas, el alcalde de un pueblo sabanero respondió interesado y en menos de un mes lograron vender, por diez millones, un programa para el entrenamiento de cuarenta líderes comunales, con los cuales se organizaron diez microempresas de trabajo asociado bajo los esquemas legales de la economía solidaria. El seminario fue un éxito que estimuló a los dos hermanos, que creyeron ver en ese mercado la solución a sus problemas financieros. Para simplificar, bástenos decir que en el transcurso de los dos siguientes años no lograron vender ni un solo programa más, los diez millones se esfumaron cubriendo gastos, y llegaron a la amarga conclusión de que entre ciento noventa y un alcaldes, que recibieron propuestas similares, sólo uno, el primero, resultó completamente honesto. Refiriéndose al resto, Bartolo expresó: *“Son unos hijueputas que pueden clasificarse en tres grupos: los descarados, que te dicen de frente ‘con los diez millones de pesos que vale su programa me construyo una alcantarilla o un andén que me dan más votos que su capacitación’; los fusiladores, que te atienden muy bien, se muestran muy interesados en el proyecto y los muy cabrones te hacen perder tres o cuatro viajes, hasta que entienden el sentido de la propuesta y entonces contratan por un millón de pesos a cualquier güevón varado que dicte un programa similar y se roban los nueve millones de pesos restantes; y las pirañas, que buscan, como nos sucedió en Bogotá, que inflemos el presupuesto para robar descaradamente. En estos años llegamos a la conclusión de que por las buenas y honradamente es muy difícil negociar con los políticos sin convertirse uno en un corrupto, como ellos. La excepción que confirma la regla fue ese alcalde que creyó en nosotros y nos proporcionó lo que ahora llamo ‘alegrías de caballo capón...’”.*

Para sus desplazamientos a los municipios los hermanos habían utilizado el taxi de Borolas, quien les daba crédito mensual y que a la larga junto con la hija de uno de los carniceros que les sacaba en computador las propuestas, fueron los únicos beneficiarios de la famosa operación ofensiva, sin contar la empresa de telecomunicaciones que facturaba la cuenta telefónica de Polo y del fax que se convirtió en un costo fijo cada vez más difícil de cubrir; hasta el punto de que más de una vez, para poder pagar los costos de transporte y de teléfono, tuvieron que acudir a la Banca Lombarda o a los usureros del pueblo que prestaban al cinco por ciento de interés mensual; sin contar con esporádicos préstamos de la tía Rosalía cuyos fondos tampoco daban para atender las exigencias crediticias del CEE que, como era inevitable, a finales del año 2000 naufragó

definitivamente. Para esa fecha y a los trancazos, por lo menos, se pagó la deuda con el banco y se liberó la hipoteca.

La liberación de la hipoteca dio a los Ladrón de Guevara un respiro que no se prolongaría por mucho tiempo. Por esa época Abelardo, el esposo de Isabel, se pensionó y con el dinero de su cesantía adquirió una pequeña casa en un predio cercano a Villa Edelmira; y en esa forma la viuda, sus tres hijos y sus nietos quedaron viviendo en el mismo municipio. Naturalmente, los nietos más cercanos a Edelmira (la abuela nunca se enteró de la existencia de las cuatro hijas extramatrimoniales de Bartolo nacidas en Bogotá y las dos hijas de Erika vivían en el exterior) eran León, el hijo de Polo y Luz Angélica; José Exuperio, Luis Gualberto y Raúl Osmundo, los hijos de Bartolo y Rocío; y Timoteo y Faustina, los mellizos de Abelardo e Isabel, que al igual que sus primos debían sus nombres a las listas del Bristol.

El día en que León cumplió su mayoría de edad, su padre había logrado reunir, dado que ya no pagaba cuotas para amortizar la deuda con la extinta cooperativa, un millón y medio de pesos, monto con el cual tenía la intención de abrir una cuenta de ahorros a nombre de su hijo, a fin de que éste comenzase a crear una historia bancaria limpia que se diferenciase de la suya, enlodada desde el momento en que apareció por primera vez, junto con su hermano, en el tenebroso listado de morosos de SIS DATA.

Desde la época en que la cooperativa fue absorbida por el banco extranjero, había en el pueblo dos sucursales bancarias: el BANCO NACIONAL, en donde Polo había abierto una cuenta de ahorros desde que sirvió como fiador a su amigo Colitas, cuya obligación era con ésta institución y TETRABANCO, nombre adoptado por la nueva organización que había sustituido el conocido logotipo de los dos arbolitos verdes del cooperativismo por un tetraedro de un horrible color fucsia. Mientras llenaban los formularios para la apertura de la cuenta de ahorros para León, Olga, la amable empleada que les estaba atendiendo, recibió una llamada telefónica interna al término de la cual cambió su expresión y le dijo a Polo: *“Don Policarpo, el subgerente quiere hablar con usted, por favor acompáñeme”...*

Sin muchos rodeos, el subgerente le explicó que su cuenta como codeudor del Señor Gustavo Salcedo se encontraba con una mora de cuatro meses y que en consecuencia urgía que se pusiese al día, pues de lo contrario se haría necesario iniciar un cobro jurídico... ante la tímida pregunta de Polo por cuánto era el monto de la deuda

impagada; el subgerente, oprimiendo una tecla de su computador leyó en pantalla: Dos millones novecientos noventa y ocho mil pesos exactos. Era obvio que el funcionario ya sabía que nuestro personaje disponía de ese dinero, pues acababa de negociar su cheque en dólares por un equivalente de cuatro millones de pesos y pensaba abrir una cuenta de ahorros por un millón y medio a nombre de su hijo. Polo meditó un momento, sabía que a su amigo Colitas le habían hecho un robo significativo en su academia, de donde le habían sustraído varios computadores y otros elementos de oficina y que estaba en serios problemas financieros, pues el antiguo y valeroso soldado ganador de varias condecoraciones se había convertido en un técnico apocado que había delegado la administración de su empresa a su dominante mujer, quien había demostrado muy poco seso y tendencia al despilfarro en su gestión gerencial. Polo se dijo entonces para sus adentros, *“Dios proveerá”*... Miró al subgerente y le dijo: *“No se preocupe, yo asumo la deuda”*. Mientras hacían la transferencia de fondos de su cuenta para cubrir la mora, León le preguntó a su padre en voz baja: *“¿Por qué lo haces?”* y Polo en voz alta para que le oyese el subgerente le respondió: *“Por una sencilla razón, ¡los amigos tienen corazón, los bancos no y Colitas es mi amigo!”*.

El pago de las cuotas atrasadas de su amigo Colitas abrió una tronera en las ya, de por sí, apretadas finanzas de Policarpo. Con esa decisión, no sólo se esfumó el regalo de cumpleaños de su hijo León sino que desapareció el dinero con el cual la familia hacía el mercado mensual y atendía los gastos de la casa; sin embargo, *Dios proveyó* por conducto de Chirrinche, el carnicero, quien diariamente comenzó a proporcionar préstamos en efectivo a su amigo Polo para cubrir los gastos esenciales de la casa, por los cuales no le cobraba ningún interés y se limitaba a renovar su *“línea de crédito”* cuando al final de cada mes Polo recibía su pensión y se ponía al día. Por supuesto, nuestro amigo se sentía incómodo abusando de la bondad de Chirrinche y no paraba de imaginar opciones para que su flujo financiero volviera a la normalidad. Pensó en un crédito a la Banca Lombarda por intermedio de su hermano, pero éste había copado su límite de endeudamiento; intentó empeñar algunas de las pocas joyas de Luz Angélica, que se las ofreció para ayudarlo a resolver el problema, pero era tan poco lo que le daban a cambio y tan alto el riesgo de que las pocas prendas de su esposa se perdieran, que optó por desistir; finalmente, Bartolo tuvo una idea genial, o al menos eso fue lo que les pareció en su momento: vender puerta a puerta mil ejemplares del Curso de Gerencia para Pequeñas Empresas que había producido Polo años atrás y que constituía uno de

los activos del fenecido CEE... Las cuentas eran muy claras, si lograban vender cada libro a 10.000 pesos (el precio con el cual siete años antes el libro se había registrado en la cámara del libro era de 12.000 pesos), teóricamente tendrían la posibilidad de recaudar diez millones de pesos...

Las ventas comenzaron bien, pues en tres días y sin mucho esfuerzo lograron vender treinta libros en el pueblo, visitando la totalidad de las pequeñas empresas comerciales y artesanales de la localidad; pero bien pronto se agotó ese mercado y además, como diría Bartolo posteriormente: *"La gente compraba el libro más por lástima y compasión que porque estuviese realmente interesada"*. El calvario comenzó, cuando intentaron vender el libro en las poblaciones vecinas en donde Polo y Bartolo eran unos perfectos desconocidos... En quince días, en que se transportaban en bus con veinte libros que cargaba cada uno en un maletín, lograron vender siete; es decir obtuvieron setenta mil pesos netos que escasamente alcanzaron para cubrir los gastos de transporte y almuerzo de los vendedores ambulantes, que fueron rechazados con frases como *"¿Quién me garantiza que ese libro no se lo robaron en el IPN?"* (el libro había sido editado como una cortesía del Instituto Politécnico Nacional, que había impreso dos mil ejemplares con el logotipo de la organización, se había quedado con quinientos y le había entregado el resto a Policarpo para su comercialización); o *"aquí no recibimos vendedores ambulantes"*; o simplemente, *"muchas gracias pero no me interesa, yo sé muy bien cómo manejar mi negocio"*. En esos días Polo y Bartolo semejaban, como nunca antes, la triste figura del Quijote y Sancho Panza en sus aventuras más aciagas.

A las pocas semanas de la fracasada venta de libros puerta a puerta, Polo tuvo la idea de donar los libros a una institución que trabajaba con jóvenes reinserados de la guerrilla y pensó que su obra podría ser de alguna utilidad... Lamentablemente, cuando se disponía a hacer el correspondiente inventario, descubrió que la humedad, con la acción combinada de ratas y polillas, había destruido casi la totalidad de los libros que no se habían vendido...No hubo más remedio que formar una pira con los despojos editoriales, en la cual se quemaron para siempre los sueños empresariales y académicos de nuestro desventurado amigo.

La vida siguió su curso en medio de una rutina en la que se pagaban todas la deudas puntualmente y se sostenía la casa de Polo con la generosa *"línea de crédito"* de

Chirrinche. Bartolo, acosado por los gastos que generaban sus hijos, se vio obligado a aceptar un puesto como jefe de operaciones en la empresa de seguridad privada que poseía un antiguo subalterno suyo, en la cual no se sentía muy a gusto, pero que aceptaba como único medio para mantener al día sus apremiantes necesidades. Corría bien avanzado el año 2002, cuando Polo se enteró de que su amigo Colitas había fracasado con su academia y había desaparecido, de la noche a la mañana, con su mujer y sus hijos. De la deuda con el Banco Nacional no se había sabido nada más y Polo suponía que su amigo la había saldado antes de partir. Desconocía que, por segunda vez, su amigo había entrado en mora, que el banco había tratado de comunicarse con Policarpo por conducto de una oficina de cobranzas y que al no encontrarlo, nunca se supo por qué (es muy posible que se haya debido a que el teléfono de Polo estaba cortado por falta de pago y duró así seis meses hasta que con un préstamo de la Banca Lombarda pudo salvar la línea), había iniciado un cobro jurídico...

La gran satisfacción de Polo a fines de ese año, fue la graduación como bachiller de su hijo León cuyo proyecto de grado fue laureado. El proyecto del muchacho consistió en capacitar como creadores de microempresas a veinte jóvenes de escasos recursos para lo cual, valiéndose de la asesoría de su padre, utilizó igual número de libros en buen estado, que se salvaron de la pira. El problema ahora, era cómo financiar los estudios superiores de su inteligente hijo que soñaba con convertirse en economista, ingresando a una costosa universidad cuyo prestigio, acorde con el elevado valor de la matrícula, garantizaba un futuro promisorio para sus egresados. Inicialmente, Polo exploró una posibilidad de financiamiento con el Instituto Nacional de Crédito Educativo, pero esta opción se frustró ante la imposibilidad, por estar reportado en SIS DATA, de servir como fiador de su hijo; impedimento que también tenía Edelmira en razón de su edad y, por supuesto, su hermano Bartolo que solía decir entre burlón y amargado: *"Yo no sirvo como fiador de nadie pues estoy reportado hasta en el banco de semen"*. Polo exploró entonces la posibilidad de que su hermana Isabel o su cuñado Abelardo le sirviesen como fiadores a su hijo; pero la posición de Abelardo fue negativa respecto a ser fiador de su sobrino, talvez por su experiencia como funcionario bancario. Por esto, se hizo famosa en el pueblo la expresión de Bartolo: *"En este país, en esta época, es más fácil hacerle un nudo a un banano que conseguir un fiador"*. Al fin de cuentas, como siempre en el pasado, la tía Rosalía acudió en auxilio de su sobrino y le prestó los cinco millones de pesos, sin intereses, que valía el primer semestre del joven pichón de economista... Con ese respiro, Polo se propuso reducir sensiblemente sus gastos y financiar los semestres subsiguientes

con cheques posfechados. Pronto descubrió Policarpo que no era fácil conseguir quién le prestara los cinco cheques, cada uno por valor de un millón y pico de pesos, con los cuales permitía la universidad que se pagara el semestre, por conducto de una financiera privada, que obviamente invalidaba a Bartolo y a otros dos amigos que le hubiesen hecho el favor, pero también estaban reportados en SIS DATA.

Entonces, sucedió algo milagroso que Polo atribuye a su Santo Patrono: un día, en que tuvo que viajar a Zipaquirá para hacer una diligencia notarial referente a Villa Edelmira, quiso la suerte que se encontrase con Carmelita Rojas, su primer amor quien rondando los sesenta se mantenía esbelta, con los mismos ojos negros y la atractiva sonrisa que habían despertado su amor de adolescente. Carmelita, encantada de volver a ver a su primer novio, le invitó a almorzar en un restaurante bastante próspero que había montado diez años antes junto con Basilio, su único hijo, habido en su único matrimonio con un venezolano que tenía un restaurante en Maracaibo y que al morir le dejó una herencia razonable que le permitió regresar al país y establecer el *Restaurante Maracaibo*, a pocas cuadras de la entrada a las famosas Salinas de Zipaquirá. Esa tarde, después de un opíparo almuerzo regado con un vino chileno barato pero muy bueno, los antiguos novios revivieron la época deliciosa de Santa Isabel y se contaron sus mutuas historias. Los primeros años de Carmelita en Venezuela habían sido muy duros, soportando las borracheras escandalosas del cura Llorente y su madre, hasta que Carmelita conoció al padre de su hijo y huyó con él a Maracaibo; Juan José, que era su nombre, resultó un hombre trabajador y bueno que cuando se enteró por la prensa de que el Padre Llorente había caído preso por estafa y se había suicidado en una cárcel de Caracas, tuvo la iniciativa de ir con Carmelita a buscar a su madre y llevarla a Maracaibo en donde la internó, por su cuenta, en una casa para alcohólicos y drogadictos, velando por su sostenimiento y acompañando a Carmelita en visitas semanales hasta el día en que su madre murió en paz, catorce o quince años atrás. Cuando Carmelita escuchó la historia de Polo y se enteró de su dificultad para conseguir quien le prestara los cheques para la universidad de su hijo, sin dudarlo un instante ofreció de todo corazón hacerle el favor. Emocionado con la generosidad de su antigua novia, Policarpo ofreció una botella adicional de vino y con sus vapores viajaron en el engalanado vagón del recuerdo hasta los años maravillosos de la niñez y la adolescencia en Santa Isabel del Lago... Si el primer beso que le dio Polo a Carmelita en un armario, poco más de cuatro décadas antes, le dejó un sabor a chupeta Charms de limón, el candoroso beso que como

despedida y con mucha ternura le dio Carmelita esa tarde, le dejó en los labios al sorprendido Polo un agridulce sabor a vino chileno.

Por esas calendas y en medio de la complicada situación financiera de Policarpo, lo único que parecía funcionar cabalmente era que el préstamo de su comadre Emilce, de quien como se recordará también era fiador, se venía pagando puntualmente... Al menos eso era lo que creía el ingenuo Polo, pues no había recibido ninguna notificación al respecto y a su comadre no la veía desde hacía dos años, cuando había liquidado la droguería y se había marchado del pueblo.

La pensión en dólares de Policarpo correspondía a un cheque mensual que la compañía norteamericana de seguros enviaba por medio de un *currier* (servicio internacional de mensajería), desde su sede en Washington hasta la dirección de un amigo de Polo en Bogotá. Una vez recibido el sobre el amigo le avisaba a Polo, quien viajaba inmediatamente a la capital en el taxi de Borolas, para vender su cheque en una conocida casa cambiaria, en donde obtenía los pesos correspondientes al tipo de cambio del día... Así se hizo hasta que, comenzando el año 2002, la casa de cambio le informó que por nuevas disposiciones legales, tendientes a ejercer un mayor control sobre el lavado de dólares, debería negociar su cheque con un banco. Por fortuna, Polo contaba con su cuenta de ahorros en el Banco Nacional, con el cual hasta entonces no había tenido ningún problema, y desde esa fecha su cheque se cambiaba en la mencionada institución; con ello obtenía dos ventajas: por un lado no incurría en el gasto de transporte; y por el otro el banco, por tratarse de una pensión, le pagaba a una tasa ligeramente superior a la que le pagaban en la casa de cambio. Esto lo aclaramos, para que el lector capte la magnitud del problema que se le presentó a Polo con la llamada de Olga, que le informaba que su cuenta estaba castigada. Este anuncio significaba que nuestro amigo no podría hacer efectivo su cheque en el Banco Nacional ni tampoco en una casa de cambio.

A mediados del año 2003 tanto Polo como Bartolo se habían ido perfeccionando, desde la muerte de Egidio, en lo que el vulgo conoce como el arte de “saltar matones”, que no es otra cosa que una habilidad que a lo largo del tiempo ha desarrollado la agobiada clase media para sobrevivir recurriendo a la técnica de endeudarse, para pagar sus deudas o, como se dice comúnmente, abriendo un hueco para tapar otro. La red de Polo, cuyo acceso al crédito bancario era imposible por las razones antes explicadas,

combinaba crédito en las tiendas, principalmente en la de Borolas, préstamos esporádicos de cien, doscientos o hasta trescientos mil pesos que le facilitaba la esposa de Borolas *“hasta que me llegue el cheque”* y que servían para pagar las cuentas de servicios; la *“línea de crédito”* con Chirrinche; la Banca Lombarda por conducto de su hermano Bartolo; y en casos de emergencia, los préstamos de la tía Rosalía; sin contar con que en los últimos meses y para resolver problemas inmediatos de liquidez, Polo se había visto forzado a vender un equipo de sonido que había comprado a plazos años antes, el televisor, la nevera y el microondas, con lo cual sus electrodomésticos quedaron reducidos a la plancha, la licuadora y un pequeño radio de pilas con el cual se entretenía Luz Angélica... Para justificarse consigo mismo y tranquilizar su espíritu, recurría a una explicación muy convincente sobre la importancia de los desapegos, que había aprendido de la tía Rosalía y que remataba enfatizando las palabras de Anthony de Mello: *“Los tres enemigos de la felicidad son los apegos, las creencias y los miedos”*. En esta forma transcurría la vida de nuestro amigo, totalmente privado, además, de cualquier diversión elemental como ir al cine, invitar a Luz Angélica a un buen restaurante o incluso a una copa de helado; la ventaja era que nuestro amigo nunca miraba hacia arriba para hacer comparaciones y continuaba haciendo obras de caridad con los más necesitados; confiando siempre en que algún día Dios, por la intervención de San Policarpo Obispo y Mártir, cambiaría la escasez por la abundancia... *“Talvez – le comentaba a su esposa – Leoncito, que es muy estudioso se gana una beca que nos dé un respiro, o lo que es mejor, se convierte en un gran economista y se ocupa de nosotros en la vejez”*...

La educación superior del aplicado Leoncito era una prioridad de altísimo grado para Policarpo, quien se opuso enfáticamente a la posibilidad de que su hijo se retirara de la universidad e incluso a que trabajara de día y estudiara de noche, como el mismo muchacho se lo propuso. A lo único que accedió fue a que su hijo trabajara como mesero, los sábados y domingos, en un restaurante cercano a Subachoque, para que sufragase sus gastos de transporte, almuerzo y fotocopias. Infortunadamente, el promedio semanal de las propinas que Leoncito recibía era inferior en varios miles de pesos a lo que el pobre joven gastaba en fotocopias y en el *“corrientazo”* diario, popular almuerzo corriente a base de arroz, papa, yuca, lentejas, espaguetis o frijoles, con una minúscula porción de carne o pollo, acompañado por un jugo o un vasito de gaseosa, que en total costaba 3.000 pesos sin sopa o 3.500 pesos con el espeso brebaje que el joven nunca pedía.

Llegó pues, en medio del apretado panorama financiero, el funesto mes de septiembre y con él la fatídica llamada que dio origen, como recordará el lector, a este relato. La solución costosa que vislumbró Polo al amanecer del día siguiente a la llamada, no fue para nada brillante. Sencillamente fue el reconocimiento de que, como reza el viejo dicho: *"No tenía otro palo del cual ahorcarse"*. En otras palabras no tenía más alternativa que asumir por segunda vez la deuda de su amigo, y negociar con el banco alguna forma de pago. Por desgracia, el otro fiador de Colitas, su tío, había muerto tres años antes sin enterarse de que al abandonar este mundo su nombre como el de su sobrino y el de Polo quedaba registrado en las listas de SIS DATA, muy diferentes a las del santoral.

El banco accedió a la propuesta de Polo y le permitió, previa firma de los correspondientes pagarés, que cubriera los ocho millones y medio en diez meses con diez cuotas iguales de ochocientos cincuenta mil pesos mensuales, sin contar los ciento noventa y tres mil pesos correspondientes a honorarios de los abogados que habían llevado el caso; en esta forma, los ingresos de Polo se vieron reducidos en casi un millón de pesos al mes, con lo cual se agravó sensiblemente la situación económica de nuestro amigo. El único factor a favor de Polo era que el peso se estaba devaluando y se estimaba que para fin de año en el mercado cambiario un dólar estaría sobrepasando los tres mil pesos. Con esa tasa de cambio Polo elaboró un minucioso flujo de caja y un plan para hacer el uso más eficiente posible de sus curiosas fuentes de financiamiento. Por desgracia, a partir de enero y como una maldición tanto para Polo como para los exportadores del país, el bendito peso comenzó una inesperada revaluación que para la fecha en que Polo terminó de pagar el préstamo de Colitas (junio de 2004) le había hecho un hueco que fácilmente totalizaba otros cinco millones de pesos... Con la primera caída del dólar, Polo, que nunca había creído en juegos de azar, decidió por sugerencia de Borolas apostar diariamente al chance (popular juego en el cual por cada peso apostado le pagan al apostador cuarenta pesos en caso de que los números jugados coincidan con el número ganador del premio mayor de la lotería del día, sin ningún número de serie); desde entonces y religiosamente Polo *"invirtió"* dos mil pesos diarios, apostándole al mismo número: 1771. Los cuatro dígitos fueron escogidos por corresponder al monto exacto de su pensión en dólares... Esperanzado en que este número mágico le proporcionaría los ocho millones de pesos que necesitaba para cubrir el saldo de la deuda de Colitas, no falló ningún día hasta el 10 de junio del año 2004, cuando terminó de pagar la deuda y llegó al convencimiento de que no era ganándose un chance como iba a

resolver sus problemas económicos. Dejó entonces de apostar... Tres días después, casi le da un infarto cuando Borolas le mostró el número ganador: ¡1771!

Dos días después y cuando aún resonaban en el éter las carcajadas del travieso dios de la suerte (¿cómo se llama?), que se gozaba la jugada que le había hecho al pobre Polo con el chance, y como una fatal comprobación de la conocida ley de Murphy que más o menos reza: *“Toda situación mala es susceptible de empeorar”*, Polo se vio forzado a tomar la decisión de entregar el apartamento en el pueblo, cuyo canon de arrendamiento ya no podía pagar, y pedir posada en Villa Edelmira; pero cuando llegó a la casa para hablar con su mamá la encontró demacrada, pálida y con dificultades para respirar... Dos horas después fue internada en el Hospital Militar con una neumonía severa; sometida a todo tipo de exámenes, le detectaron un tumor en el pulmón izquierdo de diez centímetros de diámetro, que después de la correspondiente biopsia resultó, según le dijo un Coronel médico a Bartolo *“...maligno, muy agresivo e imposible de operar, pues el pulmón derecho también está afectado y la edad de la señora no garantiza el éxito en una intervención...”*.

Una semana después Polo, su mujer y su hijo se habían instalado en Villa Edelmira, y Luz Angélica e Isabel habían hecho un cursillo básico de enfermería para turnarse en la atención y los cuidados que requería la desahuciada Edelmira a quien con buena suerte y dado el tamaño del tumor, le podían quedar uno o máximo dos meses de vida.

Comenzando julio, Edelmira había regresado del Hospital Militar a su casa para esperar la muerte resignada, lúcida y serena, y la nueva rutina de Villa Edelmira estaba perfectamente establecida: Policarpo y Luz Angélica, por disposición de la moribunda, ocuparon el cuarto principal que ésta había compartido con Egidio; en un cuarto más pequeño pero con baño privado, se acomodó Edelmira, quien desde que salió del hospital estuvo conectada a una botella de oxígeno y para sus desplazamientos usaba una silla de ruedas; en un tercer cuarto se acomodó León; y la habitación que había sido matrimonial antes de la ampliación de la casa, fue convertida en el estudio de Policarpo. Allí, nuestro amigo reprodujo la decoración del estudio que había tenido en el apartamento del pueblo: una vieja mesa redonda con cuatro sillas por las cuales Polo había cambalacheado una grabadora de pilas y 20 mil pesos con uno de sus vecinos carniceros, y que había servido como *“mesa de conferencias”* del CEE durante su breve reactivación; dos poltronas

colocadas en ángulo frente a una mesita de centro; un pequeño escritorio con un asiento de cuero, sobre el cual había una estatuilla de María Auxiliadora en porcelana que había pertenecido a la abuela Chana; un archivador de madera en donde guardaba la caja de la abuelita repleta de letras de cambio y cuadernos cuadriculados con los flujos de caja que el acucioso deudor mantenía al día para manejar su siempre estancada liquidez. La decoración era simple: un crucifijo, cuatro cuadros con fotografías en sepia de Belarmino, Chana, Egidio y el tío Godofredo; encima del archivador y como una pieza exótica colocada en el pedestal equivocado, se destacaba el valioso cofre árabe con las pipas y sus implementos esperando, como el buen Polo, que llegaran tiempos mejores para ser usados; y por supuesto, los dos óleos que le había hecho su prima, a los cuales Policarpo había bautizado: *"El caos de mis deudas"* y *"Retrato de un deudor amoroso"*, desde el momento en que recibió una extensa carta de su prima, en la cual ésta le contaba que al llegar a Alemania había conocido a Hans Müller, propietario de una galería de arte, se había casado con él, que era un hombre maravilloso, pues le había ayudado a superar su problema incipiente de alcoholismo y, lo más importante, había valorado su trabajo como artista, la había promovido y su obra se estaba cotizando en un rango de precios que fluctuaba entre los mil y los mil quinientos euros por lienzo.

En las tardes, cuando el sol poniente se filtraba por el amplio ventanal del estudio, Rasputín, un gato enorme, de espeso pelambre gris y ojos con una mirada penetrante y sobrecogedora como la que cuentan que tenía el misterioso monje ruso, se convertía en adorno viviente, plácidamente instalado en el centro de la mesa de conferencias en impasible posición de esfinge, mientras duraba su baño de sol que culminaba con el ocaso, hora en que Rasputín desaparecía hasta el día siguiente a las dos de la tarde.

Rasputín era un gato con historia: Recién llegado Polo con su mujer y su hijo al apartamento en el pueblo, Leoncito se torció un tobillo jugando fútbol; entonces Emilce, que todavía no era comadre de Polo, le recomendó que lo llevara a donde la señora Etelvina, una sobandera, hija de un viejo tegua que tenía fama de brujo y que según decían le había enseñado a Etelvina todos los secretos de las ciencias ocultas; la consulta era muy barata pues la vieja sólo cobraba mil pesitos. Esa misma tarde en el taxi de Borolas llegaron hasta la casucha de Etelvina en Barroverde la vereda más alejada y montañosa del municipio... La vieja, vestida con una gastada y descolorida batola que algún día fue morada, fumaba tabaco por entre su desdentada boca y estaba sentada en una banca, en donde los recibió con una sonrisa que acentuaba sus arrugas y produjo un raro efecto tranquilizador en el joven que se sorprendió cuando la bruja, sin que se le

hubiese explicado el motivo de la visita, le dijo: *“Quítese el zapato muchachito que esa torcedura se la voy a componer del todo...”*. Media hora después y prácticamente sin dolor, Leoncito espontáneamente le dio un beso y un abrazo de gratitud a la sobandera, y Policarpo, que ese día había cambiado su cheque, le dio un billete de 20 mil pesos que la vieja recibió alborozada y metió con su arrugada mano por entre el abultado seno, se levantó, regresó con un pequeño gato gris metido en una canasta de mimbre y les dijo: *“Ustedes dos son gente buena, llévense este gato que se llama Rasputín y es hijo de Rigoberta, mi cuidandera”*.

Cuando llegaron al apartamento con el diminuto Rasputín, Emilce, que los vio llegar, le dijo a Polo: *“...sí ese gato lo van a tener en el apartamento, hay que castrarlo, porque si no se vuelve vagabundo... y además, le va a salir carísima la arena especial para que pueda hacer popó, mejor lléveselo pa’ la casa de su papá”*. Así llegó Rasputín a convertirse en sigiloso merodeador de Villa Edelmira y en mudo pero atento escucha de Egidio, que pasaba horas enteras filosofando en voz alta con el gato. De sus misteriosas capacidades protectoras daba fe Edelmira, quien contaba que en una ocasión en que Egidio estaba reparando el marco de una ventana, de repente brincó el gato frente a él y lo hizo retroceder en el preciso momento en que se desprendía una teja de barro, que de no haber sido por el brinco hacia atrás que dio su marido, le hubiese caído en la cabeza.

Vale la pena mencionar que Edelmira heredó verbalmente, desde que supo la gravedad de su estado, todos sus muebles a Policarpo, algunas poquísimas joyas a Isabel, y sus libros y su colección de discos a Bartolo; previsiva como era, hizo una escritura ficticia de venta a nombre de su yerno Abelardo (único varón de la familia que no estaba reportado en SIS DATA) con el compromiso, aceptado por todos, de que una vez fallecida podrían vender la casa en 90 millones de pesos y repartir el producto de la venta entre los tres hermanos. En ese momento Policarpo tenía acumuladas deudas, sobre las cuales pagaba el 5% de interés, por 22.500.000 pesos; y por cruel que parezca, lo primero que se le ocurrió a Bartolo fue hacerle caer en cuenta a su hermano de que la venta de la casa resolvería por completo sus problemas económicos agravados, día a día, por la caída del dólar que los genios del Banco de la República no lograban atajar.

Volviendo a la cuestión de los muebles, contaremos que Policarpo obtuvo un millón y medio de pesos (que cayeron de perlas para cubrir uno de los cheques girados a la universidad por Carmelita) por la venta de los muebles de sala, comedor y alcoba que le pagó Doña Lucrecia, una señora enorme, malencarada y con bigote, que tenía un almacén de muebles usados en el pueblo y que administraba los recursos de varios

usureros que conformaban el llamado sistema “gota a gota”, que consistía en arrancar sin anestesia el 10% de interés, disfrazado en “cómodas y módicas” cuotas de diez mil pesos diarios, por préstamos de hasta un millón de pesos, que la vieja cobraba con una puntualidad de general prusiano a los pobres tenderos y pequeños comerciantes del pueblo, que recurrían a esta ilegal y perversa forma de financiamiento para conseguir su capitalito de trabajo. Una de las víctimas de tan atorrante latrocinio fue la comadre Emilce, que apareció un día llorosa y desesperada en Villa Edelmira para contarle a su compadre Polo el resumen de sus desgracias tan graves que darían tema para una trágica telenovela y, en opinión de Polo, justificaban su salida del pueblo en circunstancias tan lamentables como las de cualquier familia desplazada por la violencia. Finalmente y después de muchos rodeos, se atrevió a contarle que muy pronto lo visitaría un cobrador de la Cooperativa Flor del Campo, pues ya el monto de la deuda sin pagar ascendía, con intereses acumulados, a siete millones y ella se había visto obligada, y le pedía mil perdones, a decirle al abogado de la cooperativa que su compadre, según le había contado Chirrinche, vivía en la casa de su señora madre por cuya salud ella rezaba todas las noches un rosario... Comprensivo como siempre (güevón como siempre, según dijo su hermana y ratificó Abelardo), Polo escuchó enternecido las cuitas de su comadre y al final le dijo: *“No se preocupe comadrita que yo soy un experto en torear cobradores y con la ayuda de San Polo algo se nos ocurrirá... Guerra avisada...”*

Dos días después de la visita de la compungida comadre Emilce, apareció el cobrador. A las dos de la tarde, con un sol recalcitrante que hacía las delicias de Rasputín, Policarpo, que en ese momento acariciaba el lomo de su mascota, observó desde la ventana que una flota de servicio intermunicipal se detenía en el paradero que quedaba sobre la carretera, a unos 800 metros de Villa Edelmira cuyo emplazamiento privilegiado, en una colina, le permitía observar a quien se desplazara por el polvoriento camino veredal hasta su casa... Desde la distancia pudo ver que el anunciado “chepito”, ataviado con traje completo de tres piezas, saco chaleco y corbata, y portando un maletín de mano, emprendía el ascenso hacia su casa; entonces, no le cupo la menor duda... Al abrir la puerta se encontró con un congestionado joven sudoroso y sin aliento que con voz entrecortada le dijo: *“Buenas tardes profesor, ¿no se acuerda de mí?”*. Polo, que le había reconocido al instante como funcionario de la antigua Cooperativa de Ahorro y Crédito (la misma que fue absorbida por TETRABANCO), que había sido su alumno en un curso que en forma gratuita y con espíritu muy solidario había dictado sobre Mercadeo en Empresas

Cooperativas, le respondió sonriente y un tanto aliviado de poderse entender con alguien conocido: *“Claro que te recuerdo, tú eres Diego, pero sigue, sigue y ponte cómodo – le dijo al tiempo que le indicaba uno de los sillones de su estudio, y agregó: – ya te traigo un vaso de agua porque con ese solazo debes estar reseco”*.

Diego, que trabajaba ahora como asistente de un abogado que manejaba la cartera morosa de la cooperativa Flor del Campo, no encontró la forma apropiada de abordar a su antiguo profesor.

“...El pobre muchacho cometió el error de no ir directamente al grano y preguntarme muy cortésmente: ‘¿Cómo le ha ido profesor?’. Obviamente le contesté algo así como: “No muy bien, especialmente por la salud de mi mamá que está muy enfermita y por la situación económica que está muy complicada por culpa de la caída del dólar...” y a partir de esa introducción el pobre Diego se tuvo que soportar la historia completa, casi tan detallada como te la he contado a ti desde que se frustró el proyecto con la alcaldía, pasando por el infarto de mi papá, mi hospitalización, la venida al pueblo, la muerte de mi papá, la reactivación de la empresa y su liquidación, hasta la enfermedad de mi mamá; te confieso Eleuterio que el pobre muchacho me escuchó con mucha atención y estoy seguro de que le ablandé el corazón pues hubo momentos en que le vi los ojos húmedos... Como a las cuatro de la tarde, como que se percató de cuál era el propósito de su visita, miró el reloj, se enderezó en la silla y con el rostro serio comenzó a decir: ‘En realidad profesor yo vengo de parte del abogado...’ y no pudo decir nada más porque en ese momento sucedió lo inesperado... Rasputín, cual pantera enfurecida, saltó desde la mesa de conferencias hasta el centro del escritorio en donde estaba entronizada María Auxiliadora, la virgen de los sicarios según Vallejo y me pregunto yo, ¿también de los cobradores?, y sin rozarla se acomodó girando sobre sus patas posteriores, las tensó y dio otro salto enorme hasta caer en mitad de la mesita, frente a las poltronas, miró fijamente a los ojos del pobre Diego, esperó unos pocos segundos como midiendo la distancia, se abalanzó sobre su pecho y se afianzó con las garras delanteras en la corbata de lana y el chaleco del cobrador, lanzó un gruñido, que a mí mismo me pareció espeluznante, y le aproximó el hocico hasta rozarle la nariz al aterrado joven, que reaccionó echándose hacia atrás abriendo los brazos, y dando un grito que enfureció al gato y le hizo mandar un zarpazo que por fortuna sólo le arrancó las gafas sin aruñarlo... Casi no logro desprender la garra izquierda de Rasputín, que había quedado enredada en la corbata. Al fin, un tanto avergonzado por el incidente, pero riéndome por dentro, logré

sacar el gato del estudio y calmar a Diego con un té aromático que le devolvió la calma para reanudar su planteamiento...”.

El joven cobrador venía en plan conciliatorio, en representación del abogado que tenía el contrato para la recuperación de la cartera morosa de la Cooperativa Flor del Campo, y tenía cierta capacidad de negociación en este caso. Propuso entonces un plan de pagos en esencia similar al que había tenido que aceptar Policarpo en el Banco Nacional para saldar la deuda de Colitas. Ante esto, Polo fue muy claro en el sentido de que para él en ese momento era imposible asumir un compromiso de cuotas fijas, cuya razón seguramente Diego, con quien había sido totalmente franco al contarle sus penurias, sabría comprender... Sin embargo, sugirió Policarpo, tal vez la cooperativa podría aceptar como forma de pago algunos activos valiosos que él poseía: los derechos de autor del libro sobre pequeña empresa, que podría ceder a la cooperativa por un tiempo determinado para que ésta los explotara comercialmente; los dos cuadros de su prima, cuyo valor en el mercado en euros superaba el monto de la deuda; y el cofre árabe, una verdadera antigüedad que en los años cuarenta había sido certificada con un precio de tres mil dólares. Diego le explicó que una decisión de ese tipo tenía que consultarla con su jefe, pero propuso que preparara una carta indicando las opciones. Una hora después el joven partió con la propuesta de Polo en su maletín.

Transcurrida una semana, Polo no había recibido ninguna respuesta del abogado, pero en ese lapso Edelmira se agravó y después de una corta agonía murió en su lecho con el tiempo suficiente para impartir una bendición a sus hijos y dar sabios consejos a sus nietos. Sus cenizas fueron depositadas en la misma cripta en que reposaban las de Egidio, en el cementerio del pueblo. Como lo había sugerido Bartolo, la venta de Villa Edelmira podría significar la solución a los problemas de endeudamiento de los dos hermanos, y mejorar la no muy holgada situación económica de Isabel.

Días después del sepelio de Edelmira, se presentó Diego en compañía del abogado, un hombre elegante, de edad mediana y muy culto que conducía un lujoso Mercedes Benz. Enterado el abogado de la expectativa de venta de la casa, propuso que Policarpo aceptase firmar un documento en el cual se comprometía a pagar la totalidad de la deuda hasta la fecha y un interés corriente, no de mora, por el tiempo que se demorasen en vender la propiedad, pues lamentablemente la cooperativa no aceptaba ninguno de los activos que había ofrecido Policarpo en su propuesta. Como garantía por ese tratamiento especial, el cofre antiguo quedaría bajo custodia del abogado que lo

devolvería una vez saldada la deuda. Policarpo aceptó, pero antes de entregar el cofre y firmar el documento que el abogado dictó a Diego, quien lo digitó en un computador portátil, extrajo sus amadas pipas con todos sus accesorios... Mientras el Mercedes Benz se alejaba de Villa Edelmira con el valioso cofre, Policarpo sintió que la vida le había conducido en los últimos años por el camino de los desapegos y una vez más, pensando en su madre, repitió en voz alta: *“Cuando uno se muere deja todo lo que tiene y se lleva todo lo que dio. Por fortuna aún estoy vivo y la vida mantiene igualmente vivas mis ilusiones y mis esperanzas”*.

Hoy, al cumplirse doce meses de los hechos que dieron origen a esta historia, creemos que no hay nada más que agregar y es hora de darla por terminada. En lo que respecta a quien escribe estas líneas, es importante reconocer que a lo largo de estos meses la mejor ganancia que ha obtenido es consolidar su amistad con un hombre como Policarpo Ladrón de Guevara y Urrutia, a quien la adversidad no ha logrado arrancarle sus sueños ni borrar la sonrisa que refleja la bondad de su corazón y la paz interior que rigen su existencia. Se preguntará el lector, ¿qué se sabe de su desaparecido amigo Gustavo Salcedo, Colitas?, y debemos contestar que en forma tan abrupta como reapareció, veinticinco años después, en la vida de Polo, desapareció sin que hasta la fecha se conozca su suerte. Lo único cierto, es que a diferencia de Bartolo que todavía se refiere a Colitas como *“Ese tetrahijueputa que nos puso a mi hermano y a mí a parir piñas...”*, Policarpo jamás ha proferido ninguna frase que implique un juicio o una condena contra Salcedo, de quien dice: *“No lo puedo juzgar, porque no conozco las circunstancias que lo obligaron a actuar como lo hizo... seguirá siendo mi amigo; pues la amistad cuando es sincera vale más que todo el oro del mundo”*.

Eleuterio Bernal

Septiembre 10 del año 2004

EPÍLOGO

En el año 174 de publicación continua del pintoresco almanaque de Bristol (2006, para las personas poco interesadas en las fases de la luna o en el Santoral), el viernes 10 de febrero, para ser exactos, Policarpo se sirvió la vigésima taza de café negro del día, encendió su trigésimo cigarrillo (la pipa continuaba temporalmente vedada) y se arrellanó en el sillón de su estudio, leyó el fax de la quinta editorial que cortésmente rechazaba la novela de Eleuterio, suspiró con resignación y se dispuso a despachar la poco agradable tarea de elaborar la lista de todos sus acreedores, a quienes esperaba calmar al día siguiente con la distribución, hasta el último centavo, de su mesada pensional: 1.771 dólares exactos, cantidad que al tipo de cambio de la fecha (2248 pesos colombianos) que representaban 3.981.208 pesos y un dramático descenso de 1.314.082 pesos, en las cada vez más deterioradas finanzas de Polo respecto a lo que percibía dos años y medio antes. El bajonazo era consecuencia de una inesperada revaluación del peso frente al dólar, que en los últimos dieciocho meses había hecho estragos entre los exportadores, los pensionados en dólares y los pobres colombianos, en su mayoría viejos, que se sostenían con modestas remesas “*en verdes*” que les enviaban sus parientes, después de matarse trabajando como esclavos en el país del norte.

Cuando iba por mitad de la lista, que elaboraba en su abigarrado cuaderno cuadriculado, le interrumpió Luz Angélica para anunciarle, con una entonación de voz y una expresión en el rostro que denotaban una inmensa sorpresa, mientras le entregaba el teléfono inalámbrico: “*!Polo, te llama Rubiela, la mujer de Colitas, desde Alemania...!*”.

Tres minutos después, con los ojos anegados en lágrimas, Policarpo se santiguó y rezó un padrenuestro, con la vieja fórmula que aprendió de la abuela Chana, por el eterno descanso de su viejo amigo Gustavo Salcedo, Colitas, que había fallecido en un hospital en Bonn, dos días antes... En síntesis, Rubiela le había contado que habían tenido que huir del país acosados por las deudas y sin decirle nada a nadie. Ella asumía la responsabilidad por haber inducido a su marido a actuar en una forma que ahora reconocía como una traición y pedía sinceramente que Policarpo la perdonase. A Colitas, algunos meses después de llegar a Alemania, le detectaron un cáncer en el estómago que no se dejó operar y que a los seis meses hizo metástasis en el hígado y se lo llevó, por fortuna apaciblemente, tres meses más tarde. Por último, Rubiela le pedía la dirección

del amigo en Bogotá, a donde le enviaban el cheque de su pensión, para remitirle un paquete con una carta que había escrito de puño y letra su amigo dos días antes de morir...

Días después, el veintitrés de febrero, San Policarpo Obispo y Mártir se frotaba de felicidad sus etéricas manos al observar, desde el paraíso celestial, la expresión de Policarpo mientras desempacaba el paquete que su amigo le había traído desde Bogotá; éste aprovechó para felicitarlo por su cumpleaños y desearle toda la suerte del mundo en su recién iniciada "quinta edad".

El sabor agridulce de la nostalgia invadió el espíritu de Polo, cuando con mano temblorosa abrió un estuche mediano de terciopelo negro, en el cual brillaban las cuatro condecoraciones que había recibido Colitas en Vietnam; y su emoción fue aumentando a medida que leía las palabras que con dificultad escribió su amigo en el umbral de la muerte:

"Querido Polo:

Muchas cosas pasan por la mente de un hombre cuando tiene la certeza de que le quedan pocos días de vida... En la soledad de esta cama de hospital he revivido, con una exactitud impresionante, los maravillosos días que compartimos en el New York de los años sesenta, con todas las locuras juveniles en el fervor de nuestro lema hippie "Peace and Love"... Después, nuestras peripecias en Vietnam, en donde me condecoraron por un valor que talvez en esa época tuve y que la vida me fue quitando hasta convertirme en un cobarde que abandonó a su amigo por un estúpido enredo de dinero. Recibe estas cuatro condecoraciones como un sincero homenaje a quien ha demostrado con su ejemplo, que el verdadero valor no está en apretar el gatillo sino en abstenerse de hacerlo. En este sentido tú has sido completamente fiel a tus principios pacifistas y has demostrado que paz y amor, más que un lema, es una fuerza incontenible y resume la única filosofía válida en este mundo enrevesado que nos ha servido como escenario para vivir.

Seguramente recordarás esa charla de taberna en Saigón, cuando te dije que yo creía que no pasaba de cincuenta años y que de pronto, si salía vivo de la guerra, no pasaba de los cuarenta; pues bien, el temor de morir joven siempre me asaltó, y por ello,

desde que me retiré del ejército antes de cumplir treinta años, suscribí una póliza de seguro por doscientos cincuenta mil dólares, de la cual nombré como beneficiarios a mis padres; posteriormente, cuando me casé con Rubiela, ya fallecidos mis viejos la designé a ella como beneficiaria; pero hace unos meses, cuando me anunciaron el cáncer, por primera vez en mi vida matrimonial tomé una decisión y se la notifiqué a mi esposa: ella y mis hijos serían los beneficiarios del sesenta por ciento del monto total del seguro, y tú, tan pronto como se cumplan los trámites pertinentes, recibirás cien mil dólares, que son el cuarenta por ciento restante. Este es el único medio que encontré para reparar, al menos materialmente, el enorme daño moral que seguramente te causé con mi cobarde huida.

Recibe un estrecho y efusivo abrazo de quien, a pesar de sus errores, te amó siempre como su mejor amigo.

De todo corazón,

Gustavo"